



Evgeny Morozov

La locura del solucionismo tecnológico

Clave intelectual S.L., Madrid 2012

INTRODUCCIÓN

En una época de tecnología avanzada la ineficacia es un pecado contra el Espíritu Santo.
(Aldous Huxley)

En buenas manos, la complejidad es un problema que tiene solución.
(Jeff Jarvis)

En los últimos años, el eslogan favorito de Silicon Valley, “¡Innovar o morir!”, cambió discretamente a “¡Mejorar o morir!”. Qué es lo que está mejorando no es muy importante en el panorama general; lo único que importa es tener la capacidad de cambiar cosas, lograr que los seres humanos se comporten de manera más responsable y sustentable, maximizar la eficacia. Ciertas ideas inconclusas... se ajustan bastante bien a los planes empresariales de Silicon Valley. “Más delgado, más feliz, más productivo”... sería un buen letrero de bienvenida para las oficinas corporativas de la gran cantidad de expertos digitales que trabajan en Silicon Valley. La tecnología puede hacer que seamos mejores personas, y lo hará. O, al decir de estos fanáticos de la tecnología llamados *geeks*, **si disponemos de suficientes aplicaciones, todas las fallas del sistema humano se vuelven superficiales.** (p 12)

El delito es un recuerdo lejano, al tiempo que en los tribunales sobra personal y falta trabajo. Tanto los entornos físicos como los virtuales -paredes, puertas, aceras...- ahora son “inteligentes”. Es decir, han integrado el sinfín de datos generados por los dispositivos de autovigilancia y las redes sociales de forma tal que pueden predecir y evitar conductas delictivas con sólo analizar a sus usuarios. Y ya que ellos no tienen la posibilidad de delinquir, tampoco se necesitan las prisiones. Un triunfo del humanismo, cortesía de Silicon Valley.

Además tenemos el nuevo y floreciente “mercado” de “ideas”... No hay historia en la que no se haga clic, no hay titular que no se convierta en un tuit; lo que tarda en generarse un artículo personalizado son los minutos que transcurren desde que hacemos clic en un enlace hasta que la página se carga en nuestro navegador.

...Hollywood está vivo y coleando; ahora que todos usan gafas inteligentes, las películas tienen un número infinito de finales alternativos, según el ánimo que tengan los espectadores en un momento dado mientras miran el film. Yo no hay críticos profesionales porque los han reemplazado, primero, “la gente”, luego los algoritmos y, por último, las reseñas algorítmicas personalizadas: la única manera de mirar películas con finales alternativos a medida... (p 14)

...No es por tanto una utopía; y para muchas personas de una enorme inteligencia, dentro y fuera de Silicon Valley, este futuro sin fricciones es tentador e inevitable. Así lo demostrarían sus memos y planes de negocios.

A mí, por ejemplo, la mayor parte de este futuro me parece aterradora, aunque los motivos no son los que ustedes quizá supongan... (p 15)

...: en lugar de ridiculizar la eficacia de los medios que emplean los innovadores, tenemos que preguntarnos si sus fines son apropiados... (p 15)

...premisa de este libro: el objetivo de Silicon Valley de meternos a todos en una camisa de fuerza digital fomentando la eficacia, la transparencia, la certeza y la perfección -eliminando, por consiguiente, sus contrapartes negativas: la fricción, la opacidad, la ambigüedad y la imperfección- resultará demasiado caro en el largo plazo... (p 16)

La imperfección, la ambigüedad, la opacidad, el desorden y la oportunidad de errar, de pecar, de hacer lo incorrecto: todos son elementos constitutivos de la libertad humana; cualquier esfuerzo dirigido a erradicarlos también erradicará la libertad. Si no hallamos la fortaleza y el coraje para liberarnos de la mentalidad del silicio que en la actualidad nos hace ir en búsqueda de la perfección tecnológica, corremos el riesgo de encontrarnos con una política desprovista de todo lo que la hace deseable; con humanos que han perdido su capacidad básica de razonamiento moral; con instituciones culturales venidas a menos (o incluso moribundas) que no se arriesgan sino que cuidan su rentabilidad financiera; y, lo que es más aterrador, con un entorno social hipercontrolado, que no solo haría del disenso algo imposible, sino que además es probable que lo convierta en algo inconcebible. (pp 16-17)

...Lo que más me preocupa es que, por estos días, la disponibilidad misma de soluciones digitales económicas y diversas es lo que nos indica qué es necesario arreglar. Y, sin embargo, en nuestra vida política, personal y pública -como en todos nuestros sistemas informáticos- no todas las fallas son fallas; alguna son características. La ignorancia puede ser peligrosa, pero también puede serlo la omnisciencia: por algo hay universidades que mantienen sus procesos de admisiones "ciegas", en el que no se tiene en cuenta la condición económica de los postulantes. La ambivalencia puede ser contraproducente, pero también puede serlo la certeza: si todos nuestros amigos dijeran lo que de veras piensan, quizá no volveríamos a hablarles. La eficacia puede ser útil, pero la ineficacia también: si todo fuera eficaz, ¿quién se tomaría el trabajo de innovar? (p 17)

1. EL SOLUCIONISMO Y SUS DESCONTENTOS

El solucionismo [interpreta las] dificultades como enigmas que tienen solución, y no como problemas que podrían tener respuesta. (Gilles Paquet)

[Proyecto del BinCam -"Cesto-cámara"- para la gestión de residuos reciclables: convertirlos en una competencia estimulante.]

...El cesto de basura pareciera ser el más mundo de los artefactos, y sin embargo está colmado de enigmas y dilemas filosóficos. Está inserto en un mundo de prácticas humanas complejas, en el que pequeñas modificaciones de actos que en apariencia no acarrearán consecuencia alguna podrían ocasionar cambios profundos en nuestra conducta. Optimizando las conductas *en el nivel local* (es decir, que las personas comiencen a reciclar alentadas por juegos y por la vigilancia de sus pares) estaríamos obteniendo una conducta subóptima *en el nivel global*; esto es, podría suceder que a falta de incentivos adecuados en un entorno simple, dejáramos de cumplir con nuestros deberes cívicos en otros lugares. Quizá estaríamos resolviendo un problema local a costa del surgimiento de varios problemas globales que no podemos reconocer en el momento. (p 21)

La voluntad de mejorar (;casi todo!)

...No sorprende que Silicon Valley ya esté inundando de planes para mejorar casi todo lo que existe sobre la faz de la tierra: la política, los ciudadanos, la edición, la cocina.

Es penoso pero, con demasiada frecuencia, esta búsqueda interminable de perfección -o como lo ha

dado en llamar a la antropóloga canadiense Tania Murray Li, aunque en un contexto muy diferente, “voluntad de mejorar”- es de visión acotada, y su interés por la actividad que pretende mejorar es superficial. Dado que reformula todas las situaciones sociales complejas como problemas con definición clara y soluciones definitivas y computables, o como procesos transparentes y obvios a primera vista que pueden optimizarse sin mayor esfuerzo -apenas contando con los algoritmos correctos-, es probable que esta búsqueda tenga consecuencias inesperadas y termine causando más daño que soluciones.

A la ideología que legitima y sanciona ese tipo de aspiraciones la llamo “solucionismo”. Tomo prestado este término tan peyorativo del mundo de la arquitectura y la planificación urbana, en el que designa una preocupación poco saludable por encontrar soluciones atractivas, monumentales y de mentalidad estrecha -...- a problemas por demás complejos, fluidos y polémicos... El teórico de diseño Michael Dobbins acierta cuando dice que el solucionismo da por sentado el problema que intenta resolver, en lugar de investigarlo, y así llega “a la respuesta antes de haber formulado las preguntas en toda su amplitud”. Tiene tanta importancia la composición de un problema como el modo en que se resuelve.

Por tanto, el solucionismo no es solo una manera elegante de decir que para cualquiera que tenga un martillo, todo parece un clavo... No solo hay una gran cantidad de problemas que no se adecuan a la caja de herramientas del solucionismo, sino que, además, lo que muchos solucionistas consideran “problemas” por resolver no lo son en absoluto. Una investigación más profunda sobre la naturaleza misma de esos “problemas” revelaría que la ineficacia, la ambigüedad y la opacidad -sea en la política o en la vida cotidiana- contra las que protestan los ahora poderosos *geeks* y los solucionistas no son problemáticas en ningún sentido... (p 23-24)

Por su propio sesgo antirreformista, parecería que una crítica al solucionismo es prerrogativa de los conservadores. ...el teórico social Albert Hirschman. En su influyente libro *Retóricas de la intransigencia*, el autor plantea que todas las reformas progresistas por lo general son objeto de críticas conservadoras basadas en alguna de estas tesis: perversidad (la intervención propuesta empeora el problema en cuestión); futilidad (la intervención no produce ningún resultado); y riesgo (la intervención es una amenaza a un logro previo y apreciado). (p 25)

...la urgencia de problemas no legitima de inmediato la panoplia de soluciones tecnológicas nuevas, limpias y efectivas tan de moda por estos días. Las soluciones o, mejor dicho, las respuestas que prefiero son muy distintas. (p 25)

...pensadores de gran originalidad más allá de sus convicciones políticas, han demostrado que el tipo de solucionista que menos le agrada a cada uno -ya sean los planificadores urbanos, en el caso de Jacob, o los educadores profesionales en el caso de Illich- tienen una escasa comprensión, no solo de la naturaleza humana, sino además de las prácticas complejas que engendra esa naturaleza, y de las cuales se nutre. Es como si los solucionistas nunca hubieran tenido una vida propia, como si hubieran aprendido todo a través de libros, que además no eran novelas sino manuales de refrigeradores, aspiradoras y lavadoras.

Thomas Molnar, un filósofo... antisolucionista, lo expresó muy bien al formular su queja: “cuando los escritores utópicos versan sobre el trabajo, la salud, el esparcimiento, la expectativa de vida, las guerras, los delitos, la cultura, el gobierno, las finanzas, los jueces y demás, pareciera que sus palabras fueran las de un autómatas sin noción de la vida real. El lector tiene la incómoda sensación de estar caminando en un reino mágico de abstracciones, rodeado de objetos sin vida; logra identificarlos vagamente pero, al mirar de cerca, ve que en realidad no se corresponden con nada familiar ni en el color, ni en el volumen ni en sonido”. Por estos días, abundan los reinos mágicos de las abstracciones...

No es que las soluciones propuestas no tengan posibilidades de funcionar, sino que, para resolver el “problema” los solucionistas lo retuercen de un modo tan horrible y extraño que, cuando llegan a “resolverlo”, éste ya es algo distinto por completo. Todos se apresuran a celebrar la victoria pero

nadie recuerda qué pretendía conseguir la solución original. (p 26)

[Caso de la educación 'on line']... Quizá las tecnologías digitales sean la solución perfecta a algunos problemas, pero la educación no es uno de ellos; no lo es si por educación nos referimos al desarrollo de habilidades para pensar con criticidad sobre cualquier tema determinado. Puede que los estudiantes aprendan muchos datos nuevos (...), pero engullirlos de esta manera dista mucho de lo que las universidades anhelan enseñarles a sus estudiantes. (pp 26-27)

Como señala Pamela Hieronymi... en un ensayo sobre los mitos de la enseñanza en línea: “La educación no es la transmisión de información ni ideas; es la capacitación necesaria para hacer uso de la información y las ideas...” Claro que existen gran cantidad de herramientas que aumentan nuestra alfabetización digital, aunque llegan hasta cierto punto: nos pueden ayudar a detectar información errónea pero no a organizar nuestras ideas en un argumento coherente. (p 27)

Adam Falk... concluye que la mejor variable predictiva del buen desempeño intelectual de los estudiantes en la universidad no es la especialización elegida o las calificaciones que obtengan, sino la cantidad de contacto personal, cara a cara, que tengan con los profesores... (p 27)

...He aquí un peligro oculto del solucionismo: los rápidos apaños que vende no existen en un vacío político. Prometiendo resultados casi inmediatos y mucho más económicos, pueden debilitar con facilidad el apoyo brindado a proyectos de reforma más ambiciosos, más estimulantes desde el punto de vista intelectual, pero que requieren de mayor esfuerzo. (p 28)

Chiflados y chefs

...He aquí el epítome de la modernidad: puede que las comidas sean mejores pero no tendremos el placer de cocinar. (p 29)

...no se concibe a los chef como virtuosos sujetos autónomos o artesanos talentosos sino como robots esclavizados que jamás deben desafiar las órdenes de sus sistemas operativos. (p 30)

...Algunos *geeks* se niegan a reconocer que los desafíos y obstáculos, como puede ser no conocer la manera correcta de cortar el pescado, enriquecen la condición humana en lugar de debilitarla. Facilitar la actividad culinaria no siempre equivale a “aumentarla”, más bien lo contrario. Someterla por completo a la lógica debilitante de la eficacia es privar a los humanos de la capacidad de dominar esa actividad, es impedir el florecimiento de las cualidades humanas y empobrecer nuestra vida... (p 30)

...Elogiar la innovación como un fin en sí mismo es de mal gusto. Para que la tecnología “aumente” de verdad la realidad, sus diseñadores e ingenieros deberían tener una idea más acabada de las complejas prácticas que componen esa realidad. (p 32)

...rechazar el solucionismo no significa rechazar la tecnología... Existen otros caminos más fructíferos, humanos y responsables para reflexionar sobre el papel de la tecnología a la hora de posibilitar el florecimiento humano; es probable que los solucionistas no los comprendan, a menos que agreguen complejidad a su peligrosa visión reduccionista de la condición humana. (p 32)

Pasteur y Zynga

...En el presente libro... quiero explorar cómo “internet” se ha convertido en el motor que impulsa muchas de las iniciativas solucionistas contemporáneas, y, al mismo tiempo, es el velo que nos impide ver sus defectos. (p 33)

La llegada de “internet” fomentó y reivindicó muchas de las actitudes solucionistas que describo en este libro...: entre ellas, la más importante es la firme convicción de que atravesamos una época única y revolucionaria, en la que han dejado de tener validez las verdades anteriores, todo atraviesa cambios profundos, y la necesidad de “solucionar cosas” está a lo orden del día. En resumidas cuentas, “internet” ha proporcionado a los solucionistas abundantes argumentos para intensificar su guerra contra la ineficacia, la ambigüedad y el desorden; a la vez que les dio nuevas justificaciones para hacerlo... (p 34)

...antes de emprender nuestro análisis sobre los defectos del solucionismo en ámbitos como la política o la prevención del delito, vale la pena comprender mejor la perniciosa influencia intelectual del internet-centrismo; a esto nos dedicaremos en el capítulo siguiente. Si dejamos al descubierto el internet-centrismo por lo que en verdad es, será mucho menos difícil desacreditar el solucionismo. (p 35)

2. EL SINSENTIDO DE “INTERNET”, Y CÓMO EVITARLO

Internet no es territorio por conquistar, sino vida que debe preservarse, y que debe evolucionar con libertad. (Nicolás Mendoza, AlJazeera.com)

...No debatimos los méritos de cada tecnología de forma individual ni elaboramos políticas y regulaciones adecuadas, sino que prácticamente nos hemos abandonado al uso de términos comodín, como “internet”, que intentan eludir todo debate serio y empírico. (p 38)

...Es posible que haya algunos obstáculos empresariales ante el intento de profundizar el debate sobre los servicios digitales que utilizamos, pero es en este punto en el que debemos explorar el mundo de la economía política, y no el de la neurociencia, aunque esta última sea la más popular de las dos... (pp 39-40)

...En el universo de Carr, no podemos más que armarnos de un software que interrumpa nuestras conexiones a internet. O tenemos la opción de recluirnos en la silenciosa santidad de las montañas del Colorado, Estados Unidos, como hizo Carr cuando escribió su libro. Manipular “la red” no solo es imposible, es inconcebible; su lógica no puede revertirse; solo es posible evitarla (en ocasiones). (p 41)

Contra la esencia de internet

Da la casualidad de que los escépticos y los optimistas de internet tienen bastante en común: ambos dependen de una noción estática de “internet” para presentar sus argumentos. Si eliminamos esa noción, junto con sus suposiciones simplistas sobre los beneficios inherentes al carácter abierto o público de la red, los expertos de pronto se ven obligados a enfrentar cuestiones empíricas complejas, a indagar en los aspectos políticos de los algoritmos, lidiar con la historia de las tecnologías de reconocimiento facial... (p 41)

...Podemos tomar distancia y observar: “internet” cuidará de sí misma y de nosotros. Y si en el camino desaparece la privacidad es porque así lo han querido los dioses de internet. (p 44)

El falso didacticismo de “internet”

...Esta propensión a creer que “internet” es una fuente de sabiduría y asesoramiento sobre políticas

es lo que transforma un conjunto de cables y enrutadores de red poco interesantes en una ideología seductora y apasionante, quizá la superideología de nuestros días. (p 45)

...Para él (Steven Johnson), “internet” es mucho más que una manera económica de enviar mensajes de Skype o agregar desopilantes leyendas sin gracia en fotos de gatos. Es, más bien, un modelo intelectual que muestra cómo debería organizarse la sociedad; no es “la solución al problema, sino una forma de enfrentarse al problema”... (p 45)

...Johnson cree que sitios como Wikipedia y Kickstarter... es el espíritu de la victoria: todo lo que “internet” toca, de inmediato se vuelve mejor, más inteligente y más bonito. Johnson escribe: “Cada vez somos más los que, sin prisa pero sin pausa, como ha sucedido con la creación de internet, vamos llegando a la conclusión de que los principios básicos del diseño de la red pueden aplicarse a la solución de otros problemas, los problemas a los que se enfrentan los barrios, los artistas, las compañías farmacéuticas, las familias o los colegios. (p 48)

...Así es el internet-centrismo en acción: los supuestos valores de “internet” -ya sea su apertura o cualidad participativa- se convierten en una preciada vara con la que se miden todas las áreas de la actividad humana, cualesquiera que sean sus objetivos o pautas. (49)

...es notable lo complicado que resulta definir los valores de internet... (Jeff Jarvis) Su razonamiento es el siguiente: según parece, “internet” es abierta, pública y colaborativa. También parece que Google tiene las mismas características, y está prosperando. Por consiguiente, sus valores son la apertura, su carácter público y la colaboración; estos también son valores de internet, que además generan ganancias y brindan eficacia. Entonces, Jarvis razona, “internet” nos enseña algo muy importante sobre Google, y Google nos enseña algo muy importante sobre “internet”. Esta lógica es tan circular que no hay manera de que los expertos como él se equivoquen. (p 49)

La mejor explicación sobre Wikipedia es la que les gusta dar a sus propios expertos: Wikipedia funciona en la práctica pero no en la teoría. Es una gran frase; además de ser graciosa, también muestra que no tenemos teorías adecuadas para comprender la Wikipedia... (p 51)

Si los teóricos de internet fueran guardias de discoteca

...Ese tipo de internet-centrismo teleológico no debería tener cabida en nuestro pensamiento regulatorio. Lamentablemente, pareciera que la preservación de “internet” se ha vuelto un fin en sí mismo, en detrimento de nuestra capacidad de imaginar qué otra cosa podría reemplazarla, y detectar que nuestro fetichismo por internet puede estar bloqueando el surgimiento de esa otra cosa. Preferir “internet” al incierto futuro de un mundo después de internet es reconocer de forma tácita que “internet” ha satisfecho todos nuestros planes secretos, anhelos y deseos -es decir, que en efecto se trata del propio “fin de la historia” de Silicon Valley- o bien que no podemos imaginar qué más podría desencadenarse a partir de la innovación. (p 53)

...Uno de los sellos distintivos del internet-centrismo es su expansión agresiva hacia otros dominios; coloniza teorías y esferas enteras, e impone sus propios valores en todo lo que toca: apertura, transparencia, alteración. Sin embargo, si dejamos de lado el bienestar de “internet”, no hay nada en el enfoque práctico con que Apple gestiona su tienda de aplicaciones o controla sus dispositivos que lo haga perjudicial para la innovación. Es cierto que ese enfoque quizá no sea “abierto” o que ni siquiera sea “compatible con internet”, pero estos son criterios que solo tienen razón de ser en un mundo donde el bienestar de “internet propiamente dicha” es el alfa y omega de todo, el bien supremo... (p 53)

...Pero también es posible que nos hayamos confundido por completo respecto de “internet” y su

supuesta naturaleza, que estemos equivocados sobre su carácter definitivo, que la idea misma de “internet” haya empobrecido nuestra manera de pensar el mundo, y que estemos adorando dioses e ideologías falsas. Entonces, ¿cuál es la interpretación correcta? (p 55)

De épocas y epocalismos

...Es un craso error presentar el discurso sobre el excepcionalismo de internet como algo excepcional; puede ser cualquier cosa menos eso. (p 55)

Por supuesto, es de esperar que si nuestros conocimientos de historia se limitan a CliffsNotes de la extensión de un tuit, nos sintamos victoriosos y únicos, que creamos estar viviendo una época excepcional: a esta falacia intelectual la llamo “epocalismo”. Y no está reservado a los optimistas de internet; los pesimistas también aman el epocalismo... (p 56)

...(David Weinberger) Anuncia con descarado entusiasmo: “El conocimiento está adquiriendo la forma de la red, es decir, internet”. Y continúa: “Ahora el conocimiento no solo vive en las bibliotecas y museos y revistas académicas. No solo vive en los cráneos de los individuos. Nuestros cráneos e instituciones no son tan grandes para albergar todo el conocimiento. Ahora el conocimiento es propiedad de la red, y la red abarca empresas, gobiernos, medios, museos, colecciones curadas y mentes en comunicación”. (pp 57-58)

...Los marcianos dicen: “Claro, ya entendemos: esta cosa llamada internet es la red que genera todos sus conocimiento. ¡Un brindis por eso!”

Pobres marcianos: nunca entenderían que las verdaderas redes generadoras de conocimiento están en otra parte, reúnen a académicos, universidades, conferencias, servidores, libros, normas y prácticas, los fenómenos que estudian y las herramientas y laboratorios que les permiten hacerlo... (p 58)

...Para decirlo de otro modo, y como ha señalado un ´lucido crítico de la obra de Weinberger, este confunde “un cambio de arquitectura de la red con la aparición del conocimiento en red *per se*”. “Internet no es una causa del conocimiento en red, es su consecuencia: análisis que la mayoría de los teóricos de internet no saben apreciar. (p 58)

...Con tan solo desvincular “internet” de su contexto, y presentarla como un “medio” mcluhanesco, toda pretensión simplista de calificarla -el juego eterno de intentar determinar si es buena o mala para una cosa u otra- se vuelve imposible. (p 59)

Con modelos como estos...

El compromiso de Weinberger con la calificación de internet deja ver uno de los graves peligros de utilizar la “internet” como fundamento de una explicación causal. Cuando los comentaristas saben qué quieren decir sobre el universo -...- siempre se puede apelar a “internet” para dar una explicación rápida y sencilla (y errónea en todos los casos). Sin embargo, es necesario a la vez dar cuenta de la inmediata disponibilidad de ese tipo de explicaciones cuyo sostén es internet... (pp 59-60)

...muchos consideran teoría original sobre internet, es decir, un intento valiente de explicar el mundo dando cuenta del papel que cumple en él “internet”, lo que en realidad suele ser apenas un revoltijo derivado que toma elementos de los planteamientos más trillados y banales de la ciencia política y la teoría económica modernas. Si la sabrosa salsa del internet-centrismo no fuera el aliño que acompaña esos abordajes teóricos, las explicaciones que estos generan se cuestionarían, confrontarían y descartarían con mayor frecuencia. Pero, por desgracia, la novedad conceptual de

“internet” como campo de investigación, junto con la irresistible atracción del internet-centrismo, hace que las problemáticas áreas de los marcos teóricos subyacentes se vuelvan casi invisibles. (p 60)

...para explicar las protestas de 1989 Lohmann elabora una teoría general de señales de información e incentivos, en su mayor parte descontextualizada, que les permite a las personas sincronizar su comportamiento; dado que los individuos del modelo de Lohmann son unidimensionales y ahistóricos, la teoría de las cascadas de información funciona bien tanto en Calcuta como en El Cairo (...). La teoría plantea que si las personas ven a otros individuos protestando en las calles, se verán tentadas a unirse a ellos, pero solo cuando las protestas hayan alcanzado un punto alto que es posible calcular. (p 61)

...Clay Shirky podría dar cuenta de la conducta de las niñas anoréxicas..., de los revolucionarios de Europa Oriental... mediante una limpia teoría de las cascadas de información. Es una teoría que puede explicarlo todo, pero que en su generalidad e indiferencia ante los detalles termina no explicando nada... Criticar a Lohmann por su análisis de las protestas de 1989 o a Shirky..., no implica negar la importancia de la tecnología, ni mucho menos cuestionar la necesidad de las protestas, sino señalar que es posible debatir sobre el mismo conjunto de sucesos de manera más rica, y capaz de estimular el intelecto. (p 62)

Shirky no alude en ninguna parte al gran bagaje intelectual que traen consigo sus métodos; de hecho, sólo reinterpreta a Lohmann como historiadora, y así, una teoría de las cascadas de información se convierte en algo parecido a una narrativa legítima, cuando en realidad se trata de un modelo reduccionista de la conducta humana. Cualquier anomalía que surja es descartada sin más, tildándola de simple pesimismo tecnofóbico... Quien cuestiona esta ideología y manera de hablar y pensar será desestimado de inmediato por pesimista u optimista acérrimo, como si no fuera siquiera posible concebir otro tipo de crítica... (p 63)

Las explicaciones basadas en internet, al menos como se presentan en la actualidad, empobrecen e infantilizan en gran medida nuestro debate público. Debemos alejarnos de ellas cuanto más podamos... Lo que ejerce una influencia tan corrosiva en nuestra manera de pensar el mundo es la posibilidad misma de que el todo -es decir, “internet”- sea más grande en sentido político y espiritual que la suma de esos términos específicos. (p 64)

Revuelo y consecuencias

El pensamiento ahistórico en los debates sobre internet es demasiado ubicuo y persistente, y por ello no se lo puede tildar de simple ignorancia o pereza. Es decir, no es por pereza que nuestros teóricos de internet no consultan los libros de historia; es la historia misma la que se considera inaplicable por creer que “internet” representa una clara ruptura con el pasado, un nivel de civilización elevado que antes era imposible alcanzar... (p 64)

Si observamos más de cerca, el “discurso de la ruptura” abunda en nuestros debates sobre internet... Jonathan Zittrain en una conferencia sobre la gobernanza en internet (Toronto 2011)... afirmó que el público tenía un motivo especial para debatir las cuestiones relativas a “internet” porque, en los viejos tiempos, “no tendríamos una conferencia sobre la electricidad y cómo podría utilizarse para hacer el bien o el mal”. Es difícil pensar en una opinión que capture con mayor fidelidad la ingenuidad del triunfalismo de internet y el desprecio absoluto que éste tiene por la historia de la tecnología. (p 64-65)

...nuestros principales pensadores de internet... crean su propia retórica epocalista. Como veremos más adelante, esto último es lo que explica tanto el fanatismo religioso con el que emprenden su

esfuerzo por mejorar la condición humana, y mediante el cual lo justifican, como su falta de empatía por industrias e instituciones que se encuentran en crisis en la actualidad... (p 65)

...comentaristas sobre los jóvenes y su uso de la tecnología... ¡...encuentran tantas cosas adorables en esos muchachos!: “Traen consigo una nueva ética de apertura, participación e interactividad al ámbito laboral, a las comunidades y los mercados”. Además, “en lugar de ser receptora pasiva de la cultura de consumo masivo, la generación de la red dedica tiempo a buscar, leer, examinar, autenticar, colaborar y organizar (desde sus reproductores de MP3 hasta manifestaciones de protesta)”. Son una “generación de examinadores” que se vuelven “más escépticos de la autoridad a medida que ellos mismos o con su red de pares seccionan información a la velocidad de la luz”. Mejor aún: “Hoy los jóvenes son autoridades en la revolución digital que está cambiando cada una de las instituciones de la sociedad”. (p 66)

Gutenberg en el Reino de los geeks

...Consideremos la perspectiva opuesta: que “internet” no cambia nada. El historiador Marshall Poe lo expresa así: “No es muy exagerado decir que internet es una oficina de correos, un puesto de periódicos, una tienda de discos, una tienda de libros para adultos y un casino, todo en uno. Seamos honestos, es increíble. Pero es tan increíble como una lavadora de platos: nos permite con un poco más de facilidad algo que siempre hemos hecho”. Lo anterior parece subestimar algunos de los cambios estructurales que han ocurrido en las últimas décadas; pero al mismo tiempo, no es evidente en sí mismo el motivo por el cual la explicación triunfalista al estilo de Shirky ofrecería una interpretación más precisa que la de Poe. (p 70)

El relato de la Reforma Protestante -con sus batallas alegóricas entre las Iglesias Católica y Protestante, el laicado, el clero y los sumos sacerdotes, y las imágenes correspondientes de control y liberación- es uno de esos pasados útiles. Kelly señala que “la Reforma Protestante es una buena alegoría porque separa poder de control; recupera relatos de catecismo y rituales, alfabetos, panfletos y liturgias, indulgencias y autoayuda para darles a los *geeks* un modo de comprender la distinción entre poder y control, y cómo esta se relaciona con el ámbito de la economía técnica y política que ellos ocupan”. Por eso es que, en más de un debate *geek*, el Estado se reformula como monarquía, las grandes corporaciones con la Iglesia Católica, los emprendimientos y programadores como reformistas protestantes, y el laicado como *users* (usuarios no expertos) o “manada”. Kelly [sic] cree que ese tipo de relatos son populares entre los *geeks* porque “explican una situación política, técnica y legal que no contiene relatos listos para narrar”. (p 72)

De una mala historia del libro a una mala historia del blog

Por supuesto, Shirky y Jarvis no dan indicio alguno de que su enfoque sobre “internet”, a pasar del aparente historicismo, pueda en última instancia estar basado en una historia deficiente. En cambio, describen a sus críticos como pesimistas, conservadores y cascarrabias, personas que se oponen al cambio; es la típica estrategia del internet-centrismo para eludir la crítica... (p 76)

...Los revolucionarios contemporáneos que describe Jarvis recurren una y otra vez a “internet”, pero la “internet” que encuentran es aporoblemática e inmutable, y su naturaleza democrática está tallada en piedra. (p 77)

Reciclar el ciclo

El razonamiento de Wu en *The Master Switch* es el siguiente: las industrias de la información tienen algo particular, y es que suelen estar dominadas (e intelectualmente devastadas) por “emperadores de la información”; son personalidades como Steve Jobs, que luchan por el control absoluto. El

régimen dictatorial de esos emperadores y varias cualidades estructurales de sus imperios de la información pueden originar lo que Wu denomina “el Ciclo”: el cierre inevitable de las otrora abiertas e innovadoras industrias. Sucede porque los emperadores de la información son empresarios astutos pero despiadados o porque cooptan a los gobiernos para que los protejan de la competencia... (pp 78-79)

...El internet-centrismo no admite hipótesis rivales. (p 80)

...Los relatos históricos inspirados en el internet-centrismo no son más que historia errónea, aunque de vez en cuando sirvan para apoyar políticas sobre cuestiones como la neutralidad de la red. El internet-centrismo nos impide ver esta realidad, lo cual es motivo de preocupación, no de elogio. (p 82)

Nuestra investigación sobre el internet-centrismo traza un cuadro bastante deprimente. La idea misma de “internet” no se ha revertido solamente en un obstáculo para sostener un debate más informado y exhaustivo sobre las tecnologías digitales, también ha validado más de un experimento social y político que intenta hacer buen uso de las lecciones de “internet”. Es ahora el principal responsable de facilitar el solucionismo, pues provee las herramientas, ideologías y metáforas para sus cruzadas por la eficacia... (p 82)

...La visión totalizadora del internet-centrismo, su falso universalismo y su reduccionismo imposibilitan un debate más robusto sobre las tecnologías digitales. (p 82)

El fenómeno se ha convertido en una especie de religión. Para avanzar, necesitamos, como lo ha expresado el experto en medios Philippe Breton, “una 'secularización' de la comunicación”; y ya nos es posible seguir posponiéndola. Necesitamos hallar un modo de olvidarnos por un momento de todo lo que sobemos sobre “internet” (en la actualidad, es demasiado lo que damos por sentado), arremangarnos y trabajar para **que las tecnologías no inhiban el florecimiento humano sino que lo auspicien...** (p 82)

3. TAN ABIERTA QUE DAÑA

El problema evidente de los sitios como Eightmaps.com es que, al explotar la rara vez estudiada admiración por la transparencia, pueden utilizarse para suprimir casi todo tipo de causa política, sin importar qué lugar ocupa en el espectro liberal-conservador. Es ingenuo pensar que este es solo un problema de la esfera conservadora... (p 87)

...En el marco de sus cavilaciones sobre los variados desafíos democráticos que acarrea el aumento de transparencia, Lessig escribió que “la red no va a desaparecer”; vale la pena estudiar sus argumentos con mayor detalle porque son una buena muestra de cómo el internet-centrismo puede poner vendas en los ojos de pensadores que de otro modo serían de una inteligencia y talento enormes. (pp 87-88)

(Contra el polémico ensayo de Lessig “Contra la transparencia”)...su argumento es que un mejor acceso a la información política -que es lo que brinda “internet”- no es suficiente para solucionar los problemas de la política e incluso puede dañarla, sobre todo si esta información, una vez reinterpretada, alimenta las numerosas narrativas cónicas y paranoides que se han vuelto parte inseparable de la vida pública estadounidense. (p 88)

...Publicar información sobre donativos e insinuar sin más que esta puede dar cuenta del historial de votación solo ayudaría a que los votantes fueran más cínicos, puesto que la información que ven podría coincidir con sus opiniones preestablecidas sobre la corrupción y la política. (p 88)

Todo ello suena verdadero, y Lessig está en lo cierto cuando subraya que **la información tiene una vida social**, y que es de suma importancia el contexto político, y sería beneficioso para la mayoría de los sistemas de transparencia si se pusiera más atención a las consecuencias que generan, a veces no intencionadas y sumamente irónicas. Sin embargo, Lessig yerra el camino -y esto deja al descubierto su propio internet-centrismo- cuando debate las soluciones a los debates que ha identificado: una prueba más de que las patologías del internet-centrismo y el solucionismo se hallan entrelazadas... (pp 88-89)

Para Lessig, “internet” es como una fuerza de la naturaleza -tal vez como un huracán- que “inflige” en nosotros todo tipo de “horrores”. No deberíamos resistir, solo reducir el daño... (p 89)

...Las tecnologías digitales no contienen respuestas prefabricadas para los dilemas sociales y políticos que crean, aunque “internet” nos convenza de lo contrario. (p 91)

Malo para las bases de datos, ¿bueno para la democracia?

...parece razonable que los intereses del “gobierno abierto” cedan su lugar a la preservación del gobierno democrático, aun con todas sus concesiones y evasivas sucias y universalmente detestadas. Siempre es preferible una democracia ineficaz que una dictadura bien gestionada. Si se dieran las condiciones anteriores, permitirles a los humanos ver los datos y excluir a los archivos de comandos de esa posibilidad sería una concesión razonable. (p 93)

Escapar al doble clic

...los nuevos sistemas electrónicos que median el acceso a esos formularios -...- no son para nada los proveedores de información apromblemáticos y altamente predecibles que creemos que son. Esas plataformas en realidad transforman y modifican la información que contienen; es uno de los pocos casos en los que vale la pena atender, al menos en parte, a la famosa máxima de Marshall McLuhan de que el medio es el mensaje... Por ser usuarios habituales de las computadoras, nos hemos acostumbrado a la idea de que la información aparece sin esfuerzo alguno en nuestros navegadores en cuestión de clics; cómo llega desde la fuente original hasta allí -en qué nube proverbial habita nuestro correo electrónico- y qué sucede con ella durante el proceso suele ser algo mucho más interesante que el contenido real de aquello sobre lo que hacemos clic. Pero, qué pena, rara vez nos molestamos en investigar tales minucias. (p 94-95)

...los sistemas de información que median nuestro acceso a los datos de campaña no son como casas transparentes sino, más bien, como casas hechas de espejos. “En lugar de [permitir] que otros vean lo que sucede en el interior, [...] ingresan los datos de personas e instituciones a una casa de espejos en la que el observador puede 'ver', en el mejor de los casos, una construcción parcial -una mirada mediada- de lo que hacen los observados”. De ese modo, la nueva infraestructura afecta a la información que viaja a través de ella, al menos, de cuatro maneras. Las dos que resultan más pertinentes aquí son, por un lado, lo que los autores llaman “rebote” -que ocurre cuando la información recopilada con un objetivo se usa con otros objetivos en un sitio diferente, como el reflejo de una persona en una casa de espejos-, y por otro lado, la “iluminación y oscurecimiento” - en la que algunas partes de la información divulgada cumplen un papel involuntario y desproporcionado en la definición de la reputación de una persona, y se ocultan otras partes más relevantes, de modo similar a lo que sucede cuando el reflejo en una casa de espejos distorsiona varios aspectos del cuerpo de una persona. (p 95)

...Paradójicamente, el internet-centrismo, al tiempo que valida la espantosa ideología del “solucionismo”, con su interminable búsqueda de soluciones a problemas a veces inexistentes, comienza a bloquear nuestra capacidad de pensar en soluciones tecnológicas eficaces a problemas que sí existen. Las soluciones no se evalúan por sus méritos sino por su adecuación a la idea de una “red” libre, abierta y transparente, y a su “arquitectura”... (p 97)

De la quemadura de sol a la energía solar

...Joel Reidenberg... explica que en ese contexto también deben lidiar con el problema de la iluminación y el oscurecimiento: “Si se extrae información sobre los individuos de los expedientes judiciales, y se la explota mediante la minería de datos, o se la combina con información adicional obtenida de los corredores de datos, de otras bases de datos públicas u otra información de acceso libre, se pierde el contexto original, y la minería de datos lleva al desarrollo de perfiles de conducta sobre individuos, a la creación de estereotipos”... (p 98-99)

...El internet-centrismo, según parece, ofrece narrativas derrotistas muy prácticas para casi todos los problemas sociales: si alguna solución tecnológica ofrecida no funcionó para el uso compartido de archivos, se da por descontado que no funcionará para los periódicos o los expedientes judiciales. ¿Por qué?, porque los tres tienen una vinculación con “internet” y, en el auténtico estilo internet-centrista, de pronto se considera que todo lo que tiene alguna vinculación con “internet” está gobernado por las reglas y objetivos de internet. Todo pasa a estar interconectado; todo es parte de una “ecología de internet”, una metáfora que da miedo pero que aman los teóricos de la cibernética. En última instancia, no se permite nada que implique siquiera una manipulación básica del modo en el que funcionan las tecnologías en línea. (p 100)

Cuando la transparencia daña

...Heald escribe: “se valoran las variedades 'correctas' de transparencia porque consideramos que contribuyen, por ejemplo, a tener un gobierno eficaz, capaz de rendir cuentas, y legítimo, y a fomentar la justicia en la sociedad”. Esto significa, entre otras cuestiones, que también existen variedades “incorrectas” de transparencia, que pueden redundar en **populismo**, obstaculizar la deliberación y aumentar la discriminación. Cuesta creer que cuando Vladimir Putin ordena a los trabajadores instalar cámaras web en los centros de votación y en toda Rusia, su invocación de la transparencia tenga otra función que la de legitimar su propia permanencia en el poder fingiendo que allí las elecciones son aún más democráticas y transparentes que en los países occidentales que critican a Rusia... (p 102)

En Alemania, el Partido Pirata -...cuya campaña se basa en el internet-centrismo- han recibido duras críticas de otros partidos por intentar hacer públicas las deliberaciones que se sostienen dentro del Consejo de Ancianos, un órgano deliberativo de alto nivel que se ocupa de los asuntos internos del Bundestag. Sin duda, es una propuesta en pos de la transparencia -entendiéndola como valor intrínseco-, pero **¿qué efecto tendrá sobre la calidad de las deliberaciones internas del consejo?** Pruebas obtenidas de otras instituciones no respaldan la causa del Partido Pirata... Un estudio realizado en 2008 comparó los niveles de disidencia antes y después de los nuevos requisitos de transparencia, y constató “según se observa, la respuesta de los formuladores de políticas de la Reserva Federal a la decisión de publicar las transcripciones de las reuniones ha sido una menor expresión de disenso” ante algunas propuestas del presidente.

Una explicación posible es que los miembros del comité intentan anticiparse a las consecuencias que podrían tener esas deliberaciones en sus carreras y su imagen y, por tanto, mitigarlas, lo que puede, en efecto, debilitar el desarrollo de un debate honesto sobre las políticas. Quienes critican a la Reserva Federal bien saben que la transparencia puede ser un modo de hacer política por otros

medios, y como tal, tener un efecto paralizador sobre la capacidad de funcionamiento... (pp 102-103)

Investigaciones recientes en ciencia cognitiva y psicología demuestran que las preocupaciones sobre rendición de cuentas y transparencia tienen enormes consecuencias en los procesos de toma de decisiones. ¿Cómo se modifica la calidad de nuestras decisiones si tenemos que dar cuenta de ellas? En un estudio realizado en 1999... descubrieron que en tanto aquellos con poder decisorio no conozcan las opiniones de quienes evaluarán sus decisiones, tenderá a efectuar una autocrítica preventiva y un examen de conciencia; muy probablemente se trata de un avance positivo. Pero **si**, por el contrario, **se conocen las opiniones del público entonces es probable que los que toman las decisiones muestren un “cambio de actitud” y alineen sus opiniones y decisiones públicas con las expectativas de la audiencia.** Dada la proliferación de redes sociales, y de varias técnicas de exploración de datos para conocer la opinión del público incluso en los ámbitos más reducidos, ya no podemos esperar que los políticos y otros formuladores de políticas no intenten adaptarse a sus propias interpretaciones de la vox populi. (pp 103-104)

Otro grupo de investigaciones en el campo de la psicología muestra que, **habiendo declarado nuestra postura inicial públicamente, hay menos probabilidades de que cambiemos de parecer** tras sucesivas deliberaciones, **puesto que deseamos que se nos vea como sujetos decisorios coherentes.** James Madison...: “si los miembros se hubiesen comprometido públicamente desde el comienzo, habrían asumido luego que la coherencia los llamaba a mantener sus posturas; mientras que en tanto estuviere satisfecho del decoro y verdad de sus opiniones, ningún hombre se sintió forzado a retenerlas, y estuvo **abierto a la fuerza del argumento**”. En otras palabras, la búsqueda de la transparencia tiene sus costos; en ocasiones, estos pueden tener mucho más peso que los beneficios esperados, y no suele haber buenos motivos para **sacrificar la calidad de la deliberación en nombre de la transparencia.** (p 104)

...La filósofa Onora O'Neill ha observado con especial perspicacia el modo en el que varios **esquemas de transparencia podrían erosionar la confianza, en lugar de fortalecerla.** Según O'Neill, **fomentar la confianza es un objetivo público mucho más importante que fomentar la transparencia,** y si la última socava la primera, quizá debamos reducir nuestro entusiasmo sobre lo que tiene para ofrecernos el mundo de las redes y las bases de datos. O'Neill escribe que: “aumentar la transparencia podría producir un aluvión de información desordenada y errónea que genera poco más que confusión, a menos que pueda ordenarse y evaluarse. Contribuiría a la incertidumbre antes que a la confianza [...]. **Debido a la transparencia, es posible que las personas se vuelvan más proclives a ser menos honestas, así se aumenta el engaño y hay menos motivos para confiar; puede suceder que quienes saben que todo lo que dicen o escriben será público intenten maquillar la verdad**”. (p 104)

En este punto es donde tiene particular importancia la distinción entre **la transparencia** como valor intrínseco y como **valor instrumental.** Cuando buscamos aumentar o disminuir la transparencia en algún aspecto de nuestra vida privada, deberíamos hacerlo no porque valoramos la transparencia en sí (o la opacidad), sino en tanto en cuanto esta fomente o limite otros beneficios más altos... Asegurar el bienestar de una “red” imaginaria que tanto aprecian los internet-centristas jamás debería considerarse un beneficio más alto que, por ejemplo, la iniciativa de fomentar la verdad. (p 105)

Pensar lo contrario equivaldría a permitir que preocupaciones amorfas sobre el bienestar de nuestros medios determinen los fines que deberíamos estar persiguiendo. Como tal vez recuerden, **los solucionistas dan los problemas por sentado en lugar de investigarlos;** provistos de una idea de “internet”, suponen la existencia de problemas muy particulares de un modo particularmente internet-centrista: ¿“internet” puede aumentar la transparencia?, genial, eso significa que entonces

la transparencia es importante y vale la pena buscarla por derecho propio. Es un razonamiento que funcionaría de maravilla como estrategia para legitimar “internet” y consolidar su reputación como medio de fomento de la transparencia, pero no necesariamente es una fórmula adecuada para **reformas inteligentes: ellas requieren una exhaustiva investigación empírica del mundo de la política.** (p 105)

...[un estudio demuestra] que la mayoría de los ciudadanos no les interesa tomar decisiones políticas ni contribuir con quienes las toman, ni siquiera conocer los pormenores del proceso. En lugar de ello, los estadounidenses quieren lo que los autores llaman “democracia furtiva”, en la cual los procedimientos democráticos (en el estilo de las aeronaves furtivas como los bombarderos B2) existen pero no son visibles al público sistemáticamente.

Es una tesis fascinante, pero aquí nos interesa en particular su aplicación en el debate sobre la transparencia... exponer a los ciudadanos el modo en que funciona el gobierno no mejorará sus sentimientos hacia la política, puesto que, en primer lugar, **la política no es algo que necesariamente les interese.** Entonces, argumentan los autores, no debemos buscar nuevas maneras de exponerlas a cada resquicio del proceso de toma de decisiones. No necesitan ni desean quedar saciadas de política. (pp 105-106)

...los méritos del “solucionismo” de la transparencia -...- no pueden evaluarse independientemente de la naturaleza, el *tempo* y las limitaciones del campo en el que esta pretende aplicarse como remedio. Los efectos de ese mismo remedio en distritos electorales donde la publicidad negativa está permitida y aquellos en los que está prohibida serían muy distintos. Los entusiastas de la transparencia, que abunda en los círculos *geeks*, cometerían un error al desestimar las sutiles diferencias e imprecaciones que introduce la política en sus magníficos y abstractos esquemas para mejorar el mundo. (pp 106-107)

...J.J.Rousseau, en *Discurso sobre economía política* (1754), ya lamentaba que “**los libros y las cuentas** de los regidores **sirven menos para descubrir su infidelidad que para encubrirlos**, y la prudencia está siempre menos pronta a imaginar nuevas precauciones que la picaresca a eludir las”. (p 107)

Power también señala una segunda consecuencia involuntaria de la transparencia, a la que denomina “colonización”. Esta se inscribe muy bien en la tesis del “riesgo” de la tríada de Hirschman: **la intención de mejorar algo, llevada a cabo ciegamente, termina por corroer otros valores importantes...** Cualquiera... sabe qué consecuencia tiene la colonización para las organizaciones: las fuerzas policiales comienzan a perseguir a los delincuentes equivocados para mejorar sus estadísticas y así aumentar la popularidad de algún alcalde, al tiempo que en las escuelas se esfuerzan por mejorar las notas de los exámenes, aunque así los niños aprendan menos. Por supuesto, no podemos responsabilizar sólo a la transparencia, ya que parte de la culpa también debe recaer sobre la creciente fascinación pública por la estandarización y la cuantificación. Aun así, la búsqueda de transparencia como valor en sí mismo, con una escasa o nula preocupación por la naturaleza de la práctica a la que se aplica esa transparencia, crea las condiciones favorables para que prosperen problemas como los mencionados. Y no importa demasiado si los que producen esa transparencia son auditores profesionales o amateurs armados de una conexión a internet. (pp 107-108)

Los riesgos del reduccionismo de la información

El internet-centrismo y el solucionismo se nutren de actitudes propias de la Ilustración respecto del poder liberador de la información. Siempre se supone que es mejor tener más información que tener menos, y que es mejor tener más modos de analizar la misma información que tener menos. ...Julie Cohen llama a este conjunto de actitudes “imperativo de procesamiento de información”, y sostiene

que de él ha surgido un tipo de mentalidad que equipara la recopilación de información con una “única e inevitable trayectoria de progreso”. (p 108)

Hace tiempo que las compañías de tecnología han comprendido que nuestra preferencia por la información, al mejor estilo de la era de la Ilustración, los favorece... ..Google también lo sabe, de allí su misión de “organizar la información del mundo y lograr que sea útil y accesible para todo el mundo”. Esta misión revela la falta de conciencia de que tal vez haya información, aunque ya se encuentre en dominio público, que no deba organizarse y que no se debe “lograr que sea útil”. Nunca se plantean cuestiones de ética, es decir, si es correcto o incorrecto organizar información y aumentar su utilidad. En lugar de ello, a Google solo le preocupan las cuestiones relativas a la eficacia siempre, puesto que da por sentado -y teniendo en cuenta nuestras preferencias, tiene razón- que pocos podrían desafiar sus objetivos. (pp 108-109)

En su último libro, el difunto Tony Judt habló del desalentador “giro discursivo [...] hacia la economía” que se había apoderado del debate público a fines de los años 1970. “**Los intelectuales no se preguntan si algo es correcto o incorrecto; se preguntan si una determinada política es eficaz o ineficaz. No se preguntan si una medida es buena o mala, sólo les interesa si mejora la productividad o no**”, se lamentaba Judt. El autor agregaba: “No siempre lo hacen porque no estén interesados en la sociedad, sino porque han dado por sentado, de manera acrítica, que el sentido de la política económica es generar recursos”. Judt no estaba escribiendo sobre Silicon Valley, pero es difícil desconocer su preocupación por la **preponderancia de la eficacia sobre la moralidad...** (p 109)

...El proceso de comunicación impecable y perfecto que la cibernética da por sentado sencillamente no existe.

Otra falacia clave en la que se basa el reduccionismo de la información es la creencia de que esta adquiere existencia por sí sola, con plena autonomía e independencia, sin que implique, en primer lugar, un acto de interpretación humana. Tal como expuso hace tiempo el lingüista George Lakoff, **la información presupone un sujeto intencional...** (p 110)

...El reduccionismo no es malo en sí mismo, e incluso puede ser liberador en el plano intelectual, siempre y cuando encontremos una manera de recordar a cada momento qué es lo que estamos reduciendo y qué partes de la realidad estamos separando para examinar con lupa algún indicador o modelo de política en particular. (p 111)

La apertura y sus mesías

Tal vez podrían evitarse algunos problemas del reduccionismo de la información si el vocabulario que emplean los solucionistas para hablar de transparencia no desbordara de términos ambiguos. Los llamamientos a la transparencia dejan de parecer tan problemáticos cuando los solucionistas comienzan a hablar de “apertura”. Ya es bastante perjudicial que debido a nuestra herencia cultural e intelectual creamos que vale la pena ir en pos de esos conceptos por sí mismos. Los solucionistas -sobre todo los de tendencia *geek*- a menudo desarrollan y consumen sus propios **mitos sobre la contribución de la “apertura” al progreso y al éxito**, lo cual no hace más que agravar la **confusión**. (pp 111-112)

...según Chris Kelty (antropólogo) que estudia las culturas *geek*, no hay consenso sobre el valor de la apertura -es decir, si vale la pena como fin en sí mismo o como instrumento para un bien mayor- ni siquiera en los círculos *geek*. El académico señala: “**la apertura tiende a la confusión...** pero con toda su obviedad, la 'apertura' es tal vez el componente más complejo del software libre”. Así, como acabamos de ver en la retórica de la transparencia, nunca queda claro si ser abierto es un medio o un fin.

Como consecuencia de lo anterior, indica Kelty, entre los *geeks* no hay consenso alguno sobre los méritos de la apertura: “¿La apertura es buena en sí misma o es un medio para lograr algo más? Si así es, ¿qué se quiere lograr? ¿O es un medio para alcanzar un objetivo distinto, por ejemplo, la 'interoperabilidad' o la 'integración'?... (p 112)

Por el contrario, en nuestros debates parece cundir una especie de fundamentalismo de **la apertura**; en ellos la “apertura” es una solución a prueba de fallas para casi cualquier problema. **En lugar de debatir cómo ésta puede fortalecer o perjudicar la innovación, fomentar o degradar la justicia, facilitar o complicar la deliberación** -es decir, el tipo de debate que posiblemente tendríamos sobre los usos de la apertura en el enredado mundo que habitamos-, **presuponemos que la “apertura” en las redes y los sistemas tecnológicos es siempre buena, y que su opuesto -y es bastante revelador que no podamos definir qué es lo opuesto- es siempre malo.** (p 112)

...Google representa nada menos que la “utopía de la apertura”... Es “el mayor defensor corporativo de la apertura”, el líder del “movimiento de apertura” y la “encarnación del evangelio de la apertura en internet”... (p 113)

Evangelio, mesías, apóstol, encarnación: Wu escribe como si hubiera experimentado algún tipo de despertar espiritual en una de sus visitas al templo de Google en la ciudad sagrada de Mountain View, California. Es curioso que el autor nunca mencione que él mismo ha sido asesor de Google (no remunerado), y ayudó en gran medida a dar forma a su estrategia inicial sobre... bueno, la “apertura”. (p 113)

...Mientras los internet-centristas creen que la “apertura” es buena en sí misma, los internet-realistas investigan qué hace la retórica de la “apertura” por los gobiernos y las compañías, y que hacen estas últimas por ella. (p 116)

¿Quién puso “abierto” en “gobierno abierto”?

...en septiembre de 2011, los Estados Unidos y otros siete gobiernos firmaron una “**Declaración de gobierno abierto**” multilateral que, tras señalar que “en todo el mundo las personas exigen más apertura en el gobierno”, comprometía a los signatarios a la oportuna publicación de datos de alto valor en formatos abiertos. (p 116)

Como sostienen Yu y Robinson, “**un gobierno puede brindar 'datos abiertos' sobre temas políticamente neutrales, y al mismo tiempo seguir siendo muy opaco** e incapaz de rendir cuentas... (p 117)

Hemos visto ya que ese es un problema frecuente del internet-centrismo: redefine un término como “abierto” de acuerdo con los supuestos valores de “internet”, sólo para reinsertarlo en el debate público, sin que muchos noten que el significado de “apertura” ha cambiado. Por supuesto, aun si Corea del Norte publicara los horarios de sus trenes, nadie confundiría a ese país con una democracia. Pero en casos dudosos, como el de Hungría, se corre el riesgo de que los gobiernos exploten nuestro nuevo fetiche por la apertura digital para mostrarse más democráticos, transparentes y legítimos de lo que en verdad son... (p 117)

Así como es muy importante comprender qué hace la “apertura” para Google, es importante también comprender qué hace la “apertura” -y la más amplia narrativa de “internet” que la alimenta y la hace posible- por los gobiernos que predicán las virtudes del “gobierno abierto”. Como ya se ha señalado, **tanto la “transparencia” como la “apertura” tienen sus límites y, llevadas al extremo, pueden conducir al proceso democrático a la farsa con gran facilidad...** (p 118)

...en una encuesta de 2011 realizada por una compañía de seguros, el 11% de los encuestados dijo haber presenciado un incidente pero prefirió no informarlo por temor a que el alto índice delictivo del barrio redujera visiblemente el valor de las propiedades. David Hand, profesor de matemática en el Imperial College de Londres, observa que “la iniciativa de datos abiertos ignora tales efectos de retroalimentación, es decir, que **el acto mismo de publicar los datos influirá en la calidad de los datos futuros**”. Tal vez queremos datos abiertos, pero no demasiado abiertos. (p 121)

...para preservar las relaciones sociales que permiten la existencia del entorno -por ejemplo, para que sea posible el control policial de los delitos- es necesario producir datos que solo sean transparentes o accesibles en parte... Tal concesión no significa el fin del mundo, como tampoco el la capitulación de la “apertura” ni mucho menos de **la democracia**, porque ella **prospera gracias a las concesiones y al arte de reconciliar intereses aparentemente irreconciliables**. Es necesario resistir a la tiranía de la apertura, resultado de nuestra obnubilación por el internet-centrismo. (p 122)

4. INSTRUCCIONES PARA ESTROPEAR LA POLÍTICA ARREGLÁNDOLA

No somos políticos. Hicimos la revolución para echar a los políticos. Somos socialistas. Esta es una revolución social. (Fidel Castro)

Tarea encomiable, de no ser porque los piratas han envuelto todos esos temas en la bandera de la “libertad en internet”, con lo cual toman un término algo ambiguo: “internet”, y lo unen a un término sin definición clara: “libertad”. “Libertad en internet” se ha convertido en un lema de alta carga emotiva y sentido nulo, que buhoneros de toda laya han comenzado a explotar en beneficio propio. (p 124)

...Si hoy los blogs, las wikis y las redes sociales nos permiten el debate instantáneo e infinito, si con ellos podemos reemplazar el liderazgo con algún sistema flexible de rotación de tareas, y así deshacernos de la burocracia por completo, ¿por qué seguir con el viejo sistema? Este es el pensamiento epocalista por excelencia: **suponer que lo nuevo es mejor porque...**, bueno, es **nuevo**, mientras lo viejo se descarta porque es demasiado fácil acceder a lo nuevo. (p 127)

...Como explicó Klaus Peter Schöppner, un encuestador alemán: “El fenómeno de los piratas fue fascinante al comienzo, pero a la larga la gente añora a los individuos fuertes que quieren asumir responsabilidades y defender algo. El modelo de una masa amenazante y gris pierde impulso con rapidez”. Para tener éxito en la política partidaria se necesita un conjunto de habilidades, actitudes y estructuras organizativas bastante diferentes de la capacidad de editar con éxito la Wikipedia; tal vez los pequeños aportes de todos sean suficientes para redactar un artículo digno, pero tal vez no lo sean para construir un partido político eficaz. (p 127)

...En el contexto estadounidense, Liquid-Feedback es la solución a un problema que no existe: los dos partidos ya utilizan herramientas de la microsegmentación para descubrir nuestras necesidades y nuestros deseos más secretos, y atraerlos. Podría decirse que **necesitamos** exactamente lo contrario: **un método para que los líderes demuestren un poco de coraje y den algunos pasos radicales**, incluso si van en contra del deseo del público en ese determinado momento. (p 130)

Futuro perfecto, la democracia no lo es

En esencia, Johnson propone tomar el mecanismo con el cual el Partido Pirata identifica las cuestiones que preocupan a su comunidad y hacer de él el núcleo de nuestro nuevo sistema político. Y si el Partido Pirata afirma que tal mecanismo ha sido inspirado en “internet”, Johnson también lo hace: “Los votantes por poderes son como los influyentes blogueros y los recopiladores de

contenidos que han forjado un nuevo espacio entre los consumidores de medios y las grandes compañías de noticias”. (p 131)

En la “democracia líquida” de Johson, **se supone que los expertos** -que terminan acumulando votos de los votantes menos informados -**son omniscientes; conocen la “verdad” y, por ello, no necesitan deliberar, negociar ni llegar a acuerdos.** Sin duda que lo único que queda es votar. Esa es una visión muy inmadura de la política, y es también utópica hasta el paroxismo, pues presupone que los votantes menos informados podrán encontrar expertos en cada tema que ignoren y que podrán verificar la autoridad de estos en la materia correspondiente. Además, ¿por qué suponemos que evaluar los conocimientos de una persona, por ejemplo, sobre el cambio climático o la política macroeconómica es un asunto sencillo? **No es fácil evaluar el conocimiento sobre el conocimiento.** (p 133)

Descargue su plan social en el iTunes de la política

Si bien la versión de Johson de una nueva filosofía política inspirada en “internet” demuestra a las claras su desagrado por el sistema de partidos moderno -en especial cuando arremete contra la “votación simplificada y partidista”-, se trata de un desagrado no tan pronunciado como el de otras iniciativas solucionistas que intentan “arreglar” la política de una vez por todas. Por ejemplo, una serie de emprendimientos cívicos han intentado reemplazar el supuestamente disfuncional sistema bipartidista estadounidense por algo más eficaz. Americans Elect era uno de esos grupos que creía que “internet” podría servir para encontrar un candidato de un tercer partido que se presentara en las elecciones presidenciales de 2012. Americans Elect, escribió entusiasmado Friedman en el *New York Times*, puede hacerle a la política estadounidense “lo que Amazon.com les hizo a los libros...” (pp 133-134)

Ese tipo de retórica antiinstitucional y antipartidaria se ha abierto camino muy rápidamente en proyectos solucionistas específicos que buscan arreglar la política liberándonos de los partidos. Entre ellos, el jugador más visible es Ruck.us -cuyo lema es “Sin partidos. Solo personas”-... reemplazar los dos partidos -esos que se han vuelto “fuera de época y anticuados”... y hacer de “internet” el principal espacio de expresión política en el país. (p 135)

Una vez en el *ruck*, los miembros leen las novedades publicadas por otros miembros o pueden ser más proactivos y compartir información ellos mismos: se los estimula en particular para que compartan enlaces a peticiones, organizaciones o eventos relacionados. A medida que el sitio “aprende” más acerca del usuario, se hacen nuevas preguntas y se recomiendan nuevos *ruck*; la membresía de cada *ruck* está en constante fluctuación, y hay poco sentido de comunidad, dado que cada miembro de Ruck.us puede pertenecer a decenas de ellos. Así, **el foco está puesto en la acción individual sobre temas específicos, nunca en nociones tan anticuadas como la búsqueda colectiva de objetivos compartidos o la solidaridad...** ...(tal vez no sea una revolución de la política, ¡pero vaya si es una revolución de los grupos de presión!). (pp 135-136)

...Nathan Daschle escribió...: “Mientras que **hace treinta años éramos dichosos ignorantes de nuestras limitaciones, ahora queremos opciones, adaptación, personalización e inmediatez,** nada de lo cual está disponible en la creación decimonónica que es nuestro sistema bipartidista”... Además proclamó que “la innovación Americans Elect es tan excitante [...] porque nos libera de las estructuras anacrónicas que dañan nuestro sistema político. Es el iTunes de la política”. También para Daschle la red no va a desaparecer: “Las tendencias son innegables. El cambio está en camino, y es probable que se dé en la forma de una mezcla compuesta por Americans Elect, Ruck.us y todas las otras tecnologías disruptivas”. **La democracia como combinación no es precisamente lo que describió Tocqueville en *La democracia en América.*** (p 136)

...¿Cómo puede ser algo positivo, en especial para quienes tienen opiniones impopulares y de grupos minoritarios? ¿O acaso el “iTunes de la política” es apenas una referencia pasajera al mercado global de las causas, en el que los ciudadanos-consumidores podrán comprar la causa que maximice su bienestar emocional sin exigir demasiado a cambio? ¿Hay acaso una mejor manera de capturar la consumerización de la política moderna que comprarla en iTunes? (p 137)

...El tipo de cuestiones estructurales profundas que hacen que la política estadounidense se reduzca a solo dos partidos tienen escasa relación con la tecnología o la falta de información; por ello, es ingenuo esperar que las plataformas digitales nos puedan ayudar a lidiar con esas cuestiones. Una vez más, **“internet” es una gran solución para un problema que no existe.**

La ironía mayor es que **los solucionistas del internet-centrismo**, al realizar un diagnóstico erróneo del problema e intentar solucionarlo con ligereza, **pueden**, a su vez, **originar otros problemas...** (p 137)

...Es fácil criticar a los partidos:... **es cierto que los partidos pueden ser muy lentos** para responder a la opinión pública y evitan que sus miembros lidien con problemas importantes por cuenta propia. **Pero**, a pesar de todos estos defectos, también **tienen un papel importante** -y a menudo invisible- **a la hora de contribuir a que la vida política sea más razonable y a la vez más creativa. Regulan la rivalidad y median en las deliberaciones** utilizando su influencia en los asuntos importantes del día. (p 138)

...Para Roseblum, el partidismo “no considera que el pluralismo y el conflicto político equivalgan a arrodillarse ante la necesidad, ni que sean un reconocimiento pragmático del desacuerdo. Se requiere de una severa disciplina para reconocer que el estatus de mi partido es solo una parte de una política permanentemente pluralista; de allí la **naturaleza provisoria de ser el partido gobernante, y la farsa de pretender representar a la totalidad**”. (p 138)

...Sean Wilentz sostiene que a pesar de la mala prensa que recibe el partidismo en el debate público, no deberíamos olvidar que **“la corriente antipartidista es antidemocrática por definición**, dado que **los partidos políticos han sido el único vehículo confiable para canalizar las ideas e intereses de los votantes comunes**”. En otras palabras, si bien las tecnologías digitales facilitan la ruptura del sistema de partidos y ayudan a eludir el partidismo -...-, esto no significa que valga la pena embarcarse en ese proyecto. Que hayamos encontrado una “solución” poderosa al problema del partidismo no significa que el partidismo sea un “problema”. Es aquí donde el solucionismo, junto con el internet-centrismo, nos obliga a suponer la existencia de problemas por el hecho mismo de contar con herramientas digitales fabulosas, y no por las necesidades y requisitos de la política democrática en sí misma. Tal como escribió alguna vez el teórico político Bernard Crick: **“Uno de los grandes riesgos que corren los hombres libres es aburrirse de las verdades establecidas**”. (p 139)

Aprender a amar las imperfecciones

El principal problema del solucionismo es que se niega a aceptar que la búsqueda intensa de la perfección, ya sea que se manifieste en demandas de completa honestidad y transparencia por parte de los políticos o en esfuerzos reales por trascender las supuestas limitaciones del partidismo, **puede ejercer una influencia negativa en nuestra cultura política**. No debería buscarse la perfección por la perfección misma; **la democracia es un asunto complejo en el que, de no haber desilusiones, tampoco habría logro alguno.**

Si abandonáramos el perfeccionismo, la política se mostraría desde otro ángulo distinto. **Si uno acepta que la política siempre es imperfecta** -y que su imperfección es un rasgo positivo-, entonces se **verá que la búsqueda de transparencia de los solucionistas es desacertada** por una simple razón: emprendida de manera irreflexiva, reformula algunos permisos, como las **bajas tasas**

de asistencia en las sesiones de votación o el ocasional empleo de la hipocresía y la ambivalencia, como si fueran pecados, cuando, por el contrario, cualquier modelo realista de la política debería, al menos de vez en cuando, considerarlos virtudes. (p 139)

...Un político que haya dominado el arte de la concertación y aceptado la inevitabilidad de la imperfección tal vez renovará su mandato... El disidente polaco Adam Michnik se acercó bastante al asunto cuando definió a la democracia como “**imperfección eterna, mezcla de pecaminosidad, santidad y chanchullos**”... (p 140)

...La mentalidad del comprador de Amazon valora los beneficios inmediatos y rara vez está dispuesta a sacrificarse en nombre de los demás. Intenten decirle a ese comprador que no puede tener todos sus deseos satisfechos porque otra persona tiene intereses igualmente apremiantes, que también deben tenerse en cuenta: no es así como funciona el mercado. (p 140)

...Como expresó alguna vez el filósofo francés Bruno Latour: “Lo que despreciamos como 'mediocridad' política no es más que el conjunto de concesiones que obligamos a nuestros políticos a hacer en nuestro nombre”. **Aceptar la mediocridad de la política es aceptar que el ciudadano, a diferencia del consumidor, no siempre tiene la razón:** allí donde los consumidores pueden abrirse camino con su dinero, ser tratados como emperadores y tener expectativas de recibir la mejor secadora de pelo posible, **los ciudadanos necesitan cierto grado de humildad y deben estar dispuestos a hacer concesiones, aunque más no sea por solidaridad hacia otros.** (pp 140-141)

...Como alerta Catherine Needham en su libro publicado en 2003, *Citizen Consumers*, “el **peligro fundamental es que el consumismo puede fomentar un tipo de ciudadano privatizado y resentido cuyas expectativas de gobierno nunca podrán cumplirse, y que es incapaz de desarrollar la preocupación por el bien común que debe ser la base de la participación democrática y el apoyo a los servicios públicos**”. (p 141)

...Destacados políticos también han defendido la idea de la “democracia monitorizada”, en la cual los políticos operan bajo constante escrutinio -por parte de ciudadanos, organizaciones no gubernamentales, comisiones y agencias- porque, **hasta donde sabemos, los políticos suelen ser imperfectos, ineficaces y corruptos.** No es que sea un esfuerzo errado -las historias de corrupción y burocracia desenfundadas que se invocan en estos contextos no son cuentos de hadas-, pero **las teorías de la “democracia monitorizada” pocas veces detallan qué actividades deberían permanecer fuera de escrutinio, supervisión y calificación.** Como suele suceder con los esquemas de transparencia, aquí el peligro reside en que se supone que más luz solar es un bien en sí mismo, y no un posibilitador de otros bienes superiores. (p 141)

...La preocupación principal de la **democracia monitorizada**, arremete Flinders, **no es fomentar los bienes sociales sino, en lugar de ello, “controlar, monitorear y escudriñar a los políticos y a quienes toman las decisiones, sobre la base de la supuesta 'verdad evidente' de que los políticos no son de fiar”.**

No hace mucho el periódico *Guardian* recogió una opinión muy representativa del vox populi cuando citó a un elector común y corriente: “**mi idea de un político es la de un ladrón, un mentiroso y un tramposo**”. Este es un modelo de política de mala fe, agresivo, que **desprecia a los políticos, festeja el periodismo “de cacería” y “se regocija cortando cabezas políticas”.** Pero lo que es más perturbador aun, es que **dice muy poco sobre las responsabilidades de los ciudadanos y se enfoca en sus derechos** (en realidad, sobre todo en uno solo: el derecho a saber). Como señala Flinders, tratar a los ciudadanos como consumidores hace que estos piensen que la política puede proveer los mismos “estándares de servicio que esperarían recibir comúnmente del sector privado [...] lo cual es el equivalente político del suicidio”. (p 142)

¿En la verdad confiamos?

...¿Pero quién vigilará a los cazadores de la verdad y a los innovadores? No parece que haya grandes problemas a ambos extremos del espectro; es probable que las afirmaciones catalogadas como absolutamente “verdadero” o absolutamente “falso” no sean muy polémicas, siempre y cuando no se refieran al cambio climático o la evolución. ¿Pero qué sucede con todas las afirmaciones ubicadas entre los extremos del espectro? **¿Podemos de veras confiar en la decisión de PolitiFact de catalogar algo como “mayormente falso” cuando tal vez debiera ser “mayormente verdadero”?** (p 143)

...La mayoría de los políticos ya han aceptado que todo lo que digan -y tuiteen- vivirá por siempre; de todos modos, los *geeks* jamás pierden la oportunidad de recordárselo: **Politvoop**, un proyecto de Sunlight Foundation, recopila y **resalta tuits que han borrado los políticos, como si nunca se les debiera conceder la oportunidad de arrepentirse de sus palabras**. Tal vez Sunlight Foundation preferiría que no dijeran absolutamente nada. (p 144)

En esto los solucionistas deben ser muy cuidadosos. Parece que los proyectos como Truth Google adoptan un **modelo de política según el cual la hipocresía, la incoherencia y la ambigüedad son**, por naturaleza, **malas y perjudiciales para la buena política**, deben eliminarse. Pero ¿es tan así? No solo debemos cuestionar la idea de que es posible evaluar la veracidad de una afirmación utilizando una escala de “Pinochos”, sino también la noción de que la hipocresía, la mendacidad y la ambigüedad están arruinando nuestra política. Con seguridad **lo hacen cuando se hallan en dosis extremadamente grandes; pero en dosis pequeñas son más bien virtudes que vicios**: permiten que nuestro proceso político funcione; si desaparecen, algo de genuina importancia se habrá perdido. Entonces, si bien las tecnologías más modernas e inteligentes pueden a la larga eliminar esos tres vicios casi por completo, esto no cambia las verdades que ha descubierto hace mucho tiempo la filosofía política. En realidad, la hipocresía, la mendacidad y la ambigüedad han merecido el apoyo de una cantidad de defensores de peso, y muchos de sus argumentos, escritos antes de nuestra obsesión actual con “internet”, permanecen vigentes al día de hoy. (p 144)

La filósofa política **Judith Shklar** dedicó un libro, *Vicios ordinarios*, a argumentar que **la guerra contra la hipocresía es una empresa inútil y contraproducente**, dado que **la hipocresía es una condición estructural que hace posible el liberalismo**. Shklar sostuvo que los reformistas liberales deberían abandonar su fijación con la hipocresía y luchar contra otros problemas, en especial contra la crueldad: “La paradoja de **la democracia liberal** es que estimula la hipocresía porque la política de la persuasión **necesita de [...]** una cierta cantidad de **disimulo por parte de todos los interlocutores**. Por otro lado, la estructura de la competencia política abierta exagera la importancia y el predominio de la hipocresía porque es el vicio del que pueden acusarse todos los partidos, y así lo hacen. No queda claro en absoluto que la fervorosa sinceridad sea especialmente favorable para la política liberal. (p 145)

...Más recientemente, el teórico político David Runciman planteó argumentos similares al proponer que **algunos tipos de hipocresía son deseables**, y que vale la pena estimularlos. Su análisis sobre la reciente preocupación por arrancar la hipocresía de raíz parece acertado: no es que hoy haya más hipocresía, sino que, gracias a la exposición política en los medios durante las veinticuatro horas, es mucho más sencillo encontrarla. (p 146)

La mendacidad ha recibido menos atención de los teóricos políticos, pero el historiador Martin Jay, en su trabajo *Virtues of Mendacity*, ha compensado este déficit intelectual. La verdad puede debilitar, y no siempre vale la pena sacarla a la luz; o, como lo formula Jay, “decir **la verdad puede [...]** ser un arma de los poderosos, mientras que **la mentira es una táctica de los débiles**”. **Una política sin mentiras e hipocresía no sería política**. Según Jay, “La política, más allá de cómo

queramos definir su esencia y delinear sus contornos, nunca será una zona de completa autenticidad, sinceridad, integridad, transparencia y rectitud, libre de pequeñas mentiras. Y tal vez, en última instancia, eso también sea algo bueno”. Esperar que los políticos digan siempre la verdad es someter nuestra política de deliberada mediocridad a los estándares perfeccionistas que le quitarían a esta todo sentido. Esto no significa que debemos alentar a nuestros políticos a que mientan, sino que es necesario recordar que **las mentiras** a veces pueden auspiciar funciones auxiliares, **mientras que en muchos casos auspiciarán corrupción y pereza, en otros auspiciarán concertación y esperanza.** (p 146)

...Deborah Stone en su fundamental trabajo *The Policy Paradox*, la ambivalencia tiene muchos usos positivos en **la política democrática; es más bien un arte que una ciencia**: “La ambigüedad posibilita la transformación de intenciones y acciones individuales en resultados y propósitos colectivos. Sin ella, la cooperación y la concertación serían tanto más difíciles, si no imposibles. (p 147)

Por ejemplo, definir una política particular en términos algo ambiguos e imprecisos les permitiría a los políticos hacerse del apoyo necesario de diversos sectores; luego puede llegar la precisión. Stone argumenta: “La defensa de los Estados Unidos' es una idea ambigua que sin embargo aglutina a todos”. **La ambigüedad** hace posible llegar a la acción dando **a los políticos un respiro** para trabajar en determinado problema sin que la atención de los medios y el público los distraigan. Así, escribe Stone, “los legisladores pueden satisfacer los pedidos de 'hacer algo' sobre un problema aprobando un estatuto impreciso con significado ambiguo, para luego dejar que las agencias administrativas definan detrás de escena los detalles más conflictivos”. Lo que es más importante aún, **sin ambigüedad tal vez jamás se resuelvan los conflictos ni se alcancen acuerdos.** La politóloga concluye: “**La ambigüedad facilita la negociación y las concesiones** porque les permite a los oponentes alcanzar la victoria a partir de una resolución común”. (p 147)

Exigir que la política se vuelva más precisa **pidiéndoles a los políticos que confíen sus pensamientos a Twitter**, Facebook y blogs, y obligándolos a ser específicos, a tal punto que **preferirían no decir ni hacer nada**, es poco probable que mejore el estado de nuestra democracia. Debemos resistir la tentación de aceptar **la bendición de “internet”**, pues tal vez no sea más que **una maldición disfrazada.** No debemos obsesionarnos con lo que es posible hacer gracias a este nuevo arsenal de tecnologías digitales sin antes preguntarnos qué es lo que vale la pena hacer. (p 147)

Redes, líderes, jerarquías

...Como lo expresó Josh Quittner, autor del artículo de *Wired*, “La red es tan solo un medio para un fin. El fin es aplicar al gobierno la ingeniería inversa, separar la política en sus elementos constitutivos y arreglarla”. El solucionismo y el internet-centrismo se encontraron hace mucho tiempo. (p 148)

...Heather Brooke, defensor de la transparencia gubernamental... propone que “en lugar de rediseñar internet para que se adapte a las leyes impopulares y líderes impopulares, podríamos rediseñar nuestras estructuras políticas para que sean reflejo de internet. **En lugar de depositar nuestra fe en la intervención estatal para que controle internet** con el fin de protegernos, **confiamos** en los beneficios que se obtienen **cuando los individuos pueden hablar y unirse libremente**”. Es Estado y sus instituciones son objeto de sospecha, como si “internet” en sí misma pudiera, de alguna manera, defender a sus usuarios contra las violaciones de privacidad o el ciberdelito. El mensaje es inequívoco: la red está aquí, ¡acostúmbrase a ella! Hasta donde yo sé, gran parte de esta “**internet**” de la que todos hablan **se ha construido para** compañías con fines de lucro con el objetivo explícito de **ganar dinero, no de defender los derechos humanos.** ¿Por qué deberíamos rediseñar

nuestras instituciones políticas con este modelo en mente? (p 148)

Es más probable que el internet-centrismo sea el motivo de esta fascinación con las estructuras en red descentralizadas y sin líderes, y con su supuesta superioridad sobre las jerarquías centralizadas y sus líderes (de las cuales los partidos políticos son solo un elemento). Gran parte de este fetiche por las redes reside en el excesivo entusiasmo por la gran facilidad y rapidez con la que es posible formar esas redes... (p 149)

...Clay Shirky y su jerga de la teoría de la elección racional, su marca registrada...: “Los grupos con capacidades recientemente adquiridas se están reuniendo, están trabajando [...] por fuera de las constricciones previas que limitaban su eficacia. Estos cambios transformarán el mundo en todo lugar en el que grupos de personas se reúnen para conseguir algo, lo que equivale a decir: en todo lugar”. Las “constricciones previas” se presentan como obsoletas e innecesarias, se trata de algo que frustra la autorrealización de los grupos. Son los grupos y las redes -que suelen estar distribuidas y atraviesan las fronteras- los que tienen el poder; las jerarquías, los Estados, confinados como están a territorios y programas de acción, son superados en cada esquina. (p 149)

Esta noción del **origen casi divino** de la superioridad **de las redes** es característica de la interpretación que hace Shirky sobre WikiLeaks, la red nacional que gobierna a todas las redes... Los grupos ganan; los Estados nación pierden. **Las redes son buenas; las jerarquías, malas. Lo global es bueno; lo local, malo.** (p 149)

El problema es que Clay Shirky cree que los asuntos mundiales ahora operan de acuerdo con las exigencias de “internet”, mientras que, en realidad, **la historia es mucho más complicada...** (p 150)

Sería incorrecto decir que la actual moda de la organización política horizontal y en red solo se debe al internet-centrismo. Una breve incursión en la historia de la economía y la ecología mostraría que la preferencia por las soluciones horizontales se desarrolló hace mucho tiempo, y no necesariamente como una filosofía coherente, sino como respuesta a la tan odiada jerarquía de los modos de gobierno. Las redes digitales solo han contribuido a brindar la apariencia de una infraestructura en la que se podían poner en práctica modos de gobierno horizontales. Pero también en este caso, puede que las nuevas posibilidades se hayan impuesto como la solución preferida ante cualquier desafío organizativo, incluso si para la tarea en cuestión se requiere de una estructura más vertical y jerárquica; de a poco, los movimientos reformistas han terminado aceptando que la horizontalidad siempre es una opción superior. A esto se refiere David Harvey cuando critica que “**Desgraciadamente, [...] la idea de jerarquía es anatema** en la actualidad **para** muchos sectores de **la izquierda anticapitalista**. Con demasiada frecuencia el fetichismo de una forma organizativa (**la pura horizontalidad**, digamos) **dificulta la posibilidad de explorar soluciones apropiadas y eficaces**”. (p 150)

A los líderes, tanto como a las jerarquías, se los considera un peso, algo que “internet” ha podido eliminar, solo con el fin de que la lucha política sea más eficaz. Alec Ross... es muy optimista respecto a la Primavera Árabe: “Si pensamos en los héroes revolucionarios del pasado -ya sea Lech Walesa en Polonia, Vaclav Havel en la República Checa o Nelson Mandela en Sudáfrica-, vemos que no existen ese tipo de figuras en las revoluciones que se están llevando a cabo en Medio Oriente en este momento, y eso se debe, en parte, a que internet ha distribuido el liderazgo”. ¿O podría ser que no hayamos visto a esas figuras porque el Gobierno de Hosni Mubarak ha estado encarcelando y torturando sistemáticamente a sus oponentes, a menudo con la aprobación tácita de Washington? Ross no lo dice. (pp 150-151)

Esta lógica solo funciona si suponemos que la revolución terminó en el momento de la dimisión de

Mubarak. Si nuestra visión es más extensa -y no confundimos el fin del levantamiento con el fin de la revolución en sí misma- deja de ser tan evidente que las revoluciones sin líderes sean un desarrollo bienvenido. Sucesos posteriores en Egipto han puesto de relieve la enorme ingenuidad del pensamiento de Ghonim. Comprimidos entre una jerarquía, el Ejército, y otra, los Hermanos Musulmanes, la juventud liberal y prooccidental, con su inquebrantable fe en que la política es igual que la Wikipedia, quedó prácticamente excluida del proceso político. La ausencia de un liderazgo claro y objetivos en común también contribuyó a astillar esta “red”, de modo que sus opositores ni siquiera debieron esforzarse. Como señaló... Hazem Kandil, **si los revolucionarios no pueden organizar sus filas y alentar a sus conciudadanos a tomar decisiones peligrosas, correr riesgos y aceptar la inestabilidad de corto plazo, entonces no hay muchas esperanzas de que ellos por sí mismos puedan convertir esta noble revuelta en una revolución total.** (pp 151-152)

Algunos participantes del movimiento juvenil comprendieron tardíamente el desafío de ser una red que lucha contra dos jerarquías poderosas. Ahmed Maher... expresó al *New York Times* en junio de 2012: **“Somos una chispa que enciende el mundo; sabemos cómo avivar las cosas [...]. Pero cuando tengamos una entidad que pueda pararse sobre sus propios pies -cuando el día de mañana podamos formar un gobierno- entonces pasaremos a ser una alternativa. No comprendimos que los medios no son una alternativa a las calles”**... (p 152)

Tecnoescapistas versus tecnorracionalistas

La confusión de los *geeks* con la política no se agota en sus planes utópicos de deshacerse de intermediarios importantes y dismantelar jerarquías opresivas. Una inclinación igual de perturbadora es la de **descartar la política por completo** y albergar esperanzas de **que la tecnología** -en especial “internet”- **pueda evitarnos los problemas que la política se ha vuelto incapaz de resolver o**, una esperanza más humilde, **que podamos reemplazar a los políticos y la política por tecnócratas y administración. Los primeros son los tecnoescapistas**, quienes piensan que la tecnología, ejemplificada en “internet”, puede hacer caducar la política; **los segundos son los tenorracionalistas**, quienes piensan que la tecnología e “internet” pueden reducir lo que la política tiene de política e impulsar su dimensión. **Ambos son sumamente peligrosos.** (p 152)

En un ensayo de 2009 para el Cato Institute, formado por un grupo de expertos libertarios, Thiel explicó por qué su variante de tecnoescapismo es una iniciativa seria: “En nuestra época, la gran tarea de los libertarios es encontrar un escape a la política en todas sus formas: desde las catástrofes totalitarias y fundamentalistas hasta los ensayos irreflexivos que guían la llamada ‘socialdemocracia’”. Y continúa: “Entonces la pregunta clave pasa a ser sobre cómo escapar sin utilizar la política sino superándola [...]. El modo de escape debe incluir un nuevo tipo de proceso, nunca antes empleado, que nos lleve a algún país todavía no descubierto; y por ese motivo he puesto mis esfuerzos en nuevas tecnologías que puedan crear un espacio de libertad”. A continuación, Thiel explica que ese espacio sería el ciberespacio, y señala que “afines de la década de 1990, la visión fundacional de PayPal giraba en torno de la creación de una nueva moneda mundial, exenta de control gubernamental y del debilitamiento: el fin de la soberanía monetaria, por así decirlo”. (pp 153-154)

Podemos encontrar otra manifestación reciente de tecnoescapismo en *Abundancia*... cuyo coautor es Peter Diamandis, acaudalado emprendedor y cofundador de la Singularity University. Esta universidad fomenta la idea de Ray Kurzweil de que las computadoras un día serán tan inteligentes como los humanos, quienes, a su vez, vivirán por siempre... El mensaje esencial de *Abundancia* es que la tecnología lo mejora todo, todo el tiempo, y que además lo hace más abundante, puesto que “cuando los vemos a través de la lente de la tecnología, pocos recursos son realmente escasos; básicamente, son inaccesibles”. Por eso es mejor dejar la solución de los problemas más acuciantes

del mundo, desde el hambre y el autoritarismo hasta la educación y la salud, en manos de tecnofilántropos como Diamandis. **El autor escribe: “La revolución de la alta tecnología creó toda una nueva raza de ricos tecnofilántropos que está utilizando sus fortunas para resolver desafíos globales relacionados con la abundancia”.** (pp 154-155)

Diamandis nos promete un mundo de abundancia, para el cual nadie deberá sacrificarse, y dado que no se verán afectados los intereses de nadie, la política misma será innecesaria. En realidad, todos los problemas pueden resolverse en el nivel local pasando por alto intereses arraigados; en lo que tal vez sea la afirmación más vacía del libro, sostiene: “en el mundo hiperconcertado actual, solucionar problemas en cualquier parte significa solucionarlos en todas partes”... Uno de los principios fundamentales del tecnoescapismo es que la tecnología reemplazará a la política porque eludirá lo relativo a la distribución y la asignación, y lo reemplazará por cuestiones de producción y aplicación. A ellos no se les ocurre pensar que **sin la política y sin alguna amenaza de coerción o castigo es posible que ciertos actores**, ya sean países, corporaciones o individuos, **no quieran cooperar con el resto**, negándose a reducir la producción, instalar tecnologías más eficaces o asumir su parte de los costos por destruir el medioambiente o los bienes comunes. (p 155)

...**Como señala** el periodista especialista en tecnología **Joe Gertner**... tal vez el motivo por el que en la *Abundancia* se hace la vista gorda sobre problemas como el cambio climático es que “detener sus consecuencias **requerirá no solo un gran impulso tecnológico sino también de la engorrosa tarea de cambiar la conducta humana**, efectuar un cambio radical en las políticas gubernamentales y negociar acuerdos internacionales. En otras palabras, no encaja ni de cerca con el paradigma de problema planteado por el autor: todos aquellos que requieren una solución casera o tecnofilántropica”... (p 156)

A diferencia de Thiel y su variante tecnoescapistas, los tecnorracionalistas no pretenden liberarnos de las normas de construcción; como buenos tecnócratas preferirían que estas se adoptasen sin problemas, sin consultas ni debates innecesarios. Ellos piensan que la política es poco más que reparar baches y solucionar el problema de los perros perdidos. Los asuntos políticos se reducen a asuntos administrativos, y estos pueden solucionarse de manera científica, por eso es inútil perder el tiempo debatiendo sus méritos y perpetuando las desprolijidades del proceso político. Jeff Jarvis comenta que “si los *geeks* toman el control -y así será- podríamos ingresar a una era de racionalidad científica en el gobierno”. Sean Parker... proclama con entusiasmo que “**los nuevos medios tendrán un papel en la reforma política**, [lo cual] va a suceder **porque [...] con esos sistemas la política será más eficaz**”. (p 156)

...Beth Noveck, la defensora del gobierno abierto y autora de *Wiki Government*, nos comenta -empleando el lenguaje amado por los administradores- que “ya es tiempo de repensar la legitimidad de la participación atenuada en una pequeña cantidad de instituciones representativas”. ¿Entendieron?

El significado real de este intrincado constructo lingüístico se aclara más adelante, cuando señala que “el entorno digital ofrece nuevas maneras de participar en el intercambio público de la razón. Con herramientas nuevas, las personas pueden 'hablar' por medio de mapas compartidos y diagramas, en lugar de hacerlo en reuniones”. ¡Los mapas y las reuniones son mucho mejores que los debates y las reuniones! Es así como Noveck se queja de que “la mayor parte del trabajo realizado en la intersección de la tecnología con la democracia se ha concentrado en el modo de crear conversaciones demográficamente representativas. La atención está puesta en la deliberación, no en la colaboración, en la conversación y no en la acción; en la información y no en la toma de decisiones”. Esa es una visión un tanto deprimente del wikigobierno: no se articularán las quejas y preocupaciones de los ciudadanos, sino que se les dará la oportunidad de contribuir en el mapeo de su barrio, al estilo de Wikipedia. **Sale la política, entra la tecnocracia.** Revisaremos algún tipo de

formulario en línea para decirle al gobierno qué baches rellenar, pero no debatiremos si los trabajadores que los rellenan necesitan mejores salarios o si nosotros necesitamos menores calles. (p 157)

...**Khanna** propone que para que no cesen los modos tecnocráticos de gobernanza no solo **deberíamos deshacernos** de los debates sino también **de las elecciones**. Sirviéndose de la teoría de la generatividad de Jonathan Zittrain -el internet-centrismo asoma de nuevo su horrible cabeza para apoyar locas ideas de gobernanza-, Khanna escribe, en el tono eufemístico del politburó chino, que “puede diseñarse un sistema de gobernanza generativa para brindar estabilidad y cambio positivo al mismo tiempo”.

...para Khanna, “cambio positivo” significa que “usar la tecnología para deliberar sobre asuntos de importancia nacional, proveer servicios públicos e incorporar las opiniones de los ciudadanos puede ser, en última instancia, una forma más verdadera de participación directa que la de un sistema de representación indirecta y elecciones infrecuentes”. Entonces continúa, “no podemos temerle a la tecnocracia cuando la alternativa es el inútil populismo de los argentinos, los húngaros y los tailandeses, que pretende hacerse pasar por democracia. Son precisamente estas democracias no funcionales las principales candidatas a ser suplantadas por tecnocracias mejor diseñadas; es probable que esto redunde en mayores beneficios para sus ciudadanos”. Y aquí viene el punto clave: “A tal punto que China ofrece una guía para la gobernanza que las democracias occidentales no ofrecen: se trata de tener ‘tecnócratas con mandatos limitados’”. (p 158)

Los tecnócratas y sus límites

...Allá por 1902, **Wiston Churchill**, en una carta a H.G.Wells, alertó que “**nada sería más fatal para los gobiernos de los Estados, que caer en las manos de expertos**. El conocimiento experto es conocimiento limitado, y **la ignorancia ilimitada del hombre común que sabe dónde duele es una guía más segura que cualquier dirección rigurosa de un personaje especializado**”. ¿Sería demasiado pedir que nuestros *geeks* sepan algo de historia? (p 159)

...El pedido de Jarvis de un gobierno de “racionalidad científica”, ¿es en realidad distinto de la proclama de **Saint Simon** de 1821? Este **dijo** que “**en el nuevo orden político [...] las decisiones deben ser el resultado de demostraciones científicas totalmente independientes de la voluntad humana.** [...] En ese nuevo orden veremos la desaparición de las tres principales desventajas del sistema político actual: arbitrariedad, incapacidad e intriga”. (p 160)

Bernard Crick, en su libro *En defensa de la política*, publicado en 1961, hizo la mejor crítica hasta ahora a ese tipo de pensamiento iluso y su desprecio por la arbitrariedad, la incapacidad y la intriga.

- Supongamos que la arbitrariedad que odiaba Saint Simon no sea otra cosa que el resultado de la diversidad; la incapacidad, simplemente cierto sentido de las limitaciones; la intriga, nada más que el conflicto de intereses diversos en cualquier Estado de libertad moderada [...] entonces tenemos una caracterización de la política misma, y de hecho, una bastante buena. [...] En el fondo lo que perturba a quienes anhelan una ciencia de la política no es más que el elemento de conflicto en la política ordinaria; lo que los entusiasma ha sido el prestigio de la ciencia, una buena reputación por su -al menos supuesta- unidad. (p 160)

...la idea sobre la unidad de la ciencia; a partir del trabajo de Thomas Kuhn sobre los paradigmas científicos, ellos han demostrado que las disciplinas científicas emplean métodos de pensamiento y argumentación de una enorme diversidad y que la supuesta unidad es, en gran parte, un mito. La idea de que el conflicto es perjudicial para la política es aún más sospechosa. En la política abunda el conflicto por la sencilla razón de que de que las personas que tienen libertad de elegir deben impulsar programas antagónicos. La arbitrariedad que critica Saint Simon responde al hecho de que en las sociedades verdaderamente libres hay pocas restricciones respecto de por cuáles libertades se

puede luchar. No podrá diseñarse jamás ningún algoritmo ni conjunto de leyes que resuelva los conflictos y enfrentamientos que resultan de esas luchas. Saint Simon tenía algunas soluciones curiosas a los problemas que identificó -no tan buenos como “internet”, pero buenos al fin-, excepto que lo que consideraba “problema” no lo eran en lo más mínimo. (pp 160-161)

Bernard Crick... previó que la tecnología sería más que una colección de artefactos y sistemas; también sería un estilo de pensamiento que se invoca en el nombre de reformas a la política y de limpieza de sus imperfecciones, una doctrina que podría “rescatar a la humanidad de la falta de certidumbre y el exceso de concesiones [...] [y] volver a darle lugar a la política a secas, y desarrollarla”. Crick explicó que la clave de esta doctrina es la creencia de que “en la sociedad todo [...] puede manipularse racionalmente si se comprenden las técnicas del poder y la producción”. Dicho de otro modo, Crick formuló una crítica temprana al solucionismo; el internet-centrismo también estaba presente: su propio objeto de fastidio se llamó “cientismo”. (p 161)

...Jean Meynaud escribió en su estudio sobre los tecnócratas de Francia, “uno de los componentes más importantes de la mentalidad del técnico es que cree que el análisis racional y la interpretación de los hechos probablemente generarán unanimidad, al menos entre los hombres de buena voluntad. El técnico que considera haber llegado a la plena comprensión de un tema siempre se sorprende, y a veces se aflige, cuando se oponen a sus teorías; no podrá evitar atribuir ese comportamiento a la ignorancia o la mala voluntad”. Cuando los beneficios de nuestras soluciones parecen tan obvios, ¿cómo es que los demás no los ven? (p 161)

...Para el pensamiento tecnocrático, el pluralismo es un enemigo, no un aliado, o como dirían los *geeks* en su jerga, es un *bug*, y no una *feature*. Dos expertos en tecnocracia señalan que el supuesto fundamental de ese pensamiento “es que los desacuerdos no ocurren porque es normal que las personas tengan sus diferencias, sino porque están mal informadas”. Lo paradójico es que, aunque la tecnocracia es en sí misma una ideología, la mayoría de los tecnócratas se esfuerzan por distanciarse de cualquier insinuación de que los impulsa otra cosa que no sea el pragmatismo y la búsqueda de la eficacia. (p 162)

...Un mismo tema atraviesa la mayoría de estas destacadas críticas a la arrogancia y la vanidad del planificador y el reformista: hay algo de la experiencia de convivir en la polis con otros seres humanos que es en esencia irreducible a fórmulas y técnicas de optimización. **Es imposible evitar el pensamiento y la deliberación; de ellas no nos liberarán ni los algoritmos más perfectos, al menos no sin dejar empobrecida nuestra cultura política.** (p 162)

Las buenas intenciones, aunque estén disfrazadas de combinaciones excitantes, no justifican la ingenuidad. Lo que no ha cambiado desde que Crick escribió su crítica al pensamiento tecnológico es que arreglar la política sin lograr primero una comprensión acabada de lo que es la política y para qué se usa sigue siendo una empresa sumamente peligrosa. O para decirlo sin vueltas, nunca ha sido tan barato actuar según la propia estupidez. **Es necesario cultivar el pensamiento político, al igual que la moralidad política;** esto no se da naturalmente, ni siquiera a los genios de Silicon Valley... (pp 162-163)

5. LOS PELIGROS DE LA MEDIACIÓN ALGORITMICA

...Lo que resulta de veras irritante es que Google insista en la supuesta neutralidad y objetividad de sus algoritmos. En lugar de reconocer que estos pueden tener dificultades y sesgos que es necesario corregir, Google se comporta como si introducir a los humanos para que revisen de tanto en tanto el trabajo de sus algoritmos equivaliera a abandonar toda fe en la inteligencia artificial como tal. (p 167)

...invocar a “internet” como una fuerza social unificada que está allí afuera le permite a Schmidt evitar todo tipo de debate útil sobre sus componentes. (Google no está solo en esto; Facebook también se esconde detrás de una retórica del espejo similar: “Nuestro papel en el sistema [es] innovar y actualizar todo el tiempo nuestro sistema para reflejar lo que son las normas sociales actuales”). Sin embargo, **el espejo es una metáfora pobre para capturar el papel de Google en la esfera pública de nuestros días; la compañía no sólo refleja, además da forma, crea y distorsiona, y lo hace de múltiples maneras, que no pueden reducirse a una única lógica de “internet”...** (p 170)

...Google debería dejar de esconderse detrás de la retórica de los espejos y los reflejos, reconocer su enorme papel en la configuración de la esfera pública y comenzar a ejercerlo con mayor responsabilidad. Ser “objetivo” es una tarea muy difícil; no sucede con naturalidad después de haber delegado todo el trabajo a los algoritmos. **Los nuevos jefes supremos de los algoritmos no deberían aspirar a ser autómatas éticos; solo siendo autorreflexivos y moralmente imaginativos pueden estar a la altura del enorme peso de sus responsabilidades cívicas.** (p 171)

Ahogarse en un mar de algoritmos

...al explicar por qué presenta los resultados como lo hace, Google nos dice en su sitio web “en la web la democracia funciona”; con esto quieren decirnos que todos pueden hacer oír su voz votando por sus sitios favoritos con enlaces, que luego son contados por el algoritmo PageRank de Google para determinar qué resultados debieran aparecer primero.

Es una definición muy peculiar de la democracia... pero aquellos con los recursos necesarios para generar más enlaces (...) tienen mucho más poder que quienes no los poseen. No se trata para nada de “una persona un voto”. En el mejor de los casos es más parecido a una oligarquía que a una democracia... (pp 172-173)

Sin embargo, es claro que la ciencia tiene un código moral; esto sería evidente para cualquiera que haya intentado llevar a cabo experimentos que involucren a humanos... Los científicos no se limitan a “probar cosas” de manera espontánea; se ven obligados a reflexionar sobre las consecuencias sociales y políticas de su trabajo, a veces mucho antes de ingresar al laboratorio... ...Pues sí, por eso es que **ninguna compañía, menos una del tamaño e influencia de Google, debería “probar cosas” sin procurar primero el respeto en el nivel institucional en lo que respecta a dilemas éticos.** (pp 173-174)

...Cuando Eric Schmith dice que no quiere “criticar al consumidor por hacer estupideces [...]. Amamos a nuestros consumidores aunque no me guste lo que hacen”, no cabe duda de que Google no se considera sucesor del *New York Time* o NPR. Schmith no se refiere a los usuarios de Google como ciudadanos, sino que los presenta como “consumidores”, y así le quita de una vez un gran peso a la compañía. En definitiva, los consumidores siempre tienen la razón, aunque de cuando en cuando sean estúpidos... (p 174)

Debemos dejar de creer que los nuevos filtros y prácticas algorítmicas impulsados por los recientes intermediarios digitales (y sus entusiastas gentes de internet) son aporoblemáticos, objetivos y superiores por naturaleza a los filtros y prácticas que los precedieron. Esos nuevos filtros podrán ser más veloces, baratos y eficaces pero la velocidad, el costo y la eficacia guardan solo una relación periférica con las funciones civiles que los nuevos filtros y algoritmos desempeñarán en nuestra vida. **Si no sometemos a esos filtros más veloces, baratos y eficaces al estricto escrutinio ético que merecen, corremos el riesgo de caer en una de las tantas falacias del solucionismo** y celebrar avances relacionados con problemas menos importantes, al tiempo que desatendemos cuestiones más acuciantes aunque menos obvias. (p 174)

...“en lugar de reducir la información y ocultar lo que no llega, los filtros ahora aumentan la

información y revelan todo el profundo mar” no equivale solamente a darle a Silicon Valley un pase libre en cuestiones de moralidad sino también ceder ante una de las creencias fundamentales del internet-centrismo: la idea de que el hecho mismo de que estos filtros se hayan originado en “internet” los vuelve divinos y los libera de los prejuicios de sus creadores, con lo cual quedan inmunes por completo al contexto de poder en el que se han diseñado y se despliegan. (p 175)

...En este sentido, Twitter también es un motor, no una cámara: no sólo refleja realidades sino que las crea de manera activa.

En consecuencia, es muy común que cuando algún debate importante genera mucho revuelo pero no alcanza el estatus de tendencia, se acuse a Twitter de censura... (p 175)

...Gillespie hace notar que “un término que ya ha sido tendencia tiene un umbral más elevado que superar antes de volver a ser tendencia. La conclusión es que el algoritmo prefiere la novedad en el discurso público antes que los fenómenos que tienen un periodo de caducidad más extenso. Es una crítica de larga data que se le hace al periodismo de radio, televisión e internet, y que reaparece en las redes sociales”... (p 177)

...Ese tipo de investigaciones de amplia base empírica sobre los sesgos que introducen los algoritmos de Twitter, y no las denuncias de censura facilistas, populistas y sin fundamentos, nos brindan argumentos mucho más sólidos con los cuales reformar Twitter y, tal vez, instar a la compañía a que adopte una métrica diferente. (p 178)

La industria del meme te hará famoso

Si comenzamos a poner atención a cómo funcionan en realidad los filtros digitales y los algoritmos, si lidiamos con lo que ellos ocultan y revelan, es probable que muchos de los mitos fundacionales del internet-centrismo ya no parezcan defendibles. Entre ellos, pocos han sido más perjudiciales para nuestro discurso público que la idea de que, “en internet”, las ideas se viralizan, sobre todo por “voluntad” propia, y que vale la pena informar sobre los memes -término de moda que designa a estas unidades de cultura de rápida propagación- más vitales. (pp 178-179)

Pensemos en la cantidad de memes que aparecieron durante la campaña presidencial estadounidense de 2012: por ejemplo, el “Obama invisible”... Aunque puede ser tentador pensar que esos memes han surgido de manera orgánica y autónoma y tratarlos como el resultado natural de la *vox populi*, la realidad es mucho más compleja, y no solo por cómo han “producido” su viralidad los algoritmos de Twitter y Facebook. (p 181)

Ryan Holiday... escribe...: “No creo que alguien pudiera haber diseñado un sistema más fácil de manipular aunque hubiera querido”. El relato que ofrece Holiday en su libro da bastante miedo y confirma que los memes, en su mayoría, no nacen, se hacen. Esto no quiere decir que todos ellos sean generados de la misma manera... En las palabras de Holiday, el objetivo de la industria de las relaciones públicas es “crear la percepción de que el meme existe con anterioridad, y lo único que hace el periodista (o el supervisor musical o el estilista de un famoso) es popularizarlo”. (pp 181-182)

Si Theodor Adorno y Max Horkheimer, eminencias de la Escuela de Frankfurt y formidables críticos de la cultura, estuvieran escribiendo hoy su obra seminal *Dialéctica de la Ilustración* (1944), con seguridad necesitarían revisar su capítulo más famoso y reemplazar la “industria de la cultura” por la “industria del meme”... (p 183)

Esta lógica del meme -la tendencia a evaluar todo en términos de cómo reaccionará el público destinatario sobre la base de la información que se tiene de él- se está imponiendo con rapidez

también en otros ámbitos de nuestra cultura... (p 185)

Sobrevivir a los macrodatos

A medida que hacemos la transición al mundo sobrecargado de memes en el que viven las “audiencias algorítmicas”, se vuelven más difícil recordar los tiempos en los que los medios periodísticos serios no se preocupaban en exceso por si algo era o no “deprimente”, sino que informaban lo que era importante y merecía nuestra preocupación sin importar cuánto se vería afectado el bienestar emocional del público. Alabar “la era de los macrodatos (*big data*)” y **ceder al periodismo invadido continuamente por medidas estadísticas e indicadores es darnos por vencidos ante el solucionismo y avalar un tipo de periodismo complaciente**. Ignorar las características de nuestros destinatarios -junto con una cierta ineficacia que esto supone para el mundo del periodismo- no es en todos los casos un problema que debe resolverse, ni siquiera aunque las últimas herramientas hagan que las soluciones sean sencillas y obvias. Superar el solucionismo y resistir la tentación de resolver ese problema de ignorancia -sobre todo cuando las herramientas son de tan fácil acceso- será complicado, en especial porque la retórica epocalista del internet-centrismo quiere convencernos de que una época revolucionaria requiere medidas drásticas y revolucionarias. (pp 186-187)

...Turow llega a una conclusión un tanto deprimente, pero es difícil no estar de acuerdo: “Estamos ingresando a un mundo de contenido intensamente personalizado, un mundo en el que los editores e incluso los anunciantes ofrecerán anuncios personalizados junto con noticias livianas o entretenimiento que se ajusta a las necesidades de venta del anuncio y a la reputación del individuo en cuestión”... El siguiente paso lógico -y, posiblemente, muy lucrativo- será dirigir esas historias a lectores individuales, lo cual nos dará, en esencia, una nueva generación de granjas de contenido que pueden producir historias por pedido, adaptadas a usuarios particulares. (pp 188-189)

Las implicaciones de tales cambios para nuestra vida pública son profundas: el tipo de personalización arriba descrita puede destruir las oportunidades de solidaridad y debate informado que aparecen cuando toda la polis tiene acceso a las mismas historias... (p 189)

El lenguaje de la eficacia -el único y principal dios de la mayoría de los *geeks* y los economistas- también se cuele en este debate, de a poco pero con paso firme... (p 190)

“¡Fuera los mediadores!”, dicen los mediadores

No obstante lo anterior, la fe en la neutralidad, la objetividad y la naturaleza inherente de los filtros y algoritmos no es el punto más alto de la ingenuidad cibernética. Ese dudoso honor le corresponde a la **creencia generalizada de que “internet” nos libra de los mediadores e intermediarios**. A menudo se anuncia que la “desintermediación” (*desintermediation*, con seguridad una de las palabras más feas del idioma inglés), es la característica distintiva de la era digital. Gracias a las nuevas tecnologías innovadoras, se cree que los intermediarios de todo tipo están en vías de extinción. Según nos cuentan, una vez que redactores, editores y librerías se desvanezcan, nuestra vida pública por fin quedará libre de sus prejuicios, ineficacias y agendas ocultas. Hay en ellos algunos elementos de verdad, pero no debemos pasar por alto un desarrollo mucho más importante y menos visible: la digitalización de nuestra vida pública también está dando lugar a muchos intermediarios nuevos que son en su mayor parte invisibles y posiblemente sospechosos. (p 191)

...**Es la proliferación de intermediarios -no su eliminación- lo que ha generalizado el uso de blogs**. El término correcto en este caso sería “hiperintermediación”, no “desintermediación”. (p 191)

Muchas son las preguntas que plantea la percepción internet-centrista sobre el surgimiento de una nueva era: ¿Quién necesita bibliotecas y librerías si es posible consultar y comprar libros en línea? ¿Quién necesita editoriales si los autores pueden autopublicarse? ¿Quién necesita a los editores si los artículos e incluso los libros pueden personalizarse para satisfacer los intereses del lector? Y, yendo al extremo, ¿quién necesita a los autores si los algoritmos pueden escribir prosa? El motivo por el cual el ataque a los mediadores goza de tan inmensa popularidad entre los *geeks* podría deberse al mencionado culto a la **Reforma Protestante**: el mito original de la cultura de internet actual. Se consideraba que **la Iglesia era un mediador innecesario y destructivo que interfería en la comunicación directa con Dios; lo mismo se dice de las instituciones editoriales**: que en esencia evitan el acceso sin mediadores al mundo de los memes y las ideas... (p 192)

...La furia populista de Bezos contra las instituciones, al mejor estilo de las diatribas de Lutero contra la Iglesia, queda expuesta por completo cuando se vanagloria de que la lista de éxitos de venta de Kindle “está repleta de libros de pequeñas editoriales y de autores exitosos y consagrados”. **No se explica por qué ello constituye un logro que debe celebrarse y se asume que es algo obvio, como si el método de producción de un libro tuviera la misma importancia que la calidad de sus ideas...** Pareciera que Bezos, como sus hermanos solucionistas de la industria del meme, cree que el objetivo de publicar es producir la máxima cantidad de libros posible y lograr que los lean la mayor cantidad de personas posible. Es una especie de utilitarismo perverso para los literatos. No tiene ninguna importancia si esos libros son juegos de Sudoku o novelas de Tolstoi, ya que **todo se reduce al número de libros que se han descargado, de páginas que se han pasado y de memes que se han creado.** (pp 192-193)

La promesa de Amazon se basa en **dos estrategias** retóricas que aman los solucionistas. La **primera** es la del “**discurso de innovación**”, que consiste en tratar a **la innovación** en general como **buena en sí misma, más allá de sus consecuencias sociales o políticas**. En definitiva, la innovación es progreso ¿y cómo puede ser malo el progreso? La **segunda** estrategia es el “**discurso de las herramientas**”, que busca reformular cualquier debate sobre la tecnología para presentarlo como un debate sobre herramientas y, por extensión, sobre **cómo esas herramientas podrían empoderar a los usuarios**. Ambos discursos empobrecen nuestro debate sobre las tecnologías digitales, se deber reconocer a ambos tempranamente, y oponerles resistencia. (p 193)

Puede que los peligros del discurso de la innovación no sean obvios de inmediato. Es cierto que la innovación es uno de los términos de moda de nuestra época, pero no ha recibido la atención crítica que merece, y solemos dar por sentada su bondad, ignorando que **obsesionarse con la innovación nos lleva a tergiversar los relatos sobre el pasado**. El historiador Davide Edgerton muestra en su libro *Innovación y tradición* que gran parte de la historia reciente de la tecnología está dominada por relatos que priorizan la invención y la innovación en lugar del uso real que puedan tener las tecnologías y los aparatos...(p 193)

Sin embargo, no es sólo la historiografía de la tecnología la que resulta deformada por la **veneración contemporánea de la innovación**. Las políticas futuras también la sufren. El problema es el siguiente: por **pensar que la innovación tiene únicamente efectos positivos**, pocos están preparados para examinar sus consecuencias no deseadas; se supone que como tales, es evidente que la mayoría de las innovaciones son positivas. Un grupo de investigadores escandinavos revisó todos los artículos académicos sobre la innovación, publicados a partir de la década de 1960, y descubrió que de todos los estudios examinados -miles-, sólo veintiséis mencionaban las consecuencias negativas o no deseadas de la innovación. Es decir, aproximadamente 1 de cada 1000 artículos, una proporción que no ha cambiado desde los años 1960. Estadísticas ignoradas como ésta revelan el “**prejuicio a favor de la innovación**” que se detecta en la mayor parte de la literatura académica sobre el tema. (p 194)

Este tipo de prejuicios es responsable del establecimiento de una frontera clara entre el estudio de la innovación y los varios factores que la impulsan -campo de estudio llevado a cabo sobre todo en las escuelas de negocios- y el estudio de las consecuencias de la innovación, que suele emprenderse en disciplinas como las políticas públicas y la ciencia y tecnología, pero rara vez en el marco de los “estudios sobre innovación” propiamente dichos. Por lo tanto, las innovaciones que fallan o tienen resultados desastrosos por lógica no son consideradas como parte del vocabulario de la innovación; **las tecnologías son innovadoras solo si son exitosas y están libres de riesgos...** (p 194)

Pero no siempre fue así. Según Benoit Godin, el académico canadiense que ha recorrido la historia intelectual de la “innovación” como concepto, durante más de 2500 años la palabra tuvo connotaciones negativas: “El innovador era un hereje, un revolucionario, un tramposo”. Y de pronto algo cambió: “La innovación gozó de una audiencia positiva cuando las personas comenzaron a experimentar cambios por todas partes, sobre todo cambios 'revolucionarios', y se dispusieron por voluntad propia a generar aún más cambios”. En la década de 1960, los gobiernos occidentales, preocupados por la agenda de modernización y con predominio de científicos sociales, economistas y consultores en sus filas, han despojado a la palabra “innovación” de su contenido político y la han convertido en un aburrido sinónimo de novedad, invención, creatividad, originalidad, utilidad o cualquier otra palabra que estuviera de moda ese año en los retiros de la Facultad de Derecho de Harvard. (pp 194-195)

No sorprende que pocos académicos estén investigando sobre la ética de la innovación; se da por sentado que de algún modo los frutos de la innovación benefician a todos por igual, por lo tanto las reflexiones en torno de un análisis más detallado, por ejemplo, de la innovación en el ámbito de la industria farmacéutica (y los reclamos de propiedad intelectual que ello impondría), nos mostraría que las cuestiones de justicia global -saber si la búsqueda de innovación pone en riesgo el acceso de pobres y enfermos a los medicamentos- también debería incidir en nuestra manera de debatir sobre la innovación. Como señalan tres investigadores destacados en un artículo reciente sobre la justicia en la divulgación de innovación, “Dependiendo de lo que lo que se está creando y para quien estará disponible, la innovación puede empeorar injusticias existentes o crear nuevas injusticias o disminuir injusticias existentes”. **Es necesario** superar la preocupación por la novedad y la eficacia y **hacer preguntas** difíciles, de tipo normativo, **sobre el poder, la legitimidad y la moralidad.** (p 195)

El discurso de las herramientas presenta desafíos de otra naturaleza... Para Tehranian, “es típico que [los tecnoneutrales] sean consultores, que tengan pocas pretensiones teóricas y un considerable interés en no alienar a sus clientes. Suelen adoptar una postura neutral respecto de los efectos: por un lado esto, pero por el otro lado aquello. (p 195)

...Los tecnócratas, en su compromiso por equilibrar las ventajas y desventajas, en realidad no se comprometen con ningún cálculo: una tecnología que posiblemente se usa para el “bien” una vez en tres años es tan neutral como una que se utilizará por el “mal” a cada minuto. También es más probable que defiendan medidas solucionistas dado que, por definición, permanecen ciegos ante los múltiples contextos de aplicación de las soluciones y ante las impredecibles formas en las que esos contextos podrían mitigar la eficacia de aquellas. Por su parte, los tecnoestructuralistas abordan el mundo -no sólo el lugar de la tecnología en él- con una filosofía diferente. Según Tehranian, ellos creen que las tecnologías “[se desarrollan] a partir de necesidades institucionales, y su impacto siempre está mediado por disposiciones institucionales y fuerzas sociales, de las cuales son parte esencial”. Los tecnoestructuralistas no ven a las tecnologías de la información “ni como tecnologías de libertad ni de tiranía, sino sobre todo como tecnologías de poder acopladas a tecnoestructuras de poder existentes o en surgimiento”. Así, cualquier tecnología dada puede centralizar y descentralizar, homogeneizar y pluralizar, empoderar y desempoderar al mismo tiempo. (p 196)

Sólo cuando dejamos de estar casados con la innovación y los cuentos de empoderamiento individual podemos ver que, **si el sueño de Amazon de un mundo sin mediadores se hace realidad, entonces la misma compañía se convertirá en un poderoso mediador...** (p 197)

Si uno piensa que el objetivo de la literatura es maximizar el bienestar de los memes y garantizar la satisfacción de todos los lectores (cómo no estarían satisfechos si los libros que leen reflejan sus inclinaciones y preferencias subconscientes), entonces es correcto considerar a Amazon el salvador de la literatura. Pero si uno cree que algunas ideas son peores que otras, que algunos memes deberían quedar en pausa en vez de difundirse, que muchos autores son intelectuales públicos que desempeñan importantes funciones cívicas que con seguridad no pueden delegarse a los algoritmos, y que uno de los objetivos de la literatura es desafiar y aniquilar, no solo apaciguar y aumentar, entonces no hay mucho que festejar en ese mundo de fantasía de Amazon exento de mediadores. (p 199)

El auge de los críticos acrílicos

Quieran mejorar la política o la literatura, los solucionistas se tropiezan con los mismos desafíos. ...tener la esperanza de que el periodismo o el mundo editorial puede mejorarse con más números es tener una concepción muy equivocada sobre lo que es cada uno de ellos. (p 199)

...la época previa a internet se asocia al conocimiento experto, y **la época posterior a internet se asocia al populismo; nosotros estamos en la época posterior, ergo: debemos ser populistas.** Para Shirky, las cosas suceden y listo, así de simple -recuerden, se trata de una revolución, así que es inútil resistirse-, y **mientras la gente esté a cargo, se supone que todo es bueno.** (p 204)

Este tipo de opinión tiene varios problemas. En primer lugar, **aprecia la participación en la cultura mucho más que a la cultura misma.** Es un enfoque motivado por consideraciones logísticas, no mecánicas. Es decir, al parecer no importa qué están escuchando las personas -ya sea Justin Bieber o Stravinsky- siempre y cuando tengan los medios para votar a favor o en contra y crear con eso un meme y un video de YouTube... (p 204)

...las personas no escriben reseñas movidas por las mismas razones que los críticos profesionales; sobre todo tienen interés por reseñar su propia experiencia, no por dar sentido a una determinada obra. El escritor Daniel Mendelsohn da en el corazón mismo de la diferencia cuando escribe que “**toda la crítica** está basada en esta ecuación: **CONOCIMIENTO + GUSTO = JUICIO SENSATO.** La palabra clave aquí es *sensato*. **Las personas que** tienen una reacción fuerte ante una obra de arte -y la mayoría la tenemos- pero **no poseen la erudición que da peso a una opinión no son críticos**”. (pp 205-206)

6. MENOS DELITO, MÁS CASTIGO

El utópico denuncia no tanto el mal en sentido moral, sino la insolencia de un mundo que se conforma con existir repleto de fallas y defectos: una condena ontológica en lugar de moral [...].

El mundo que se rechaza es el mundo de la oscuridad, repleto de maldad, de un fuego que todo lo devora, de falsedad y engaño, **un mundo de turbulencia, de oscuridad, de muerte, un mundo en el que lo bueno perece y a nada llegan los planes.** (Thomas Molnar)

Gracias a la adopción de nuevas tecnologías, la policía tiene por delante un futuro brillante, y no solo porque ahora pueden buscar sospechosos en Google. Hay otras tendencias, menos visibles, que harán su trabajo más sencillo y efectivo, pero que plantean cuestionamientos en términos de privacidad, libertades civiles y debido proceso. (pp 207-208)

Nos encontramos aquí con el eterno problema de los algoritmos: su supuesta objetividad y su verdadera falta de transparencia. No podemos examinar los algoritmos de Amazon: son opacos por completo y no han sido objeto de escrutinio externo. Amazon afirma, y tal vez tenga razón, que la confidencialidad les permite seguir siendo competitivos... (p 210)

¿Cómo podemos saber si los algoritmos utilizados para la predicción no reflejan los prejuicios de sus autores? Por ejemplo, los delitos suelen suceder en áreas pobres y de diversidad racial. ¿Sería probable que los algoritmos -y su supuesta objetividad- validaran aún más la creación de perfiles criminológicos con sesgo racista? En la mayoría de los regímenes democráticos actuales, la policía debe contar con motivos fundados -algunas pruebas y no solo deducciones- para detener a las personas en la calle y revisarlas. Pero teniendo ese tipo de software, ¿no podrían simplemente decir que los algoritmos les dieron la orden? Y si así fuera el caso, ¿cómo harían los algoritmos para declarar en la corte?... (pp 210-211)

Ha sido arrestado... por Facebook

Si la promesa de la actuación policial predictiva es real, también lo son sus peligros. **Es necesario frenar el impulso solucionista.** La policía debe someter sus algoritmos al escrutinio externo y atacar sus prejuicios. Las redes sociales deben establecer estándares claros sobre la cantidad de autovigilancia predictiva que harán y hasta dónde llegarán en la creación de perfiles criminológicos y en la cesión de esa información a la policía. Aunque Facebook sea más eficaz que la policía para predecir el delito, no se le puede permitir que asuma tales funciones de vigilancia sin observar, al mismo tiempo, las reglas y normas que determinan qué puede hacer y qué no puede hacer la policía en una democracia. **No podemos pasar por alto procedimientos legales y subvertir las normas democráticas solamente en nombre de la eficacia.** (p 216)

Por qué deberíamos tomar el metro de Berlín

Como lo expresa el criminólogo David Garland en su obra seminal *La cultura del control*, teorías como la de la prevención situacional del delito, a las que denomina “criminologías de la vida cotidiana”, presuponen que “el delito es un evento -o más bien una masa de eventos- que no requiere de ninguna motivación o disposición especial, de ninguna patología o anormalidad y que está inscrito en las rutinas de la vida social y económica contemporánea”. Por lo tanto, la lógica indica que diseñando el entorno de manera correcta sería posible erradicar el delito o, al menos, reducir su gravedad. Garland señala que “se debe centrar la atención no en los individuos sino en los hábitos de la interacción, el diseño espacial y la estructura de controles e incentivos que está presente en los mismos. **La nueva orientación política intenta concentrarse en sustituir la cura por la prevención**”. (p 217)

En Berlín el metro llama la atención por sus diferencias: uno debe comprar y validar un pasaje, pero dado que no hay molinetes, también puede subirse al metro sin él. Si lo atrapan, el polizón deberá pagar una multa. El sistema neoyorkino no nos da otra opción que no sea la de obedecer; el sistema berlinés, si bien nos amenaza con un castigo, a la vez apela a nuestro deber cívico. Como lo explican dos teóricos importantes en su defensa del SCP (“prevención situacional del delito”), “Desde el punto de vista ético es más defendible organizar la sociedad para que las personas no tengan una tentación directa de delinquir, que permitir que las tentaciones abunden y luego aplicar castigos a aquellos que sucumben”. Según esta perspectiva, el sistema de la ciudad de Nueva York no sólo es más eficaz, incluso es preferible al de Berlín. (p 218)

La Autotopía en peligro

Una cantinela bastante común en las críticas a la SCP -en la mayoría de los casos, una variación de la tesis de la futilidad- es que provee una solución tecnológica rápida que no enfrenta las causas profundas del delito y que puede empeorar las cosas. Así, impedidos de cometer un tipo específico de delito, los delincuentes no tienen más que intentar cometer otro tipo. O, a menos que la adopción de una tecnología sea universal, cometerán el mismo delito por caminos diferentes: si solo algunas viviendas cuentan con sistemas de alarma sofisticados, los ladrones visitarán a los vecinos que no los tengan. (pp 220-221)

La crítica de la perversidad es aún más intrigante: ...Si casi todo en la vida se administra como los molinetes de Nueva York, los ciudadanos pueden no sentir la presión de actuar correctamente en situaciones en las que no hay controles con molinetes. Si nos hemos criado en un entorno inspirado por la SCP, cuando estemos en una pequeña tienda que no tiene un circuito cerrado de cámaras ni un moderno sistema de antirrobo, ¿cómo nos comportaremos mientras el dueño de la tienda esté distraído y casi ciego? Eso es lo perverso de la SCP: **los esquemas que pretenden eliminar el delito tal vez lo provoquen aún más**. Por supuesto, los defensores del sistema SCP suelen argumentar que eso no sucederá si las soluciones de ese tipo se universalizan; por lo tanto, habrá más delitos solo si el singular dueño de una tienda se niega a instalar una cámara de seguridad. Una vez que lo haga, todo volverá a la normalidad. (p 221)

...algunas técnicas de SCP...también plantean cuestiones desafiantes sobre qué perderíamos si se convierten en el enfoque dominante de la actuación policial (...). Esta crítica elude cuestiones relacionada con los medios y la eficacia; suponiendo que los medios funcionan como se lo han propuesto los diseñadores, se pone en duda la adecuación moral y política de los fines de esos proyectos. **¿Vale la pena intentar tener un mundo sin delito? ¿Qué ganamos o perdemos haciendo que sea imposible cometer delitos en lugar de castigar a los culpables luego de consumado el hecho? ¿Cómo afecta este enfoque los valores democráticos importantes como la solidaridad, el disenso y la deliberación?** (p 221)

...David Garland explica que el criterio intelectual que subyace a la SCP no solo “es contrario a las ideas tradicionalistas que consideran que el orden surge de la disciplina moral y la obediencia a la autoridad”, sino que también “subvierte la vieja creencia en el estado benefactor, según la cual para que la sociedad funcione, la solidaridad debe extenderse a todos sus miembros, que deben ser incluidos en una unión cívica que abarque a todos”. **La SCP fomenta un mundo de individuos atomizados y egoístas, en perpetua preocupación por la seguridad e incapaces no solo de confiar unos en otros sino de practicar el razonamiento moral**. Este tipo de individuo pondera muy bien las ventajas y desventajas de ellos nuevos sistemas de alarma, pero tiene dificultades para ponderar sus propios valores. (p 222)

...el filósofo del derecho Ian Kerr alerta sobre los peligros inherentes en la búsqueda por **“automatizar la virtud humana”**, que describe como “programar a las personas para que 'hagan lo correcto' limitando y, en algunos casos, **eliminando por completo la conducta moral mediante la tecnología y no mediante la ética o la ley**”. Kerr -quien circunscribe el debate en mayor parte a las tecnologías recientes como la protección de la “gestión de derechos digitales” (utilizada en libros electrónicos y DVD)- pone atención al hecho de que tales esquemas desembocan en una especie de **“discapacidad moral”**, en la que los humanos **ponen la moralidad en piloto automático y ya no cultivan ninguna disposición a la honestidad**. Así, advierte Kerr, “los cerrojos digitales garantizarán ciertos resultados para los propietarios pero a costa del proyecto moral de la honestidad”. (p 222)

...La única manera de “universalizar” la lógica de la SCP en el contexto de nuestras interacciones cotidianas con amigos -en las que por naturaleza se esperan la honestidad, la confianza y la integridad- sería que todos tuvieran un detector de mentiras, lo cual, por muy perturbador que

parezca, bien puede ser el futuro que nos espera... (p 222)

...Para Kerr, esto huele a la Autotopía de Disneylandia, una atracción popular en la que los niños conducen pequeños automóviles especiales por una pista cerrada. Bueno, tal vez “conducir” no sea la palabra adecuada. Los niños se sientan en el lugar del conductor e incluso hacen girar el automóvil, pero debajo de él hay un riel oculto que siempre los devuelve al centro. Es imposible chocar los autos de Disney: sus conductores son en realidad pasajeros engañados. En lugar de formar a los niños para conducir, dice Kerr, Autotopía los deforma, dado que no se permite el error. El temor más general es que **la lógica de Autotopía ha penetrado a paso lento otros aspectos de la vida y que debemos devolver a los humanos la práctica de la toma de decisiones, incluso si provoca más ineficacia y delito.** (p 223)

...[el registro] tecnológico -siempre que se utilice teniendo en cuenta las cuestiones morales o prudenciales- también la preserva [la virtud]. Si una persona sabe que es adicta a las compras y le solicita al banco que bloquee su tarjeta de crédito cuando haya gastado más de cien dólares en la misma tienda, en realidad está pasando del registro prudencial al tecnológico. De igual modo, si alguien elige conducir un automóvil más seguro, totalmente automatizado, porque quiere salvar vidas y evitar problemas legales, no por ello está abandonando la esfera de la moralidad ni la prudencia, dado que ambas son las que guían su decisión. (p 224)

...en la actualidad algunos casinos usan tecnología de reconocimiento facial para reconocer y detener a los adictos al juego que han solicitado con anterioridad que les impidan ingresar al establecimiento. **...es difícil concluir que luchar contra la propia adicción al juego con la ayuda de esas tecnologías es inmoral. Siempre y cuando la persona tome la decisión por sí misma -y no sea un tercero el que lo haga por nosotros-**, no hay ningún problema con delegar a la tecnología al menos algunos aspectos de la aplicación de las decisiones. Pero las cosas se ponen complicadas cuando un tercero -una compañía o regulador- se encarga de cambiar de registro en nuestro nombre... (p 225)

Los empujoncitos son el solucionismo por otros medios. Convertir algo en un empujón por mero decreto tecnocrático presupone un consenso social -sobre los fines y los medios- que puede no existir aún. De hecho, la proliferación de empujones tal vez haga que se evaporen las visiones discordantes sobre lo que se necesita hacer (y cómo), pero ello no debe considerarse un indicador de que el empujón en cuestión ha funcionado. **Es probable que su supuesta efectividad sea resultado de un consenso forzado y no la consecuencia de una deliberación genuina.** (p 226)

¿Debilitar la ciudadanía moral?

...si queremos vivir en un mundo en el que las normas y leyes estén sujetas a revisión y debate constantes, entonces deberíamos ser más prudentes al delegar a la tecnología demasiadas decisiones de regulación. Como expresa Brownsword: **“Las comunidades morales necesitan debatir sus compromisos en todo momento.** En tales comunidades, está bien ser un regulado pasivo, manejado tecnológicamente, pero la ciudadanía moral activa también es necesaria”. (pp 226-227)

Brownsword no establece conexión, pero sus planteos tienen ecos de lo que había expresado John Dewey hace casi un siglo cuando escribió sobre la **importancia de revisar nuestras teorías -incluso las que dictan qué es y qué no es moral- a la luz de la experiencia práctica en el mundo.** Para Dewey, las normas morales con “instrumentos intelectuales que deben ser puestos a prueba y confirmados -y alterados- sobre la base de las consecuencias que resultan de actuar de acuerdo con ellos”. Así, no podemos deshacernos del “reconocimiento honesto de la incertidumbre de la situación moral y del carácter hipotético de todas las reglas de medición moral previas a nuestra actuación de acuerdo con esas reglas”. (p 227)

Un ejemplo puede servir para comprender mejor lo que Dewey tenía en mente cuando escribió lo anterior. Alguna vez fue aceptable ser propietario de esclavos o limitar la participación política a los hombres blancos de ciertas clases sociales. Pronto se comprobó que las consecuencias de actuar según esos preceptos morales eran devastadoras, y se revisaron reglas. Según la perspectiva de Dewey, el sistema moral funcionó bien en ambos casos porque nos permitió reconocer su injusticia y revisarlo según correspondiera. Entonces, la moralidad no implica perseguir un conjunto de fines fijos sino mantener los espacios legales y deliberativos que permiten que tales fines se adopten, debatan, revisen y, de ser necesario, se abandonen. Como señala el mismo Dewey: “Al igual que la vida física no puede existir sin el sustento del entorno físico, **la vida moral no puede perpetuarse sin el sustento de un entorno moral**”. El “entorno moral” de Dewey no es más que una acumulación de los espacios legales y deliberativos que permiten que los argumentos que se creían resueltos hace tiempo se vuelvan a poner en tela de juicio. (p 227) [EE 57]

...**las tecnologías** que se desprenden de la criminología inspirada en la SCP, y la próspera literatura conductista sobre *nudging*, **no se preocupan por impulsar ni mantener debates** como los que fomenta Dewey, **sino por aumentar la utilidad y la eficacia**: son gente práctica. (p 228)

...El problema con **las tecnologías** y diseños **solucionistas** es que, en su búsqueda de irreversibilidad, intentan hacer justo lo contrario de lo que se proponen Dewey y Latour. Rodeados de esas tecnologías, poco podemos excepto **comportarnos de acuerdo con las normas en apariencia universales de ingenieros sociales anónimos, idealmente sin cuestionar si esas normas son adecuadas o no**. (p 228)

Sin embargo, alabar ese tipo de eficacia como si fuera un logro es caer en la forma más despreciable y extrema de solucionismo. En este contexto, el solucionismo podría optimizar el actual sistema de transporte, pero no es capaz de pensar en su propia superación; no resulta fácil diseñar un esquema mejor porque el mismo sistema cierra espacios para la reflexión acerca de cómo sería ese nuevo sistema. Al mismo tiempo, también tenemos que evitar la tentación de culpar de todo a **la tecnología**; esta **no se encuentra de ningún modo en contraposición a la deliberación y vida moral** como las plantea Dewey. El análisis que realiza Brownsword sobre el registro práctico, mediado por la tecnología, es demasiado simplista; **es necesario complejizarlo para que dé cuenta de un conjunto diferente de tecnologías que estimulen la deliberación en lugar de bloquearla**. Si se diseña de manera adecuada, la tecnología puede ampliar -no sólo escoger- los espacios deliberativos que hacen posible nuestra vida moral. (p 228)

...debido a la lógica institucional de la aplicación de la ley, las soluciones tecnológicas tienden a gravitar hacia el extremo no deliberativo y perfectamente eficaz del espectro. Una vez que tomamos eso en cuenta, las ventajas de operar en los registros prudencial y moral se vuelven más claras. Por otra parte, la gravitación de **la tecnología** hacia la perfección también **debería hacernos apreciar los espacios de deliberación que son posibles gracias a la imperfección de la ley**. (p 229)

Los peligros de la prevención

...Daniel Rosenthal insinúa que el registro tecnológico es problemático debido a la enorme dificultad de revisar leyes incorporadas en sistemas tecnológicos, a las que Rosenthal llama “estasis” (*stasis*) o estancamiento. **En los esquemas de prevención digital, se considera a las leyes como definitivas y perfectas**; estas constituyen una variable fija que dichos esquemas no modificarán. Tal como reconoció Dewey hace mucho tiempo, se trata de una visión ingenua, dado que nunca faltan las malas leyes, e incluso las buenas suelen volverse obsoletas a medida que la práctica forja la teoría. (p 230)

...otro canal importante para desafiar la ley es la desobediencia civil. ...como han sostenido numerosos filósofos y teóricos del derecho, no es tan descabellado creer que en efecto tenemos derecho a la desobediencia civil. Donald Dworkin, por ejemplo, ha afirmado que ese derecho deriva de todos los demás derechos que tenemos para cuestionar al gobierno. Así, **cuando una ley viola un derecho que es importante para nuestra dignidad** u otro valor personal trascendental -por ejemplo, la libertad de expresión-, **tenemos derecho a desobedecerla**. En este caso, las consideraciones respecto de la utilidad no son pertinentes; la posible inutilidad de nuestra protesta no nos despoja de ese derecho. (p 231)

...pensemos en el que fuera tal vez el mayor **acto simbólico de desobediencia civil** en el siglo XX: la negativa de **Rosa Parks** a ceder su asiento e ir hacia la parte trasera del autobús con el resto de los pasajeros negros. Ese acto de coraje **fue posible porque el autobús y el sistema sociotecnológico en el que este operaba era de una ineficacia enorme...** (p 231)

[Esquema inteligente de reconocimiento facial.] ¿Ese nuevo sistema de transporte será conveniente? Seguro. ¿Nos dará una Rosa Parks? Es probable que no, porque para comenzar, nunca hubiera podido acceder a la parte delantera del autobús. Un sistema de distribución de asientos perfectamente eficaz nos habría privado de uno de los momentos de la historia estadounidense que mayor orgullo debe inspirarnos. **Las leyes cuya aplicación se garantiza apelando a nuestros registros morales o prudenciales dejan apenas el espacio suficiente para la fricción; la fricción genera tensión, la tensión crea conflicto, y el conflicto produce cambio**. Por el contrario, cuando la **aplicación de la ley** se realiza a través del registro **tecnológico, hay poco espacio para la fricción y la tensión, y probablemente tampoco lo haya para el cambio**. (p 232)

...Como advierte Schneier, las sociedades protegidas por tales medidas no siempre son morales ni deseables, pueden ser -y lo son- bastante desagradables. Construir un entorno tecnológico en el que la infracción de la ley es imposible es cerrar las fundamentales válvulas sociales mediante las cuales se produce el cambio social. El autor comenta: “A veces... una mujer negra necesita sentarse en la parte delantera de un autobús y no levantarse. **Sin desertores, el cambio social sería imposible; el estancamiento llegaría para quedarse**”. John Dewey estaría de acuerdo con él. (pp 232-233)

Sin embargo, para que el cambio ocurra no es necesario que estén presentes la inobservancia masiva de la ley (...), ni la desobediencia civil (...). En ocasiones es suficiente que se viole una ley. A veces es mejor que se atrape a alguien con marihuana en los bolsillos a que se le prohíba ponerla allí en primer lugar, por el solo hecho de que una detención podría atraer la atención de los medios y disparar el debate público sobre la legislación antidrogas. En cambio, **la prevención suele ser un asunto silencioso e invisible...** (p 233)

...si la violación del estatuto delictivo subyacente se hace imposible, quienes creen que el estatuto es injusto no tienen medios para protestar contra él. (p 233)

...es importante evitar el discurso totalizador antitecnológico que pretende rechazar todas las intervenciones tecnológicas alegando que son ilegítimas y moralmente corrosivas por naturaleza; este no es el caso. (p 234)

...En el caso de Zittrain, su fascinación con “internet” y los valores de “apertura” y “generatividad” que supone, así como su creencia de que “internet” puede darnos lecciones importantes, da lugar al tipo de discurso totalizador que se niega a ver que algunos intentos por trabajar en el registro tecnológico pueden ser legítimos y no siempre derivan en la depravación moral. (p 235)

...la teoría de la elección racional (RCT) es la que mete de contrabando el culto de la eficacia por la puerta de servicio; carece de todo peso en cuestiones de moralidad, carácter y virtud, y las deja al

costado por completo... (p 235)

Muy poco se obtiene de seguir imaginando a “internet”, o el “ciberespacio”, como un territorio conceptual único que se desarrolla y opera según sus propias tendencias e inclinaciones. Una vez más, “internet” es la consecuencia -y rara vez la causa- del mundo que habitamos. (p 236)

Guardias contra vibraciones

...Los clubes nocturnos por lo general ponen a un guardia en la entrada y le encargan la tarea de decidir quién ingresa y quién no; Strahilevitz denomina esta estrategia “el derecho del guardia”. Por el contrario, no es común que los restaurantes contraten guardias; estos recurren a una variedad de estrategias más suaves -establecer precios altos, solicitar reserva, fijar un código de vestimenta, diseñar menús elegantes que amedrentarían a primerizos simplones- que llevan a cabo la misión con igual eficacia. El primer enfoque utiliza la fuerza bruta; el segundo, la exclusión más delicada mediante el uso de un lenguaje y estética particulares. Hay otras tantas estrategias de exclusión: un promotor inmobiliario tal vez desarrolle un campo de golf junto a la propiedad para asegurarse de que solo aquellos que están interesados en el golf compren un apartamento (enfoque de “exclusión mediante servicios”); sin embargo, no son esas estrategias las que deben preocuparnos en este análisis. (p 236)

Muchos de los argumentos anteriores suenan convincentes. Sin embargo, el empeño por lograr la compatibilidad apropiada, casi perfecta, que se halla en el corazón de la estrategia del derecho del guardia es también aterrador. Tiene el potencial de encerrarnos en nuestro propio mundo y lograr que asomarnos a otros mundos y mezclarnos con personas distintas a nosotros sea cada vez más difícil. Puede evitarnos la incomodidad social -todos estarían tranquilos de que siempre se hallarán en el lugar correcto en el momento indicado-, pero es posible que eso mismo nos impida tener espacios importantes de progreso social. (pp 238-239)

...El encanto de la atmósfera excluyente yace justamente en el hecho de que se las puede burlar, para que existan conversaciones, conversiones y miradas que de otro modo serían imposibles.

Un mundo rico en datos, en el que el derecho del guardia es la regla suprema y la prevención digital es la norma, le quitaría a nuestra infancia y adolescencia todo tipo de sensación de entusiasmo y experimentación que a ellas se asocian. Fumar, beber, tener sexo, consumir pornografía y música y cine alternativos: si a partir de ahora ya no fuera posible pasar por todas esas experiencias sin someterse primero a un intermediario digital ávido de nuestra información, entonces de veras estaríamos perdiendo algo muy valioso. Por supuesto, gran parte de lo que se ha mencionado es ilegal en la actualidad, pero su ilegalidad está fuera de la cuestión; lo relevante es si esos regímenes pueden burlarse o no (p 240)

Contra el derrotismo tecnológicos

...Todos estos comentaristas adoptan la postura de lo que denomino “derrotismo digital”, que -argumentando que esta criatura amorfa y autónoma llamada “Tecnología” con T mayúscula tiene su propio programa- tiende a reconocer de manera implícita o explícita que es muy poco lo que los humanos podemos hacer al respecto.

Esta concepción de la tecnología como fuerza autónoma tiene su pedigrí intelectual con un recorrido histórico bastante extenso. ...la obra *What Technology Wants*, de Kevin Kelly; el pensamiento del autor no es un mal sitio para observar de cerca el derrotismo tecnológico, aunque más no sea porque él es un experto de Silicon Valley y el primer exdirector ejecutivo de *Wired*. Además, pensadores del fenómeno de “internet” muy diversos -desde Tim Wu a Steven Johnson- mencionan a *What Technology Wants* como su influencia. Por lo tanto, no sería exagerado decir que las teorías de Kelly en efecto son el sustento intelectual sobre el que crece y prospera el internet-

centrismo.

La característica definitoria del pensamiento de Kelly es la negación explícita de su propio derrotismo. Utilizando una palabra elegante, “*technium*”, como sustituto de “Tecnología” con T mayúscula, reafirma a sus lectores que “el *technium* desea aquello para lo que lo hemos diseñado desear, y aquello que le ordenamos hacer”. Suena a mensaje motivador y humanista, pero la oración que le sigue lo destroza: “Pero además de esos impulsos, el *technium* tiene sus propios deseos. Desea resolverse a sí mismo, autoensamblarse en niveles jerárquicos, tal como lo hacen la mayoría de los grandes sistemas interconectados. El *technium* también desea lo que desea cada sistema viviente: perpetuarse, mantenerse en marcha. Y a medida que crece, esos deseos inherentes ganan en complejidad y fuerza”.

Kelly ofrece un mundo ideal: **la tecnología es a la vez lo que hacemos de ella y una fuerza autónoma con sus propias necesidades y deseos**, y en su mayor parte, **independiente de los humanos**. El pensamiento de Kelly está tan repleto de ambivalencia que se nos promete, por un lado, el control de la tecnología, y al mismo tiempo se nos dice que no necesitamos ese control porque ya es demasiado tarde. Así es que puede escribir: “**nuestra preocupación no debería ser si debemos adoptar [la tecnología]**. Estamos más allá de esa posibilidad; **ya estamos en una relación simbiótica con ella**”, sólo para consumir diciendo: “y, la mayor parte del tiempo, tras haber sopesado las desventajas y ventajas en el saldo de nuestra experiencia, nos damos cuenta de que la tecnología ofrece un beneficio mayor, pero no por mucho. En otras palabras, escogemos adoptarla libremente, y pagar el precio”. El autor nos brinda misticismo (estamos en relación simbiótica con la tecnología; ¡ya la hemos adoptado!), y empoderamiento radical (cada vez que adoptamos la tecnología es porque así lo deseamos); una combinación bastante extraña. (pp 241-242)

Sin embargo, y según Kelly promete, nada de ello importa, porque la tecnología quiere lo mismo que quiere la evolución, dado que ella misma es la evolución por otros medios. Luego señala que “con diferencias menores, la evolución del *technium* -el organismo de las ideas- imita la evolución de los organismos genéticos”. **La tecnología es naturaleza, y la naturaleza es tecnología; la resistencia es inútil**, ¿quién querría desafiar la naturaleza? Con este análisis simple, Kelly elabora una teoría completa que puede explicar literalmente cada desarrollo -desde los programas malignos como Stuxnet hasta las gafas de Google- aduciendo que eso es justo lo que la tecnología desea. (p 242)

...En otro apartado escribe [Kelly]: “Podemos elegir modificar nuestros supuestos legales, políticos y económicos para que coincidan con las trayectorias [tecnológicas] preestablecidas. Pero no podemos escapar de ellas”. Es decir, lo que expresa aquí el autor es lo siguiente: la tecnología tiene una historia para contarnos, debemos escucharla y modificar nuestros supuestos políticos y económicos según corresponda. (pp 242-243)

...Kelly... sucumbe al prejuicio a favor de la innovación y declara que ningún meme debería desperdiciarse: “La primera respuesta a una idea nueva debería ser probarla de inmediato. Y seguir intentándolo, y poniéndola a prueba, por el tiempo que exista”. ¿Oíste bien, mina terrestre? (p 243)

...Al igual que Peter Diamandis, Kelly imagina que la tecnología garantizará la abundancia, y la abundancia tornará innecesarios los conflictos por los recursos. Al parecer es una lectura de la naturaleza humana bastante superficial, puesto que cuando todos tengan su flauta, algunas personas querrán dos, aunque más no sea para destacarse entre sus vecinos. La abundancia, en ausencia de instituciones políticas robustas, no significa mucho. (p 243)

Lo más inquietante de las ideas de **Kelly** -y en esto es bastante representativo de muchos otros expertos en tecnología- es que **piensa más allá de comunidades locales e incluso de Estados nación**. **Su campo de juego es la humanidad toda, el cosmos entero**. Su filosofía puede

describirse mejor como macroscopismo: el criterio de análisis se basa en si algo satisface las necesidades de la humanidad como un todo, y cuán bien lo hace. Así, las comunidades locales que eligen restringir ciertas tecnologías o prohibirlas por completo se presentan como si en esencia estuvieran quitándole algo a la humanidad... (pp 243-244)

...Lo que molesta a Kelly sobre los amish es que, al negarse a utilizar ciertas tecnologías, en realidad están desacelerando la innovación en todas partes: “Limitando la serie de ocupaciones aceptables y restringiendo la educación, los amish retrasan las posibilidades existentes no solo para sus hijos sino, de manera indirecta, para todos”. A Kelly jamás se le ocurre pensar que las comunidades políticas pueden tener el derecho a la autodeterminación y que, siempre y cuando decidan las restricciones a la tecnología por medios democráticos -lamentablemente, no siempre sucede así con los amish-, puede incluso ser bueno para la humanidad. En lugar de criticar los medios antidemocráticos empleados, sólo le importan los fines. (p 244)

El problema del pensamiento de Kelly es que, aunque nominalmente trate sobre la tecnología, es en realidad muy político; y lo que es aún peor, lidia con un tipo de política detestable. A nadie le gustaba la idea de la tecnología como una extensión de la naturaleza más que a los nazis (bueno, al menos hasta que, ante la posibilidad de la derrota, debieron optar por un modo más pragmático). Esto dice Kelly sobre la naturaleza y la tecnología: “La dominación de la tecnología deriva en última instancia [...] de haber surgido de la misma autoorganización que dio origen a las galaxias, los planetas, la vida y las mentes”... Ahora comparemos las proclamas de Kelly con el tipo de filosofía que expone el funcionario tecnológico nazi Fritz Todt: “Sería paradójico si las obras de la tecnología fueran contradictorias con la naturaleza en su expresión visible, dado que la esencia real de la tecnología es consecuencia de las leyes de la naturaleza [...]. Las obras de la tecnología deben erigirse en armonía con la naturaleza; no debemos permitir que entren en conflicto con ella a través de medidas inconscientes y egoístas”. Los nazis escucharon la voz de la tecnología: les habló sobre la cámara de gas. (pp 244-245)

...Rand... escribió un ensayo, “La nueva revolución antiindustrial”, que trata el tema de la regulación tecnológica de manera directa. Lo esencial del argumento de Rand puede reducirse a una frase concisa: “Una tecnología 'restringida' es el equivalente de una mente censurada”... (p 245)

De reglas y ruidos

El derrotismo tecnológico minimiza la utilidad de la resistencia y oculta las vías de reforma y cambio. Su modelo de mundo es ese que se halla encapsulado en el lema de la Exposición Universal de Chicago de 1933: **“La ciencia descubre; la industria aplica; el hombre se adapta”**. Como consecuencia se les ha hecho creer a demasiadas personas que solo podemos cambiar nuestras reglas, dado que no hay literalmente nada que podamos hacer contra la marcha autónoma de la tecnología. Las preocupaciones y ansiedades sobre distintas tecnologías se reformulan como temores y fobias reactivas, como pánicos morales no pertinentes que desaparecerán con rapidez una vez que los usuarios desarrollen las estrategias de adaptación adecuadas y actualicen sus reglas. (pp 247-248)

...Una vez que abandonemos los confines de los altisonantes debates sobre “Tecnología” e “Internet” será posible otra forma de hablar y pensar, una basada en el conocimiento tecnológico, atenta a los detalles, consciente de las circunstancias legales y económicas, y con sustento histórico. Ese pensamiento no rechazará las soluciones tecnológicas en sí mismas; solo intentará cuestionar su adecuación en cada una de las situaciones particulares, y tal vez, diseñar una manera de que la comunidad continúe debatiendo esa adecuación incluso cuando una tecnología en apariencia muy pequeña e irrelevante amenace con dañar un sistema sociotecnológico gigante para mantenerse a sí misma. (p 253)

7. EL IPHONE DE GALTON

Ver como el yo

...En un verdadero estilo *geek*, Wolf destaca los modos únicos en los que el autoseguimiento -y, en términos más generales, la cuantificación- puede servir de escudo ante la subjetividad y la emoción, lo que se supone que es un beneficio. El autor señala: “Toleramos las patologías de la cuantificación, un tipo de conocimiento aburrido, abstracto y mecánico, porque los resultados son muy poderosos”. Y agrega: “Numerar las cosas nos permite realizar pruebas, comparaciones, experimentos. **Los números hacen que los problemas tengan menos repercusión emocional y más solución intelectual.**” (pp 260-261)

...Cuando el *Atlantic* [revista] le preguntó si no preferiría desconocer algunos datos sobre sus enfermedades futuras, el aficionado a las heces, Smarr, frunció el ceño y respondió que no comprende por qué alguien podría elegir esa opción. Como expresa el *Atlantic*, “Para él, no querer saber algo, incluidas las malas noticias, no es razonable. Su vida gira en torno del descubrimiento. Es un científico hasta la médula”. El cientifismo es el mayor posibilitador de innovación que la humanidad haya conocido. (p 261)

En este mundo, las causas reales están ocultas, y solo pueden descubrirse mediante el análisis duro y diligente, y cuanto más cuantitativo sea, mejor. Solo si registramos y cuantificamos todo podremos descubrir qué quieren esconder tan desesperadamente los masones, el Vaticano, la Liga Ivy y el Hombre mismo... (p 261)

Aunque los miembros de Yo cuantificado no lo digan de manera explícita, una de las esperanzas que se esconde detrás del autoseguimiento es que tarde o temprano los números revelen una verdad interior más profunda sobre quiénes somos en realidad, qué es lo que en realidad queremos y dónde deberíamos estar en realidad. **El supuesto fundamental del movimiento es que los números pueden revelar un yo esencial y estable, si es que logramos contar con la tecnología adecuada.** Por eso Wolf escribe: “muchos de nuestros problemas radican en que no tenemos los instrumentos para comprender quiénes somos [...]. Nos falta el aparato físico y mental para hacer balance de nosotros mismos. Necesitamos la ayuda de las máquinas”. En lo anterior se omite por conveniencia el hecho de que los instrumentos y las máquinas también podrían llevarnos en direcciones que por lo general evitaríamos. (p 262)

El de Wolf es un modelo del yo del tipo “doble-clic”: uno hace clic con el ratón o toca la pantalla del iPad y aparece una visualización digital completa de nuestro verdadero yo sin ningún tipo de reflexión. Para Wolf, este yo constante, coherente y trascendental se parece mucho a lo que es la tecnología para su cómplice, Kevin Kelly: nuestro verdadero yo tiene una voz e intenta contarnos una historia, solo necesitamos los aparatos adecuados para poder escucharla. Así, solo atendiendo a cada ruido, registrando y visualizando todos nuestros deseos, temores y anhelos podremos aspirar a la acción racional. Aún más, hasta sería irresponsable actuar en el mundo real sin “hacer balance de nosotros mismos”. En su último libro importante, el filósofo Bernard Williams, crítico acérrimo del utilitarismo y admirador de Nietzsche, planteó que ese tipo de demandas, en apariencia racionales, de obtener un listado exhaustivo de nuestros pensamientos, sueños y aspiraciones son impulsadas por el objetivo malsano de la “explicitación total”, que se basa en una “incomprensión de la racionalidad, tanto personal como política”. Debemos oponernos a la pretensión de que “se realicen en mi nombre consideraciones, discursivas y definitivas, sobre todos mis proyectos, propósitos y necesidades”; en lugar de ello, escribió Williams, “Debo deliberar desde lo que soy”. Pero claro, para Wolf es imposible saber “lo que soy” sin hojas de cálculo mediante. (pp 262-263)

...Además de los beneficios prácticos que ofrece el autoseguimiento, tanto reales como imaginarios, también les permite a quienes lo practican identificar -y, al compartirlos, cimentar- los aspectos más originales de su individualidad. Así, según indica la lógica, si alguien no es único es porque no está midiendo la cantidad suficiente de indicadores; puede que todos pensemos lo mismo y meremos los mismos videos virales, pero algo es seguro: al menos nuestras heces no son idénticas. (p 263)

Si no es mediante las palabras, serán por lo menos los números los que nos garantizarán a nosotros -y, lo que es más importante, también al mundo- que somos quienes decimos ser (o, mejor dicho, quienes nuestros perfiles dicen que somos). Wolf insinúa esta motivación cuando escribe que “los datos personales son ideales para una vida social en la que todo se comparte. Tan vez no siempre tengas algo que decir, pero siempre tienes algún número que mostrar”. Entonces, el autoseguimiento es como los blogs: solo para personas tímidas... (p 263)

La ryanairización de la privacidad

Ni siquiera se menciona el hecho de que nuestras “fallas” pueden provenir de leyes laxas o inexistentes, de demasiado poder de presión por parte de sitios como LinkedIn o de varios actos de maldad por parte de Anonymous; todo parece suceder como resultado de nuestros propios actos, nunca a causa del entorno. Por eso, debemos trabajar sin pausa para reparar todas nuestras fallas; el autoconocimiento es apenas uno de los pasos para identificarlas. Por supuesto, la ansiedad permanente siempre ha sido uno de los activos favoritos de Silicon Valley, pero aquí sucede algo aún más siniestro; se descartan las soluciones macro, basadas en reformas, a favor de acciones cuidadosamente delineadas por individuos atomizados. (p 267)

La gran revelación

Pensémoslo así: todos tenemos el derecho de no tener un teléfono celular o un perfil de Facebook. Pero ese derecho significa muy poco en una sociedad en la que casi todos tienen ambos, dado que se sospecha que quienes no pertenecen a ese grupo son sujetos atípicos con sus propias razones para mantener un bajo perfil, razones que no pueden ser buenas, ¿no? Los organismos del orden público ven a esos sujetos como terroristas potenciales o traficantes de droga... (p 269)

Si hace unos años atrás se los tildaba de luditas o, a lo sumo, de individuos de profunda espiritualidad que deseaban evitar las molestias de las redes sociales, hoy en día son sospechosos bichos raros que, o no tienen una vida social que compartir, o esconden un pasado oscuro de la mirada pública. Esta sospecha sobre los que se resisten a usar Facebook impregna nuestra cultura pública en lo más profundo... (p 269)

...El mismo Steiner dice: “Las próximas aplicaciones de Philips y otras compañías de tecnología permitirán la medición instantánea de la presión arterial, la temperatura, los niveles de oxígeno en sangre y posibles signos de conmoción”. El próximo paso será lograr que las compañías de seguros vean esos datos, y en consecuencia, recompensen a los *self-trackers* saludables y castiguen al resto. (p 271)

Lo que es más interesante, SmartDrive asegura que los registros les permiten a muchos conductores comprobar su inocencia y evitar denuncias por accidentes que no han ocasionado. En un mundo en el que es posible registrar todo -aunque no sea más que para prevenir denuncias o acusaciones falsas-, todo se registrará, por si acaso. Los visionarios digitales no dejan de alabar las virtudes de semejante seguimiento y divulgación... Tenemos a Jeff Jarvis, que, como es de esperar, declara: “para modificar nuestra reputación por lo general hay que compartir más, no menos. La mejor solución es ser uno mismo. Si para alguien eso es incómodo, tiene que hablar con su psicólogo. O

mejor aún, contarlo en un blog”. Pero ¿podremos pagar el psicólogo una vez que la compañía de seguros haya leído nuestro blog delator? Jarvis no responde esa pregunta. (pp 271-272)

Cuanto más son los que adoptan la mentalidad de registrar y compartir, los que se niegan a participar de esta gran fiesta soportarán el peso de los costos sociales. Por ello es que **necesitamos un debate sobre la ética del autoseguimiento**; la decisión de registrar y revelar cierto aspecto de nuestra vida privada no puede derivar solamente de la preocupación por mejorar nuestro propio bienestar, del mismo modo en que la decisión de cuánta electricidad o agua consumimos en nuestra casa no puede surgir solo de la capacidad de pagarlas o de necesidades materiales... (p 272)

Entre Nietzsche y Condorcet

La conclusión de **Nietzsche** sobre cálculos y mediciones es amarga pero poderosa: **“Un mundo esencialmente mecánico sería esencialmente un mundo sin sentido”**. Ahora bien, comparemos esa reflexión con el intento retórico de Kevin Kelly de excluir las cuestiones de significado de aquellas cosas por las que el Yo cuantificado debería preocuparse: “[Nuestros críticos dicen que] solo cuenta lo intangible, como la felicidad con sentido. El sentido de algo es muy difícil de medir, lo cual lo hace muy difícil de optimizar. Y hasta ahora, todo lo que podemos cuantificar se ha vuelto cada vez mejor en el largo plazo”. (p 274)

La lógica de Kelly descansa en la famosa sentencia de Lord Kelvin postulada en el siglo XIX: “Si no se puede medir, no se puede mejorar”. Un siglo antes de Kelvin, el Marqués de Condorcet ya estaba promocionando los beneficios de la medición: “Si esta prueba no puede pesarse ni medirse, entonces no sabemos con exactitud cuánto bien o cuánto mal puede contener”. En ese sentido, el Yo cuantificado es la continuidad de una tradición intelectual formidable, pero también sufre de las numerosas debilidades que molestaban a Nietzsche y muchos de sus seguidores; **es perturbador lo poco que Kelly, al igual que Kelvin y Condorcet, tiene para decir sobre lo “intangible” -tanto la ética como la estética-, y ese es un buen motivo para preocuparse.** (p 275)

...Gary Wolf escribió en cierta ocasión que una de sus principales aspiraciones para el movimiento del Yo cuantificado era la idea del “macroscopio”, al que define, siguiendo al emprendedor Gilman Tolle, como “un sistema tecnológico que aumenta radicalmente nuestra capacidad de recopilar datos en la naturaleza y analizarlos para darles sentido”. La ingenua idea de que los datos existen “en la naturaleza” y pueden recopilarse o descubrirse sin más, sin que debamos dar cuenta de las herramientas que utilizamos, los sistemas de conocimiento que las subyacen y las múltiples capas de interpretación humana que intervienen en el proceso es una de las características distintivas del **reduccionismo de la información. Para recopilar datos, primero alguien tiene que decidir qué se está midiendo, de qué modo, con qué dispositivos y con qué propósitos, o basarse en los juicios de terceros sobre esas mismas cuestiones.** El tipo de mediciones que generemos estará influenciado en gran medida por el modo en que fraccionamos la realidad, los elementos que iluminemos y los que decidamos oscurecer. (p 275)

Uno de los mayores peligros del Yo cuantificado es que, por su creencia en los orígenes naturales de los datos, sus defensores no cuestionarán la adecuación de los esquemas de medición que son la base de sus esfuerzos por recopilar todo tipo de datos. Para Wolf, el mundo es blanco o negro: están los buenos, que miden las cosas, los herederos de Condorcet y Kelvin, y los malos o retrógrados, que no miden las cosas. ¿De qué lado quiere estar usted? Por su simplicidad, esa retórica se asemeja a las cavilaciones de Kevin Kelly sobre la tecnología: se puede ser un tecnófilo como él o se puede ser el Unabomber (...). No es posible ninguna otra manera de pensar la tecnología. (p 276)

Así, del mismo modo que Kelly defiende la tecnología, Wolf hace lo propio con la cuantificación, y con gran entusiasmo. Ambos lo hacen con un nivel de generalización que les hace perder de vista la

enorme diversidad de prácticas y enfoques que contienen cada una de estas categorías. Lo que debemos hacer es lo contrario: examinar aquellos casos que nos obliguen a tomar decisiones de gran repercusión, decisiones desagradables, sobre las múltiples formas de medir y cuantificar cada fenómeno, incluidas las que puedan llevarnos a decidir no cuantificar el fenómeno. En otras palabras, **necesitamos un análisis profundo sobre la ética misma de la cuantificación**. Como observa la socióloga Wendy Nelson Espeland y su colega Mitchell L. Stevens, “Una ética de la cuantificación debería investigar mediante la medición cómo está compuesto el mundo, pero al mismo tiempo rechazar de lleno cualquier presunción, científica o no, de que la medición brinda un acceso privilegiado o exclusivo a lo real”. Los intentos de cuantificación suelen ser intentos de simplificación, y esta es cualquier cosa menos apolítica, sobre todo cuando interpretaciones enfrentadas de un determinado problema se descartan a favor de algo medible y manejable. (p 276)

Comparemos esa preocupación por la ética de la cuantificación con el enfoque irreflexivo que Wolf adopta en su manifiesto: “Buscar datos es normal. El fetiche por los números es el rasgo distintivo del administrador moderno. Los ejecutivos de empresa... los políticos... los doctores...”. Es cierto que todas esas entidades necesitan los datos, pero existen distintas maneras de obtenerlos y, en algunos casos, puede ser preferible evitarlos por completo... (p 276)

Del nutricionismo al educacionismo

Elogiar la cuantificación en abstracto, desvinculada del contexto en el que se usa, es un ejercicio sin sentido. ¿De veras queremos que las personas practiquen el autoseguimiento solo porque la “cuantificación” es genial o porque un puñado de pensadores de la Ilustración dijeron que debíamos hacerlo? Es como esperar que la gente, siguiendo la propuesta de Kelly, elogie la tecnología siempre en abstracto, sin importar lo destructivas que puedan ser sus aplicaciones particulares, solo para desafiar al Unabomber. En lugar de ello, es necesario establecer cuándo son inadecuados los esquemas de cuantificación. ¿Cuándo suprimen las interpretaciones en pugna sobre la realidad? ¿Cuándo esconden e invisibilizan? ¿Nos podemos dar el lujo de perder eso de vista? ¿Cómo pueden estar usándose en nombre de proyectos políticos en apariencia desvinculados del asunto? No será fácil completar este ejercicio sin plantear las espinosas preguntas relativas al sentido, esa que el movimiento del Yo cuantificado hasta ahora ha evitado. (p 277)

...dice Crease, “tenemos que recordar en todo momento los propósitos humanos que nos han llevado a crear [la medición] en primer lugar, y en qué casos interfiere con alguno de esos propósitos, si es que lo hace”. Si no, ¿cómo podríamos reconocer que la ley Que Ningún Niño Se Quede Atrás (Bush), además de haberse inspirado en su aspecto técnico en las mismas medidas de cuantificación que habrían entusiasmado a Condorcet, puede en realidad ser perjudicial para la educación, aun si es ligeramente buena -un gran “sí”- en cuanto a los resultados en los exámenes? Primero debemos preguntarnos qué valoramos de la educación, y en principio esa es una pregunta sobre la pertinencia de sus fines, no sobre la eficacia de sus medios. (pp 277-278)

...Incluso dejando de lado la crítica obvia sobre la introducción de la mentalidad consumista en la educación, vale la pena preguntarse cómo es que el proceso mismo de otorgar un puntaje de acuerdo a una cantidad de categorías fijas podría convencer a los estudiantes de que esos son los criterios adecuados para evaluar su experiencia de aprendizaje. No son métodos neutrales y objetivos de medir la enseñanza, también forman y crean normas según las cuales se evaluarán los futuros enfoques educativos. (p 278)

Rate My Professors ofrece cuatro criterios: utilidad, claridad, facilidad y atractivo físico. El último está allí sobre todo por motivos humorísticos, ¿pero qué hay del resto? ¿Por qué la “facilidad” debería preocuparnos a la hora de evaluar nuestro aprendizaje? El mundo es un lugar complejo, y los que quieren “facilidad” siempre podrán recurrir a las charlas TED. Pero incluso la “claridad” ha

atraído la ira de muchos críticos, sobre todo por crear la impresión errónea de que todas las ideas complejas pueden y deben amontonarse en presentaciones de PowerPoint... (p 278)

Cualquier iniciativa educativa que parta de la suposición de que las ideas tienen un punto principal será muy exitosa en producir la próxima generación de asesores empresariales, pero ¿producirá algún ensayista talentoso? (p 278)

Considerado en abstracto, hay mucho que admirar sobre este nuevo estrato del conocimiento, pero en el contexto de otras tendencias en la academia de nuestros días, sus efectos dejan de parecer inequívocamente positivos. Primero, criterios como los arriba mencionados alimentan los esfuerzos constantes (por ejemplo, los que realiza el gobierno británico) por condicionar el financiamiento del trabajo académico a resultados específicos, que puedan medirse con facilidad; así es bastante difícil recibir fondos si uno se dedica a los estudios clásicos. Segundo, si uno logra o no escalar la pirámide académica depende en gran parte de la capacidad de ser publicado y citado por otros (y así aumentar el “factor de impacto”); eso también ha tenido efectos ambiguos en la calidad de las investigaciones que se producen... (p 279)

Una vez comenzamos a tener en cuenta tales consideraciones -escogiendo el modo tecnoestructuralista, muy conscientes de las tendencias y prácticas que transforman nuestro campo de trabajo-, es más probable que pensemos dos veces sobre las virtudes de la “eficacia” que tendría el nuevo sistema de seguimiento de Mendeley. Es muy posible que pretenda ofrecer una gran solución a un problema menor, al tiempo que exacerba muchos otros problemas aún mayores. (p 280)

Una vez que abandonamos el pensamiento en favor de la optimización, es mucho más difícil no sólo ejecutar sino incluso imaginar posibles reformas del sistema que se “mide” y se “registra”. Un posible problema de la cuantificación es que alienta al gobierno a no preocuparse por los cambios estructurales y solo delegar la solución de todos los problemas en los ciudadanos... Si después de todo podemos empoderar a los ciudadanos para monitorear cuántas calorías consumen y no ocuparnos de estas iniciativas, haciendo de cuenta que la obesidad no es más que el resultado de individuos de poca voluntad, ignorantes de lo que consumen. Cuando se vuelve cómplice brindando su apoyo a ideologías políticas simplistas de responsabilidad individual, el autoseguimiento bloquea el tipo de inquisición continua y autorreflexiva que John Dewey consideraba clave para la vida democrática. (p 283)

El imperialismo de los números

Ivan Illich... detectó un cambio fundamental en cómo sus contemporáneos pensaban sobre las necesidades (*needs*), los deseos y las necesidades básicas (*necessities*). Para Illich, las necesidades básicas y los deseos son fijos: para evitarlos, se requiere tomar decisiones morales difíciles. Sin embargo, las necesidades son una creación moderna por completo; las consideramos flexibles -será la influencia de Madison Avenue?- y creemos que pueden identificarse (ya sea mediante la cuantificación o una mayor introspección). Así, el proyecto mismo de “satisfacer nuestras necesidades” no nos parece para nada moral. Illich lo expresó de la siguiente manera en una entrevista... en la que se preanuncian algunas de las patologías del autoseguimiento:

- La semana pasada estuvo aquí una estudiante. Le quise ofrecer una segunda copa de la sidra que hacen los Amish por esta zona, y le dije -Es una buena sidra, sírvete un poco.- No, no -contestó-, ya completé mis requerimientos de azúcar por hoy. No quiero tener el azúcar muy alto. La idea de que todas las personas tienen necesidades que pueden especificarse, identificarse y clasificarse, y que luego deben satisfacerse representa una ruptura con una percepción muy distinta de la condición humana, que daba por sentado que algunas cosas son necesarias y no pueden cambiarse, sino que hay que aceptarlas. En esa visión

tradicional, el cultivo del deseo y la regulación del deseo en el contexto de necesidades básicas era la principal tarea ética y moral para todos y para la comunidad. Por tanto, las necesidades no son ni necesidades básicas que no pueden alterarse, ni deseos que no pueden satisfacerse [...]. Las necesidades [...] surgen cuando se acepta la técnica como medio para cambiar, para abolir las necesidades básicas que impone la condición humana. (pp 284-285)

Puede que la última línea -...- suene deprimente y pesimista, pero coincide bastante bien con la crítica general del solucionismo que se plantea en este libro: los límites -y qué son las “necesidades básicas” sino límites- pueden ser productivos e incluso conducentes al florecimiento humano. Los obstáculos y las barreras crean las condiciones en las que puede surgir nuestra humanidad misma. Como lo expresara alguna vez el crítico literario Terry Eagleton: “Ser humano [...] es algo en lo que hay que mejorar, como tocar la flauta o soportar a los aburridos en las fiestas”. Desahoguémonos de los aburridos y reemplacemos la flauta por una aplicación de autoseguimiento, y estaremos reduciendo el espacio que posibilita el surgimiento de lo humano. Pero en líneas generales, el problema con el discurso de las necesidades es que la joven que rechaza la sidra parece creer que su brújula moral se acaba donde terminan sus necesidades fácilmente medibles y cuantificables, es decir, cuánta azúcar consume por día. Sin embargo, no se le ocurre por naturaleza pensar que podría tener una obligación moral -por ejemplo, ser amable con el profesor y aceptar la bebida- o que tal vez obtenga un gran placer sensitivo al beber la sidra. (pp 284-286)

...Para Greg Beato... “...el marketing e incluso las reseñas cualitativas de clientes producirán informes basados en tasas de presión arterial... y autoestima cuantificada. En lugar de pensar con nuestros cerebros volubles, emocionales y fáciles de manipular, estaremos sintiendo con nuestras entrañas racionales, mensurables y difíciles de manipular, coronaremos a los victoriosos y condenaremos a los del montón al fracaso según lo que verdaderamente nos satisfaga más”... Aun si esta utopía se hace realidad, todos los presupuestos de marketing se destinarán a discutir qué método de medición es más objetivo o neutral o verdadero. Las marcas ya no dirán que todas impulsan la creatividad, sino que las compañías competirán para demostrar que su propio tipo de creatividad -por el cual reciben las mejores calificaciones- es el que más importa. Esto no hará más que avivar los ya dominantes sentimientos de ansiedad y desconfianza que guían a nuestra sociedad moderna. (p 287)

...Bianca Bosker, periodista de tecnología, sugiere la posibilidad de este futuro digital y automatizado cuando se queja de que ya no encuentra lugares para comer, sino que los lugares la encuentran a ella. O, en el lenguaje de Silicon Valley, “la búsqueda” es desplazada por el “descubrimiento”. La periodista escribe:

- ...Ya no buscamos ni recopilamos en línea ideas sobre dónde puede ser la próxima gran comida -o vestimenta, o libro, o lista de canciones, lo que sea-, sino que ahora nos sentamos y nos alimentan con bocadillos de información. No busco, absorbo...

Como acierta en señalar Bosker, este cambio de la búsqueda manual a la “búsqueda autónoma” o el “descubrimiento contextual” redundará en sistemas tecnológicos que ahora nos brindan “una sección personalizada que va desde posibles canciones a posibles parejas sin que haya habido un pedido explícito de quien busca”... Puede que eso sea innovación revolucionaria pero también suena al triunfo final del consumismo. Y, sin embargo, gracias a nuestras inclinaciones en favor de la innovación, no suele mencionarse el consumismo -ni siquiera Bosker- en el contexto de los debates sobre la “búsqueda autónoma” (pero menciona que si continúan las tendencias actuales, “nos dirán qué queremos antes que sepamos que lo necesitamos”... (pp 288-289)

Cuando los hechos están hechos de agua

También podemos comparar la “imaginación narrativa” con la “imaginación numérica”, concepto contradictorio, que puede definirse como la predisposición a buscar explicaciones casuales cuantitativas y lineales que tienen poco respeto por la complejidad del mundo humano real. Donde

la imaginación narrativa es autorreflexiva -dolorosamente consciente de que para dar cuenta del mundo también hay que dar cuenta del observador-, la imaginación numérica cree en explicaciones objetivas y sólidas de la realidad; estas son atemporales y jamás caducan. El mundo tan solo se revela ante el observador así como el uso de la electricidad se revela ante el sistema de medición de ese observador: no hay mucho que debatir. (p 290)

El problema con la imaginación numérica es que es muy mala para describir sistemas complejos, y más aún para imaginar cómo se podrían reacomodar esos sistemas. Como los hechos son eternos, la imaginación numérica, por lo general, vive en el presente y elude todo tipo de contingencia e historicismo. Por el contrario, la imaginación narrativa sabe que la mayoría de las prácticas, normas y compromisos actuales no son atemporales y que, cuando se afirma que son los únicos existentes, se ocultan muchas otras alternativas. Reconoce que incluso los hechos pueden revisarse; un día creemos que tener sobrepeso es muy perjudicial para la salud, y apenas unos años después tal vez descubramos que el peso extra en realidad nos podía proteger de muchas enfermedades graves. (pp 290-291)

El movimiento de nuestro Yo cuantificado, en su forma actual, está abocado con desesperación a articular datos -para eso son buenos los números-, pero aún no tiene manera de generar narrativas, a partir de ellos. En realidad, puede incluso bloquear la formación de narrativas, puesto que los *self-trackers* tienen demasiado respeto por los números y olvidan que existen otras maneras de contar la historia y generar acciones a partir de ella. (p 291)

...El autoseguimiento puede decirnos cuánta energía consume nuestro sistema de aire acondicionado e incluso informarnos si eso se condice con nuestros objetivos, pero no puede comentar sobre la conveniencia de dejar el aparato encendido. La imaginación numérica puede decirnos cómo usar el aire acondicionado con mayor eficacia, pero la imaginación narrativa nos puede decir si debemos usarlo o no. (p 293)

...se ve bien en el papel: los hogares cumplen su parte de “ciudadanía” y los distribuidores logran una distribución más eficaz. Sin embargo, sin algún tipo de imaginación narrativa, puede que este sistema no haga más que fijar las costumbres de consumo actuales. (p 294)

Libros, películas y pelvis fracturadas

...Kashmir Hill, periodista... que ha escrito sobre el Yo cuantificado... relata su confusión sobre qué hacer con los resultados... “...el domingo es el día de mayor felicidad para mí, seguido del miércoles; estoy igual de contenta cuando estoy sola que cuando estoy con otras personas...” Pero claro, Hill no sabe qué hacer con todo eso: “Estoy un poco perdida y no sé qué hacer con esos resultados. ¿Quiere decir que tengo que pasar más tiempo en los bares y menos tiempo en el trabajo para optimizar mi felicidad? ¿Tengo que reevaluar mi relación? (p 294)

...algunos *self-trackers* saben que sus conclusiones tal vez no sean válidas desde el punto de vista científico; como dijo al *Economist* uno de esos entusiastas, “Con el autoseguimiento nunca sabes si es tu experimento el que influye en los resultados, o si son tus expectativas respecto del experimento”. En la ciencia esto se conoce como el efecto placebo, y en los experimentos académicos se procura hacer todo lo posible por minimizar su influencia. Sin embargo, en el movimiento del Yo cuantificado no importa el conocimiento en sí mismo, sino la utilidad de distintos postulados cognitivos para mejorar nuestra salud o vida sexual. (pp 294-295)

...Como nos muestran los interminables debates sobre el cambio climático, ya vivimos tiempos en los que la confianza en el conocimiento experto es casi nula. Darle extrañas teorías sobre el conocimiento a quienes desean cuestionarlo aún más solo podrá empeorar las cosas. (p 297)

El hecho de que el movimiento del Yo cuantificado o quienes extraen macrodatos como Hunch.com puedan reproducir “análisis” no eleva esos análisis, ni debería hacerlo, al estatus de conocimiento, al menos no si queremos que la palabra “conocimiento” retenga algún tipo de significado. El estilo de Google de hacer ciencia en realidad no es hacer ciencia en absoluto, es algo completamente distinto, y no deberíamos situarlo a la par de la investigación realizada con autoridad y conocimiento experto. A veces, es posible que el mercado de las ideas necesite una regulación más estricta. Como señala el filósofo Philip Kitcher: “No tenemos instituciones en las que la gente pueda confiar cuando se trata de datos importantes para sus decisiones”. Kitcher no cree que “pueda recuperarse la confianza mediante el debate público irrestricto, porque [...] una vez que ese ha roto la confianza en el conocimiento experto, la 'libre expresión de ideas' suele erosionar aún más la credibilidad de los que saben”... (p 297)

El problema, por supuesto, es que la idea de “internet” con la que operan nuestros sabios, combinada con el tremendo éxito de Wikipedia y Google, ha impedido casi por completo que estos defiendan el conocimiento experto y las prácticas que lo crean y sostienen. En lugar de ello, prefieren, con su estilo populista, elogiar a los movimientos con el Yo cuantificado y los emprendimientos como Hunch.com diciendo que son revolucionarios y que son modos adecuados, aunque totalmente distintos, de reproducir estructuras de conocimiento previas. Pues no lo son, y cuanto antes podamos reconocerlo, más saludable será nuestro debate público. (p 297)

8. LA CONDICIÓN SUPERHUMANA

¿Existe un proyecto más representativo del solucionismo que el intento de Bell de trascender las limitaciones de la memoria humana? Para el solucionista, no podemos permitir que el olvido tenga un fin productivo; es una falla -...- y cuanto antes se solucione mejor...

Gordon Bell se ha convertido en un museo humano que conserva todos los bits, memes y pixeles que hayan ingresado en la vida de un solo individuo. Al pregonar los beneficios de una vida a lo Godon Bell, el mismísimo Gordon se entusiasma: “Te conviertes en el librero, archivista, cartógrafo y curador de tu vida”. ¿Un poquito narcisista? Puede ser, pero cuando el almacenamiento es barato y el miedo a la fragilidad humana es más intenso que nunca, no es tarea fácil distinguir entre el narcisismo y el pragmatismo. (p 300)

...Bell... nos está diciendo que lo que pueda registrarse debe registrarse. Y si no es posible registrarlo, es porque se trata de algo deficiente desde el punto de vista ético y estético. Según el perfil de Bell en Fast Company, a este “le molestan las experiencias que no [pueden] meterse en un disco duro”, por lo cual ya está desconforme con los libros físicos... (p 302)

El pensamiento de Bell encapsula de manera muy clara todas las limitaciones y los prejuicios de la mentalidad tecnológica. Por ejemplo, el constante discurso de la autonomía de la tecnología y la inevitabilidad de sus efectos sociales: no tiene sentido resistirse a las tendencias (“la sociedad en su conjunto se encuentra en un camino inexorable hacia la tecnología Total Recall [de la película estadounidense *El vengador del futuro*], y esto transformará el mundo que nos rodea”). Cualquier intervención política y social en la trayectoria de esta tecnología se descarta por ser parte -según propia frase de Bell- de una “contrarrevolución catastrófica”. Por ello, Bell escribe: “solo un vasto esfuerzo legal y político de ingeniería social puede evitar que [el *lifelogging*] genere cambios de gran alcance en la forma de vida moderna. Ese tipo de contrarrevolución catastrófica suena exagerada”. Quizás el “vasto esfuerzo legal y político” -el cimientto de la toma de decisiones en una democracia- no sea apto para Bell. Como es de esperar, también cree con firmeza en la objetividad y neutralidad de la tecnología del *lifelogging*; para él, “la memoria digital es objetiva, imparcial,

directa e implacablemente precisa”. (p 303)

...Los individuos que imagina Bell son de una perfecta autonomía e independencia respecto de sus conciudadanos y de los mediadores tecnológicos que les permiten registrarlos todo. El autor no plantea ni una sola duda sobre la economía política de la información. Es lógico, entonces, que Bell vea todo color de rosa; su pensamiento no está en sintonía con las tendencias que dictan nuestros hábitos de intercambio de información. (p 303)

En ocasiones, la preocupación de Bell por la verdad parece patológica. Desea recordar todo y no olvidar nada, por más oscuro, violento o destructivo que sea... Es cierto que exigimos la verdad en los tribunales, pero ¿por qué suponer que el campo de las interacciones sociales en su totalidad es igual a nuestro sistema legal? ¿Es posible que el engaño, al igual que el olvido, sean útiles para llevar -e incluso posibilitar- una vida más moral? Como señala el filósofo David Nyberg, “No sólo debe tolerarse el engaño como una aberración prudente y ocasional en un mundo en el que siempre se dice la verdad; se trata más bien de un componente esencial de nuestra capacidad de organizar y modificar el mundo, resolver problemas de coordinación entre individuos que no están de acuerdo, lidiar con la incertidumbre y el dolor, ser cortés y obtener la privacidad necesaria, sobrevivir como especie y prosperar como personas”. La búsqueda de la perfección, tan típica de los ambiciosos esquemas solucionistas, no tiene manera de dar cuenta de las complejas sutilezas de la condición humana. (p 305)

Bell se pregunta en un infrecuente arrebato filosófico, “La pregunta bien podría ser: ¿cuánta verdad podemos tolerar?”. A lo cual responde con la usual superficialidad: “Las personas exitosas no se acobardan ante un historial honesto”. En otros pasajes se queja de que “algunas personas me han manifestado su preocupación de que quizás se enteren de cosas sobre sí mismos que no quieren saber: la triste verdad puede salir a la luz”. ¿Y cómo hace el psicólogo Bell para consolar a estos pobres inocentes?: “Van más allá que los soviéticos, que borraban de su historia lo que no les agradaba; esos sujetos borrarían todo solo por si acaso hay algo que pueda no gustarles”. (p 305)

Y así continúa *ad infinitum*. Por ejemplo, así es como seremos mejores personas gracias al *lifelogging*: “Imaginen tener frente a sus narices el tiempo real que pasan con su hija, y no la versión edulcorada que tienen ustedes. O que les hagan darse cuenta de que han sido demasiado ofensivos en una conversación”. En el mundo de Bell, nadie tiene que negociar ni ceder, o cometer un acto no deseable para evitar un desenlace aún peor; la tiranía de la introspección que propone el autor no hace más que despojar a la existencia humana de su complejidad y ocasional irracionalidad, lo que la reduce a un conjunto de algoritmos que pueden derivarse de un puñado de normas morales.

La posibilidad de concebir que habitamos varios mundos morales y éticos a la vez, de que estos pueden estar gobernados por distintos compromisos y principios, de que es demasiado ingenuo esperar que tengamos un alto rendimiento en todos esos mundos: a Bell no se le ocurre nada de eso; cree que puede haber un estándar universal, algún tipo de punto de referencia común para medir y comparar nuestro comportamiento como amigos y colegas. Como señala el filósofo Michael Walzer en su aclamado estudio acerca de lo denomina “igualdad compleja”:

- Las sociedades injustas dan lugar a proyectos simplificados, puesto que sostienen la premisa de que la obtención de un bien social puede convertirse en un éxito general [...]. Una sociedad justa, por el contrario, da lugar a planes de vida complicados, [en los que uno se desempeña] a la vez como padre amoroso, trabajador calificado, ciudadano comprometido, estudiante capaz, crítico sagaz, fiel miembro de la Iglesia, buen vecino. Sin dudas, es fácil imaginar que las personas se distribuyen de esta manera y, por así decirlo, obtienen adjetivos menos complementarios [...]. Es más probable que busquemos estas cualidades diferentes si estamos seguros de que la recompensa es inherente a cada una de ellas, o al menos distinta en cada caso, y que no hay una única recompensa intercambiable para ninguna de ellas.

El de Bell es un buen ejemplo de un proyecto simplificado que valora solamente un bien social sobre el resto: la verdad. Su solución preferida -la memoria digital perfecta y exhaustiva- es aquella que ayudaría a impulsar ese bien y, en el proceso, dar lugar a una sociedad mejor. La advertencia de Walzer, “una sociedad justa [...] da lugar a planes de vida complicados”, revela uno de los problemas claves del solucionismo de Bell: ...la ayuda que nos ofrece una tecnología de la “verdad perfecta” es limitada, dado que no podemos evitar conformarnos con un resultado que dista de ser óptimo, y engañarnos tal vez no sea una mala estrategia para lidiar con ello. (pp 306-307)

...Por supuesto, en Silicon Valley -donde los proyectos de vida consisten en encontrar el yogurt perfecto, sobrevivir a un extenuante curso de yoga y fundar otro emprendimiento emergente más - tal vez eso no sea tan problemático, ya que la sinergia está por todas partes y la fricción no existe. Es una pena pero el resto del mundo no vive de esa manera, sería bueno que Bell tomara nota de tales diferencias. (p 307)

Madeleine: ¿para eso hay una aplicación!

La falta de valoración de Bell hacia la condición humana es apenas una parte del problema... Solo le resulta posible plantear un argumento solucionista poderoso en favor del *lifelogging* trazando una equivalencia perfecta entre la memoria de las computadoras y la memoria humana. Pero seamos sinceros: las computadoras, en sentido estricto, no “recuerdan” información; antes bien, la “almacenan”. Bell no está solo en sus equivocadas creencias sobre la memoria -Kevin Kelly, en una línea similar, sostiene que “cuando la cámara está en todas partes, todo queda registrado para siempre. Tenemos una conciencia y una memoria comunitarias”-; ése es otro de los motivos por los cuales debemos desentrañar por qué persiste tal equivocación. (p 307)

...Proust escribió (con bastante menosprecio) sobre una “simple visión cinematográfica” que “se aleja así de lo verdadero cuanto más pretende aferrarse a ello”. El fetiche por los datos que da impulso al *lifelogging* horroriza a Proust. Así es como lo expresó en *En busca del tiempo perdido*:

- Si la realidad fuera esa especie de derecho de la experiencia, más o menos idéntica para cada uno, porque cuando decimos, un mal tiempo, una guerra, una parada de coches, un restaurante iluminado, un jardín en flor, todo el mundo sabe lo que queremos decir; si la realidad fuera esto, sin duda una especie de película cinematográfica de tales cosas bastaría y el estilo, la literatura, que se apartaran de sus simples datos, serían un aderezo artificial. ¿Pero era esa la realidad?

Para Proust, la clave para describir la realidad, tanto pasada como presente, no está en buscar más datos, sino en hacer un buen uso de la imaginación conectando nuestros sentidos con nuestros recuerdos (esto explica en parte por qué Proust pensaba que la novela era mucho más apta para tal fin que el cine o la fotografía). Proust no estaba preocupado por la famosa *madeleine* porque necesitaba una receta de cocina, y la conexión a “internet” no funcionaba. Más cercano a la nostalgia, su anhelo estaba más relacionado con la incapacidad de regresar a un pasado mítico que con la capacidad de recordar el detalle fáctico; en realidad, uno podría afirmar que el narrador de Proust puede darle sentido a la *madeleine* únicamente llenando los vacíos de la narrativa, y haciéndolo de nuevo cada vez. Proust fue un campeón de la imaginación narrativa (¿no de la numérica!), y para que esa imaginación florezca son fundamentales los vacíos y las contradicciones. (p 308)

Svetlana Boym, una académica ruso-estadounidense que ha escrito sobre el futuro de la nostalgia, acierta cuando afirma que “la nostalgia nos atormenta con su fundamental ambivalencia; se trata de la repetición de lo irreplicable -mediante el *lifelogging*, el autoseguimiento o alguna otra tecnología moderna-, y toda la creación de la nostalgia se caerá a pedazos... (p 308)

Los escritos del filósofo franco-búlgaro Tzvetan Todorov pueden arrojar algo más de luz sobre lo

que los *geeks* como Bell y Kelly no comprenden respecto de la memoria. Como señala Todorov, la memoria no es lo opuesto al olvido. En lugar de ello, es el resultado de una compleja interacción entre la desaparición (u olvido) y la conservación: dos fuerzas que tironean de nuestra mente en direcciones opuestas todo el tiempo. Así, es imposible pensar en la memoria sin la selección; cuando “recordamos” un suceso, significa que conservamos solo algunas de sus características, mientras que dejamos de lado muchas otras. A veces, esto sucede de inmediato, otras veces, sucede luego de un tiempo y no es un proceso muy consciente. Por ello, señala Todorov, “es desconcertante que a la capacidad de las computadoras de almacenar información la llamemos 'memoria', dado que estas no contienen una característica fundamental de la memoria, la capacidad de selección”. En otras palabras, la conservación o el almacenamiento de información sin selección no es memoria, al menos no en el sentido que le damos al término cuando hablamos de la condición humana. O, como dijera el antropólogo francés Marc Augé en su memorable frase: “Los recuerdos son moldeados por el olvido como el mar moldea los contornos de la orilla”. (p 309)

Una vez que se ha establecido la diferencia entre preservar y recordar, es posible dar cuenta de cómo la primera puede socavar la segunda. Podría ser que cuanto más se preserva, menos se recuerda. Esto no sorprenderá a nadie que haya grabado cada minuto de unas vacaciones de verano en España; a veces, tres fotografías pueden evocar recuerdos más fuertes que doscientas horas de filmación... (p 309)

Al igual que retener no equivale a recordar, borrar no equivale a olvidar. Es fácil hacer que las computadoras borren algo: basta con presionar la tecla del borrado y terminar el asunto. Pero en lo que respecta a la mente humana, no existe el olvido voluntario; no podemos olvidar algo con tan solo darnos la orden a nosotros mismos de no pensar en ello. Tal vez podamos borrar el archivo de nuestro disco duro, pero el recuerdo de ese archivo -y del hecho de que lo hemos borrado- se quedará por siempre. Cuando Bell habla de aquellos que prefieren no vivir con “la verdad” de ciertos sucesos, no se da cuenta de que no están pidiendo una lobotomía ni una amnesia mecánicamente inducida. Tan solo han llegado a la decisión consciente de que prefieren no pensar en determinados sucesos de su pasado. ¿Pueden estar seguros de que su misión será exitosa?.. (p 310)

La idea de que tenemos el deber de recordar por siempre los errores y el sufrimiento que hemos soportado descansa sobre dudosas bases morales. El teólogo Miroslav Volf ataca de frente *The End of Memory*. Volf afirma que no debemos asumir que recordando obtendremos siempre resultados moralmente superiores: “En lugar de proteger a una persona, puede que la memoria lastime a otra. En lugar de generar solidaridad con las víctimas, puede producir indiferencia y reforzar ciclos de violencia. En lugar de ayudar a reconocer el error con sinceridad, puede reforzar las percepciones falsas que una víctima tiene sobre sí misma, y sus exigencias injustas. En lugar de curar heridas, podría volver a lastimar”. ...no debemos suponer que recordar es lo correcto en todos y cada uno de los casos. El solucionismo no puede reemplazar el razonamiento moral; no debemos permitir que dictamine soluciones que se suponen correctas por el solo hecho de ser fáciles. (pp 310-311)

...Dejando de lado la cuestión de que borrar archivos no equivale a olvidar, es importante recordar que tal vez, en algunas circunstancias, el perdón es preferible al olvido desde el punto de vista moral. Cuando se ha expresado en forma tecnológica, el solucionismo nos quita importantes conversaciones y deliberaciones morales sobre qué es apropiado en cada caso; impone la moralidad desde arriba sin darnos un espacio para cuestionar y, de ser necesario, revisar las verdades morales simplistas incorporadas en las tecnologías que lo acompañan. (p 311)

El filósofo Avishai Margalit traza una útil distinción entre el perdón como proceso borrado, lo que él llama “ocultar”, y el perdón como proceso de cubrimiento, lo que él denomina “tachar”. Si queremos borrar algo que hemos escrito, hay dos maneras de hacerlo. Podemos eliminarlo por

completo y hacerlo invisible -u ocultarlo, en la expresión de Margalit-, o podemos tacharlo dejando rastros del trazo original, es decir, podemos cubrirlo. Para Margalit, la imagen del cubrimiento es “preferible desde el punto de vista conceptual, psicológico y moral a la imagen del ocultamiento, dado que es mejor tachar que eliminar los recuerdos de una ofensa”. El de Margalit es un argumento complejo que se nutre de la filosofía política y la historia para mostrar que el verdadero perdón se basa en ignorar un pecado, no en olvidarlo. (p 311)

...El solucionismo no nos liberará de las complejidades de la toma de decisiones por una simple razón: la tecnología no puede brindar respuestas simples a dilemas inabordables desde el punto de vista moral sobre lo que deberíamos recordar y lo que deberíamos olvidar, puesto que no exist4en las respuestas simples, no cuando las preguntas se plantean en abstracto. No debemos creer que la fácil disponibilidad de las soluciones tecnológicas las hace moralmente deseables... (p 312)

Los aspectos nutricionales de Jerry Springer

...el impulso solucionista parece bastante natural: ahora que la tecnología nos permite monitorear lo que leemos y cómo lo leemos, es muy tentador crear un sistema de medición que pueda cuantificar si la información que consumimos es nutritiva o no, y reestructurar nuestros hábitos de consumo de información según corresponda. Clay Johnson... plantea...: “Al igual que una alimentación deficiente da lugar a una variedad de enfermedades, la información deficiente origina nuevas formas de ignorancia, ignorancia que no proviene de la falta de información, sino de su consumo excesivo, y de enfermedades y engaños que no afectan a los que no están informados sino a los hiperinformados y bien educados”. (p 313)

...Al igual que con la comida, primero tenemos que poner más atención a lo que consumimos: “El primer paso es darse cuenta de que se trata de una elección”. Y continúa: “Para llevar vidas sanas, debemos desplazar nuestros hábitos de consumo de información fuera del plano secundario pasivo que es el zapping, al primer plano de la selección consciente”. Así, el monitoreo y el autoseguimiento se convierten en herramientas útiles para este propósito. (pp 313-314)

Para Johnson... “...los lectores también deben asumir la responsabilidad de sus acciones y esforzarse por adoptar una dieta responsable y no homogénea [*sic*]”. Tal vez ese énfasis constante en la responsabilidad personal y la salvación individual sea el resultado de la veta protestante en la mentalidad *geek*, que documentó Chris Kelty.

El problema con la retórica de la “dieta informativa” es que reformula al individuo como consumidor pasivo que no puede incursionar en asuntos complejos de reforma de medios y políticas gubernamentales. Así, en lugar de pedirle al consumidor que exija transmisiones públicas más robustas o impulse campañas para prohibir anuncios negativos, se le pide que elija la opción más lógica: si la página web actual es muy poco nutritiva, será momento de pasar a otra distinta... (p 315)

Por supuesto que ese no es el único modelo posible de participación ciudadana -hay otras maneras de pensar la responsabilidad ciudadana sin pretender la omnisciencia-, pero envuelta en el lenguaje de la cuantificación, el autoseguimiento y la responsabilidad individual, se lo presenta como el objetivo único y primordial, la verdad absoluta. Una vez más nos topamos con uno de los peligros cívicos más graves que plantea el solucionismo: los ingenieros sociales, cautivados por las posibilidades de “internet”, ya no consideran que sus problemas se presten a una multiplicidad de soluciones y reformas contrapuestas y polémicas. Cegados como están por el internet-centrismo, se conforman con cualquier solución que parezca corresponderse con el espíritu de “internet”, de imprecisa definición. (pp 317-318)

Fantasmas y mochilas

Elaborado por Adolfo Chércoles SJ

Walter Lippmann en su trabajo de referencia *El público fantasma* delineó un modelo de participación pública muy distinto y más realista... La premisa de la teoría de Lippmann es simple: los ciudadanos no pueden ser, ni serán, omniscientes, mucho menos omnipotentes. Ni la tecnología ni las políticas gubernamentales -no en una democracia- pudrían cambiar esa realidad... Por supuesto que los ciudadanos alzan la voz y se unen en torno de algunos temas; esto sucede cuando se ha formado un público. Para Lippmann era en vano hablar de “el público” como entidad monolítica y eterna con intereses fijos y demarcados con claridad. Pero cuando estalla la polémica y un grupo de ciudadanos confluye en torno de un tema en particular, es momento de pensar cuáles son las mejores maneras de aprovechar la participación ciudadana, aunque más no sea porque las viejas vías institucionales de resolver el problema ya no bastan (si lo hicieran, no habría tensión y ese público no tendría motivos para haber surgido en primer lugar). (p 318)

...En síntesis, el objetivo de Lippmann es mostrar que los públicos son entidades fluidas, dinámicas y en potencia frágiles, que no descubren sin más asuntos de interés que se encuentran “en la naturaleza”, sino que negocian cómo han de definirse y articularse esos asuntos; los asuntos crean públicos tanto como los públicos crean asuntos (y esto es un motivo más para observar con mayor detalle la infraestructura de comunicación que utilizan). (p 319)

...En pocas palabras, Lippmann prefiere que los ciudadanos hagan algo bien, a que hagan todo mal. (p 319)

El sociólogo experto en medios Michael Schudson, al revivir algunos de los temas de Lippmann en el actual contexto de los medios de comunicación, ha ofrecido una crítica interesante de lo que él denomina “mochileros de la política”. Muchos disfrutamos de acampar en la montaña y resolver nuestras necesidades con nuestros propios medios. Pero una vez que termina el descanso, regresamos felices a casa, encendemos la cocina, compramos un pollo envasado y bebemos leche pasteurizada. No purificamos el agua nosotros mismos sino que delegamos esa tarea al sistema metropolitano de suministro de agua. Delegamos tareas a las tecnologías. Entonces, Schudson se pregunta “¿Por qué en la vida pública pretendemos que los ciudadanos se preocupen por cada asunto posible, como si la idea misma de la delegación arruinara nuestra democracia? (pp 319-329)

...Casi un siglo después de que Lippmann escribiera *El público fantasma*, nuestros gurúes tecnológicos (por no mencionar a los teóricos de la democracia) siguen sin conocer su pensamiento; éstos creen que los ciudadanos son omniscientes y necesitan saber sobre todo lo que acontece en el mundo. Por supuesto, es una tragedia intelectual, pero además hay otro motivo por el cual debemos preocuparnos, y tiene que ver con el resurgimiento del solucionismo, que ofrece la tentadora opción de “reparar” a los ciudadanos de una vez y para siempre. Como ya se ha mencionado, con un nuevo conjunto de intermediarios digitales es posible intervenir en el modo en que consumimos la información para impulsar una dieta informativa más saludable y diversa... Recurriendo a los *nudges* y otros trucos similares, de pronto podríamos lograr que la gente prestase atención a África y Corea del Norte. (p 321)

Cosmopolitismos falsos e imaginarios

...Eric Schmidt cree que ya vivimos en un mundo poscosmopolita. Una de las lecciones más importantes que aprendió en Google es que “las personas son iguales en todas partes”. Por ello, dice Schmidt, “la manera más simple de dirigir el mundo sería reconocer que a las otras personas, a las otras razas, a las otras culturas, a quienes no hablan el mismo idioma que tú les importan casi las mismas cosas. Lo sabemos porque lo podemos demostrar”. Y así lo harán, sin molestarse en preguntar si Google es responsable de gran parte de la homogeneización global que Schmidt atribuye a causas naturales... (p 323)

...Zuckerberg dijo que las animosidades en Medio Oriente no “provienen de un profundo odio hacia alguien”, sino “de la falta de conectividad y de comunicación, falta de empatía y comprensión”. Zuckerberg cree que si todos estuviéramos conectados, si Facebook estuviera en todas partes y todos tuvieran una cuenta, no habría más malentendidos ni más guerras. Los comunicados de Facebook están repletos de ese seudohumanismo: “Si permitimos que las personas de distintos entornos se conecten fácilmente y compartan sus ideas, podemos disminuir el conflicto en el mundo en el corto y mediano plazo”. Según esta lógica, Israel y Palestina llegarán a un acuerdo de paz en Facebook, y la compañía no se opone a auspiciar iniciativas “ciberpacíficas” entre ambos. (p 323)

...el historiador de los medios John Durham Peters ha brindado una de las críticas más convincentes en su historia de la idea misma de la comunicación: *Hablar al aire*. ...en 1852, el ensayista Michael Angelo Garvey predijo que, gracias al transporte terrestre, desaparecerían las divisiones entre naciones y todas las personas de pronto comenzarían a hablar el mismo idioma. En 1889, Lord Salisbury sostuvo que el telégrafo había “combinado casi al mismo momento [...] las opiniones de todo el mundo inteligente respecto de todo lo que está sucediendo en ese momento sobre la faz de la Tierra”. Cuando fundó la Unión Telegráfica Internacional en 1865, el ministro del Exterior francés tocó algunos temas muy afines a los de Zuckerberg: “Si es cierto que la guerra [...] nace de la incompreensión, ¿no estamos eliminando una de sus causas al facilitar el intercambio de ideas entre personas y poner a su disposición este increíble sistema de transmisión [...] que permite el diálogo rápido y sin interrupciones entre los miembros separados de una familia?”.

El siglo XX produjo aún más proclamas de ese tipo respecto de las últimas tecnologías. En una carta de 1913 al editor de *Scientific American* se anunciaba que los descubrimientos de Marconi harían posible la “comunicación [...] cuando se desee, en cualquier momento, entre seres humanos separados por grandes distancias” sin ningún aparato técnico. Menos de una década después, un artículo en *Collier's* alababa la radio por ser un “civilizador tremendo” que “llevaría la cultura a todas partes”, lo cual redundaría en “la comprensión mutua de todos los sectores del país, la unificación de nuestros pensamientos, ideales y propósitos, gracias a lo cual seremos un pueblo fuerte y bien cohesionado”. Y si podría haber logrado todo eso en un solo país, imaginemos lo que hubiera logrado en todo el mundo. Cuando escribió sobre la “era de las imágenes” en 1915, Jack London anunció que “el mágico cine ha aniquilado el tiempo y la distancia para acercar a las personas de todo el mundo”.

El recuento sigue así hasta nuestros días, con proclamas radicales sobre el enorme potencial cosmopolita de la televisión, la energía nuclear, el fax. Por ello es comprensible el entusiasmo por el potencial de “internet” para convertirnos en cosmopolitas. Pero el debate no debería acotarse en términos de lo factible, también debemos discutir lo deseable. (pp 324-325)

Como señala Peters, puede ser un error creer que las comunicaciones de mayor calidad, más rápidas y más económicas solucionarán el problema de la comunicación, aunque tan solo sea porque la incompreensión es una característica permanente de la condición humana, y tal vez por buenas razones.

Peters escribe: “Puede que el hecho de enviar mensajes claros no resulte en mejores relaciones; quizá nos agrademos menos cuanto más entendamos acerca del otro [...]. La 'comunicación' se presenta a sí misma como una solución sencilla a problemas humanos indescifrables: el lenguaje, la finitud, la pluralidad”. Se trata de falsas esperanzas; no existen soluciones rápidas a ese tipo de problemas, dado que sus causas no se hallan en un sistema de transmisión defectuoso sino en objetivos, valores e intereses divergentes. A veces, estos no pueden zanjarse solo mediante el diálogo; se requiere algún tipo de acción política... (p 325)

En cierto modo, esos *nudges* -y no solo en el contexto de las noticias internacionales- representan la derrota de la persuasión y la deliberación como métodos para incitar la reforma y el activismo... Queremos ciudadanos que sean conscientes de sus propias limitaciones y también del poder de la

acción colectiva, y, lo que es más importante, que piensen por sí mismos y asignen su atención con sensatez, luego de un poco de deliberación. (p 326)

¿De verdad queremos pasar a un sistema que secuestra la atención de los ciudadanos por medio de *nudges* y otros trucos digitales que Google y Facebook pueden crear sin que nosotros nos demos cuenta?... Queremos ciudadanos que se interesen por la guerra de Siria porque les importa la paz en Medio Oriente o el destino de la humanidad o alguna otra causa similar, no porque Google y Facebook los han manipulado para que adoptasen esas causas. (p 327)

Ludificar o morir

No sería extraño que los políticos empezaran a subirse al carro de la ludificación como lo hicieron con los *nudges* hace algunos años: habiéndose probado todos los otros instrumentos de elaboración de políticas, la ludificación, sin importar sus problemas éticos, ofrece la promesa de soluciones fáciles, incluso placenteras. Y como sostienen sus impulsores, puede que los políticos no tengan otra alternativa, puesto que se concibe a los ciudadanos como consumidores y jugadores que esperan que todo sea divertido y está basado en esquemas de recompensa... La idea de que los gobiernos no son compañías y los ciudadanos no son consumidores no ocupa un espacio prominente en la agenda de la ludificación. Bien puede ser que se hayan 'reseteado' las expectativas de las personas, pero en lo que a política respecta, estas tienen más que expectativas, también tienen deberes y obligaciones, que a veces arruinan toda la diversión. (p 332)

B. F. Skinner entre los animales no terminados

La decisión de Google de introducir insignias recibió muchas críticas en internet... Una encuesta realizada en 2010... descubrió que el 69% de los encuestados seguía las noticias porque sentía una "obligación cívica de estar informado". ¿Por qué recompensar a las personas por leer noticias si ellos consideran que es su obligación cívica? A la mayoría de nosotros todavía nos resultaría extraña la idea de que los ciudadanos fueran al centro de votación y utilizaran un juego en línea que les pidiera "registrarse" y acumular puntos emitiendo su voto. ¿Podrían servir esos esquemas para fomentar la participación electoral? Seguro que sí, pero aun así sentimos que, en el ámbito de los deberes civiles, los incentivos de juego le quitan a la idea de la ciudadanía gran parte de su sentido. Esquemas de ese tipo envían mensajes muy engañosos sobre la política y desilusionan a los ciudadanos cada vez que se les pide que hagan algo que no es divertido. Como sostienen los politólogos John Hibbing y Elizabeth Theiss-Morse, "El camino para mejorar la vida cívica con sentido no es dar medallas a las personas para que participen porque la política es divertida y fácil; es pedirles que participen porque la política es aburrida y difícil". (pp 332-333)

Fomentar la participación de la ciudadanía no se reduce a conseguir que las personas hagan lo correcto; también se trata de que lo hagan por los motivos adecuados. En realidad no es lo que piensa Richard Thaler... que "si los gobiernos quieren fomentar la buena ciudadanía, deben intentar que el comportamiento que desean lograr sea el más divertido de llevar a cabo". (En este sentido, los defensores del *nudging* están muy cerca de los ludificadores: el emprendedor de la ludificación Gabe Zichermann ha dicho que "cualquier cosa puede ser divertida [...], podemos hacer que el gobierno sea divertido"... (p 333)

Thaler, sin embargo, no aclara qué quiere decir exactamente cuando habla de "comportamiento cívico". Su uso de ese término en relación con la exhortación -apelar al bien común de distintas maneras- nos hace pensar que emplea la palabra "cívico" en el sentido convencional de "relativo a los deberes o las actividades de las personas en lo que respecta a su pueblo, ciudad o área local". Pero si los ciudadanos adoptan el "comportamiento deseado" porque es más divertido, entonces sus actos no tienen nada que ver con el deber. Por ello, en este caso, "cívico" solo puede asumir su otro

significado: “relativo a una ciudad o pueblo, en especial a su administración municipal”... (p 333)

Si pensamos que los humanos son como las ratas, o si somos unos economistas de mente estrecha que creemos que todos somos autómatas y pretendemos maximizar la utilidad, podemos vernos tentados de emplear motivaciones extrínsecas en todos los casos. (Si creemos en las leyes de la oferta y la demanda, pagarles a las personas -en dinero real o simbólico- suele funcionar.) Des mismo modo, obligarlos a pagar por algo, en forma de multas, también es una fuerte motivación extrínseca... (p 334)

El problema es que las leyes de la economía no siempre son propicias para explicar las complejidades del comportamiento humano. Por lo tanto, una vez que se reemplaza la motivación intrínseca por incentivos extrínsecos, los humanos responden de maneras extrañas. De ello dan fe décadas de famosas investigaciones en el campo de las ciencias sociales... (p 334)

...es posible garantizar el comportamiento deseado si se encuentra la combinación correcta de incentivos, de palos y zanahorias, de bonos y medallas. Pero si comenzamos a buscar el conjunto de incentivos más efectivo, perderíamos de vista el hecho de que antes se necesitaban muy pocos. (p 335)

Existe un elemento de profecía autocumplida: si los formuladores de políticas creen que el propio interés es la única opción disponible, diseñarán las instituciones sociales y legales de acuerdo con ese principio. Quizá podrían incluso solicitar el comportamiento deseado, con lo que obtendrían la confirmación tan necesaria de que el mundo de veras funciona como ellos creen. Como lo expresó el psicólogo Barry Schwartz, “El que la sociedad occidental haya adoptado con entusiasmo la idea de que el interés propio es lo que motiva el comportamiento humano nos ha llevado a crear estructuras sociales que están al servicio del interés propio”. Pero no por ello refleja una verdad profunda y atemporal sobre la naturaleza humana; solo es reflejo de la popularidad del pensamiento utilitarista y skinneriano en los últimos cien años aproximadamente. Schwartz comenta: “Si alguien creciera en un mundo postskinneriano en el que padres, maestros, el clero, médicos y oficiales de la fuerza pública manipularan a diario las recompensas, sin duda creería que el control del comportamiento humano mediante esas recompensas es universal e inevitable”, y continúa, “Esa persona tendría razón respecto de la universalidad del hecho, pero no respecto de su inevitabilidad. (p 335)

(Schwartz) explica que “Los seres humanos son 'animales no terminados'; lo que podemos esperar de ellos depende de cómo los han 'terminado' nuestras instituciones sociales”. Si elegimos los incentivos, es posible que ese tipo de esquemas funcionen; sin embargo, su supuesta eficacia no debe cegarnos ante sus costos. Los incentivos no son el único método para lograr que las personas hagan lo correcto. (p 336)

...Grant encuentra tres problemas en los incentivos. Primero, los esquemas de incentivos que a primera vista pueden parecer inteligentes suelen producir el efecto contrario. Segundo, los incentivos, sobre todo los monetarios, suelen descartar las motivaciones menos mercenarias, y esto tiene un efecto perjudicial para el carácter. Por último, los esquemas de incentivos tienden a perpetuarse a sí mismos, porque cuando las personas se acostumbran a recibir dinero por conducir bien o separar la basura, es posible que dejen de hacerlo si se eliminan los incentivos. Por eso, escribe Grant, “los incentivos son herramientas con limitaciones inherentes [...]. Una vez eliminados, se acaba la eficacia. Los incentivos se ocupan de los síntomas y no de las causas; son una solución superficial. Dado que no atacan las causas, se los necesitará por tiempo indefinido si no se toman otras medidas”. (p 336)

Monos, sexo y coacción previsible

Elaborado por Adolfo Chércoles SJ

...Quizá no piensan que ganar puntos y premios en un juego es lo mismo que recibir un cheque por respetar las normas de tránsito o separar la basura. ¿Pero son tan distintos? Si bien es cierto que no circula dinero de una mano a otra, es bastante claro que la motivación ha cambiado: mientras que antes intentábamos respetar la norma porque nos importaba nuestra seguridad y la de otros conductores, y separábamos la basura porque nos importaba el medio ambiente, ahora lo hacemos porque es divertido. La mayoría de las críticas a los esquemas de incentivos están en lo cierto: luego de eliminar los incentivos lúdicos, no estamos seguros de que retomemos nuestros viejos hábitos. También es cierta la observación sobre el efecto corrosivo que podrían tener esos esquemas en el carácter de la persona: a veces es deseable que los ciudadanos hagan lo correcto por las razones adecuadas, no solo porque es más divertido que jugar a Angry Birds. (p 337)

Como la mayoría en su especie, este libro borra desde el comienzo toda distinción entre los juegos y el juego, y plantea que ambos son naturales e inevitables. Los autores proclaman: “El juego y los juegos están consagrados en nuestro registro cultural, surgen con las civilizaciones, siempre entrelazados. Ahora llegamos a comprender que estamos programados para jugar; los investigadores comienzan a descubrir las complejas relaciones entre nuestro cerebro, los sistemas neurales y el juego”. Puede que sea cierto, ¿pero no existe una gran diferencia entre el juego como juego y el juego como incentivo? ¿De veras esperan que creamos que acumular millas o puntos por nuestro comportamiento ambiental es lo mismo que jugar al ajedrez? (pp 337-338)

Zichermann y Cunningham se interesan sobre todo por las aplicaciones empresariales de ludificación -lograr que las personas hagan clic-, por eso no dicen mucho sobre sus consecuencias políticas y sociales (bueno, salvo por el brusco comentario de que “divertido' es ahora el nuevo significado de 'responsable'”; Richard Thalet estaría de acuerdo). Para encontrarlas debemos recurrir a la verdadera biblia del movimiento de la ludificación, el libro de Jane McGonigal *Reality is Broken...*

McGonigal se ha convertido en la principal defensora de la aplicación de la lógica del juego para resolver los mayores problemas del mundo; si el solucionismo tiene una embajadora de buena voluntad, es ella. Sostiene que los juegos pueden ayudar a las personas comunes a conseguir los objetivos más urgentes del mundo: curar el cáncer, detener el cambio climático, difundir la paz, acabar con la pobreza”. Demos consolas Wii a los diplomáticos de las Naciones Unidas y los problemas del mundo desaparecerán. Como sostuvo el escritor y esteta del juego Steven Poole en su reseña de *Reality is Broken*, “Uno sabe que un nuevo suplemento de hierbas que se ha puesto de moda o una técnica terapéutica son una farsa cuando prometen curar absolutamente todo, desde la timidez hasta la calvicie y el cáncer”. (p 339)

La defensa de la ludificación que plantea McGonigal se basa en el supuesto de que el mundo real es inferior al mundo virtual justamente porque el primero carece de mecanismos lúdicos. Sus lamentos sobre la realidad se extienden a lo largo de varios cientos de páginas, pero estas son algunas muestras representativas: “El mundo real no ofrece con tanta facilidad placeres diseñados con sumo cuidado [...]. La realidad no nos motiva con tanta eficacia. La realidad no está diseñada para maximizar nuestro potencial. La realidad no fue diseñada desde la base para hacernos felices”. Por el contrario, los juegos tienen todo aquello que la realidad no tiene: “Los videojuegos y los juegos de computadora satisfacen necesidades humanas genuinas que el mundo real de hoy no puede satisfacer. Los juegos nos brindan recompensas que la realidad no puede brindar. Nos enseñan e inspiran e involucran de maneras que la realidad no lo hace. Nos unen de maneras que la realidad no lo hace. Nos unen de maneras que la realidad no nos une”. En consecuencia, la única conclusión posible que McGonigal puede derivar de todo esto es que la realidad debería parecerse más a los juegos: “¿Qué sucedería si decidiéramos usar todo lo que sabemos sobre el diseño de juegos para reparar los defectos de la realidad? ¿Qué tal si comenzáramos a vivir la vida real como jugadores, dirigiéramos nuestros negocios y comunidades como diseñadores de juegos y pensáramos en

resolver los problemas del mundo real como teóricos informáticos y de videojuegos?”. (p 339)

...¿Cómo reaccionar ante proclamas como la siguiente?: “Comparada con los juegos, la realidad es demasiado fácil. Los juegos nos desafían con obstáculos voluntarios y nos ayudan a dar un mejor uso a nuestras fortalezas personales”. (p 340)

...Desde las leyes discriminatorias hasta la desigualdad estructural del ingreso, el racismo y el sexismo profundamente arraigados, la vida está repleta de obstáculos, aunque no sean visibles en Silicon Valley. Y algunos son voluntarios: el juego de la vida sería demasiado fácil si pudiéramos robar y matar cuando nos diera la gana. (p 340)

Cuanto más leemos a McGonigal, más tenemos la impresión de que no ha trabajado ni un día de su vida; es como una mala parodia de Mitt Romney: “Comparada con los juegos, la realidad es improductiva. Los juegos nos dan misiones más claras y trabajo práctico más gratificante. El trabajo gratificante siempre comienza con dos factores: un objetivo claro y pasos prácticos para conseguir esos objetivos. Tener un objetivo claro nos motiva a actuar: sabemos lo que debemos hacer. Y los pasos prácticos aseguran que podamos avanzar hacia el objetivo de inmediato”. Puede que eso sea “trabajo gratificante” para Frederic Taylor, pero suena a lo opuesto, al menos para los trabajadores que no son solo engranajes de alguna línea de producción. ¿Por qué es tan terrible no tener objetivos claros ni pasos a seguir? ¿Los trabajadores no pueden obtener cierta autonomía y trazar sus propios caminos o quizá hasta cuestionar la adecuación de los caminos por los que transitan ahora mismo? (p 340)

De a poco, el método general de McGonigal se hace claro: comenzar con una definición superficial y deficiente de la realidad, despojada de cualquier complejidad de la interacción humana, presentar la ludificación como la salvación suprema y no mencionar jamás el hecho de que los juegos no son herramientas neutrales para cumplir con nuestros objetivos sino esquemas de incentivos que podrían estar transformando a los jugadores, mediante la manipulación de sus motivaciones y actitudes, en comunidades sociales y políticas. Como la mayoría de los *geeks*, McGonigal se deja engañar por el macroscopismo; no tiene respeto por las comunidades locales y prefiere pensar en planetas, galaxias y siglos. Cierra su libro diciendo: “El gran desafío de estos días y del resto del siglo es integrar mucho más los juegos a nuestra vida cotidiana y usarlos como una plataforma para colaborar en nuestros esfuerzos planetarios más importantes”. A la autora no le preocupa demasiado que la búsqueda de la felicidad interplanetaria también pueda producir comunidades en las que los ciudadanos se nieguen a mover un dedo a menos que reciban incentivos en forma de dinero o medallas virtuales. (p 341)

No plegar en casa

No hay duda de que también hay lugar para los juegos con inclinaciones humanitarias... Un grupo de investigadores de Stanford encontró una manera de que los jugadores donen su tiempo libre en la computadora para contribuir al análisis del plegamiento de las proteínas, lo que explica titulares del tipo: “Jugadores de PS3 intentan salvar el mundo”. (p 341)

Pero la mayoría de los proyectos de ludificación no son como [éste]; por ello es poco ingenioso que los gurúes de la ludificación invoquen estos proyectos para demostrar su validez cívica. Los ludificadores no crean maneras novedosas de hacer las cosas ni agregan una capa humanitaria a las viejas maneras. En lugar de ello, logran que hagamos lo debido usando una combinación de ciclos de retroalimentación, insignias y recompensas que sustituyen el deber por el placer. Hay una diferencia muy importante entre plegar proteínas porque deseamos ayudar a la ciencia y hacerlo para sumar más puntos; la retórica de McDonigal sobre la salvación del mundo borrona esa diferencia. (pp 342-343)

Pocos entusiastas de la ludificación resaltan ese paralelo, pero el modo en el que la mecánica de los juegos ha invadido y colonizado nuestras vidas se asemeja mucho a la expansión de la lógica del mercado a las instituciones sociales, culturales y políticas. Usar juegos para que las personas tomen sus medicamentos o dejen de fumar o vayan a la escuela no es tan distinto que pagarles para que lo hagan: en ambos casos, los efectos van mucho más allá de las consideraciones sobre la eficacia de los métodos. ¿Es tan insensato pensar que un niño que recibe dinero por leer libros tendrá un concepto distinto de la lectura que uno que la disfruta por sí misma? Como observa el filósofo Michael Sandel en *Lo que el dinero puede comprar*, su crítica al fundamentalismo del mercado, “Lo que comienza como un mecanismo del mercado se convierte en una norma del mercado”; eso transforma nuestras actitudes hacia el bien en cuestión -ya sea la salud o la educación-, y las transformaciones no siempre son para mejor. (p 343)

La ludificación no es distinta; un proyecto que recluta ciudadanos para ayudar a la ciencia utilizando mecánicas del juego en lugar de apelar a valores superiores tarde o temprano transformará el modo en que los ciudadanos se relacionan con la ciencia... (p 343)

La ludificación, como el autoseguimiento, puede desensibilizar fácilmente a los ciudadanos respecto de la compleja realidad que los rodea. Al igual que cuantificar los productos de los complejos sistemas sociotécnicos para hacer que nuestras prácticas sean más eficaces puede quitarnos la capacidad de imaginar cómo podríamos suplantar y reemplazar esos sistemas, la ludificación puede, con su promesa de hacer más placentera cada actividad, hacer que nos conformemos para siempre con el modo actual de hacer las cosas. (pp 343-344)

“...Superponer un juego al estado actual del sistema no es una renovación; es como colocar un apósito adhesivo elegante en una herida infectada”. (p 344)

Mad men, jeans gastados y farsantes reales

Todos estos intentos de reparar la condición humana -reducir nuestros prejuicios mediante la cuantificación absoluta, escapar a las fragilidades de nuestra memoria grabando todo, deshacernos de nuestros intereses más superfluos y pueblerinos haciendo que las compañías de tecnología nos provean una dieta informativa más nutritiva, lograr que hagamos lo correcto convirtiendo toda actividad de la vida en un juego- demuestran el descontento de Silicon Valley con la imperfección, así como su glorificación de las poderosas herramientas de que dispone. Nuestros reyes *geeks* no se dan cuenta de que la ineficacia es lo que nos protege de la inhumanidad del taylorismo y el fundamentalismo del mercado. Cuando la ineficacia es consecuencia de un compromiso deliberativo asumido por una comunidad administrada democráticamente, no es necesario eliminarla, aunque las últimas tecnologías puedan hacerlo en un abrir y cerrar de ojos. (p 345)

...promesa implícita del autoseguimiento, es posible que si registramos todos esos factores físicos por un largo tiempo, descubramos algún patrón numérico más profundo, algo que nos permitirá descubrir quiénes somos en verdad. Como señala Gary Wolf, “Detrás del atractivo del Yo cuantificado se halla una sospecha de que la causa de muchos de nuestros problemas es que no contamos con los instrumentos adecuados para entender quiénes somos. Tenemos una memoria deficiente; estamos sujetos a una serie de prejuicios; solo podemos concentrarnos en una o dos cosas a la vez”. ¿Y qué se necesita para descubrir “quiénes somos”? Bueno, según Wolf, unos cuántos dispositivos de autoseguimiento -que pasan la información a la industria del cuidado de la salud o a los comerciantes de Madison Avenue- se encargarían de este trabajo. El escritor explica: “No tenemos un pedómetro en los pies ni un alcoholímetro en los pulmones ni un medidor de glucosa instalado en las venas. No tenemos los mecanismos físicos ni mentales para llevar un

registro de nosotros mismos. Necesitamos la ayuda de las máquinas”. Si Sigmund Freud estuviera vivo, seguramente lo habrían reemplazado por un podómetro: en este mundo feliz, ¿quién necesita el psicoanálisis -esa obsoleta práctica de imaginación narrativa- para “llevar un registro de nosotros mismos” cuando la opción algorítmica suena tan tentadora? (p 346)

...como acertó en señalar Trilling, mientras que la sinceridad y la autenticidad pueden tener su utilidad, la búsqueda deliberada por establecerse a uno mismo como una persona verdaderamente auténtica es poco admirable. Este impulso simplista hacia la autenticidad -para “probar que no solo somos buenos, sino verdaderos, verdaderos con nosotros mismos, verdaderos con nuestra naturaleza, verdaderos quizá también con cierta noción que tenemos sobre cómo deberían ser los seres humanos”- es, a su vez, cualquier cosa menos auténtico. (p 347)

...no es necesario que nuestras denuncias lleguen al nivel de las de Theodor Adorno, que en su libro *La jerga de la autenticidad* se quejó de que “En nombre de la autenticidad contemporánea incluso un torturador podría presentar toda clase de reclamos de compensación en la medida en que él no ha sido sino un verdadero torturador”. Pero de hecho Adorno tiene razón: lo auténtico no es moralmente bueno en todos los casos, y lo moralmente bueno no siempre es auténtico. También es relevante saber en qué somos auténticos. Como lo expresa el filósofo Charles Guignon, “Lo fundamental sobre la autenticidad no es solo la intensidad del compromiso y el fervor de la expresión que esta conlleva, sino también la naturaleza del contenido del compromiso”. (p 348)

9. DISPOSITIVOS INTELIGENTES, HUMANOS ESTÚPIDOS

...está el conjunto estándar de críticas asociadas a la prevención situacional del delito... Quizás, si universalizamos este esquema y les prohibimos a los ciudadanos infringir la ley en cualquier sitio, tendremos como resultado ciudadanos moralmente deficientes que no harán lo correcto a menos que la infraestructura tecnológica les impida de manera explícita hacer lo incorrecto. (p 252)

Cabe preguntar si el reinicio automático de los medidores de algún modo socava los vínculos de solidaridad entre los conductores, si priva a algunos de oportunidades para ejercer un comportamiento virtuoso y al mismo tiempo convence a otros de que el mundo es un espacio atomizado por completo, en el que no están permitidos los actos de altruismo... (pp 252-253)

Trenes victorianos y chozas de Montana

Diseñados de manera adecuada, los esquemas tecnológicos pueden ampliar -en lugar de reducir, como afirmarían los tecnófobos- los espacios de deliberación en los que reflexionamos sobre nuestros problemas en común, y el número de vías concretas que permiten el ejercicio de la virtud y la ciudadanía. El verdadero problema del esquema de Santa Mónica no es que sea inteligente, sino que le falta inteligencia: un sistema de veras inteligente encontraría la manera de aumentar nuestra capacidad de reflexión, cuidado y humanismo. Ciertamente es que las distintas tecnologías pueden contribuir a esa misión, pero sería necesario que los tecnólogos y los ingenieros sociales que las guían adquirieran una mentalidad muy distinta. (pp 355-356)

El escritor español José Ortega y Gasset escribió que “para ser ingeniero [...] no basta con ser ingeniero”. Es un análisis mucho más profundo de lo que parece a primera vista. Es menos probable que un ingeniero familiarizado con los enormes desafíos que supone vivir en una comunidad moral, mezclarse y lidiar con otros seres humanos, se deje llevar sólo por cuestiones de eficacia. Como muestra el ejemplo de Santa Mónica, no es necesario abandonar las soluciones tecnológicas en su totalidad; antes bien, podemos obtener resultados similares mediante un diseño alternativo, más abierto, que al mismo tiempo les permita a los agentes humanos continuar tomando decisiones

difíciles y desafiantes, lo cual los distingue de las máquinas, que actúan según su propio interés, con brutalidad mecánica y fría. (p 356)

Una de las ideas más equivocadas de las últimas décadas ha sido creer que la tecnología no debería inmiscuirse en cuestiones de moralidad, que debe mantenerse en una senda de límites definidos, apartada de la que recorren los humanos y sus proyectos políticos, como el liberalismo. La moralidad aquí; la tecnología allí: nunca deberían cruzarse. Según esta óptica -articulada con mayor elocuencia por el teólogo francés Jacques Ellul e impulsada con ahínco por sus numerosos seguidores estadounidenses y canadienses en las décadas de 1970 y 1980-, la tecnología, en su característico estilo astuto y autónomo, no hace más que poner en riesgo la moralidad. Sin control, la tecnología da lugar a lo que Neil Postman llamó “tecnopolio: una sociedad en la que “la cultura busca su autorización en la tecnología, encuentra su satisfacción en la tecnología y recibe sus órdenes de la tecnología”. (p 356)

...Oscar Wilde tenía razón: la esclavitud mecánica hace posible la liberación humana. O, como el mismo lo expresó: “Si no existen esclavos para hacer el trabajo desagradable, horrible, no interesante, la cultura y la contemplación se hacen casi imposibles. La esclavitud humana es insegura y desmoralizadora. El futuro del mundo depende de la esclavitud mecánica, de la esclavitud de la máquina”. (p 357)

Por supuesto, no todos los problemas se prestan a una solución tecnológica, y como vimos... sobre la prevención situacional del delito, así deberíamos dejarlo. En algunas situaciones, será más deseable aplicar políticas públicas en lugar de utilizar la tecnología, o será la ley la que haga un mejor trabajo porque creará más oportunidades para que surja un debate público sobre determinado tema. (p 357)

Pero reconocer que las soluciones tecnológicas son inevitables no equivale a decir que todas son buenas o malas por igual, aun si logran cumplir el objetivo. Poco significa decir que son “tecnológicas”, porque eso no habla de su significado moral; y si efectivamente reconocemos que “tecnológico” no significa por sí mismo “amoral” o “inhumano” o “antidemocrático”, tendremos que investigar cada sistema tecnológico en sus propios términos o imaginar de qué manera un sistema distinto podría conseguir los mismos objetivos de modo tal que fomentase el debate, la reforma y la deliberación. En otras palabras, necesitamos desarrollar un método más adecuado para evaluar, comparar y discriminar entre soluciones tecnológicas, en lugar de repetir el mismo mensaje agotador de que las soluciones sociales siempre son mejores... (pp 357-358)

Radios, orugas y lámparas

Nosotros los humanos no llevamos vidas diseñadas con elegancia; la vida no es un buen modelo que haya sido ajustado después de ensayos técnicos realizados para eliminar imperfecciones. En lugar de ello, tenemos obligaciones antagónicas y planes de vida complicados. A veces, por orgullo, altruismo y patriotismo solemos hacer cosas que no nos benefician. No siempre respondemos a los incentivos, o llegamos a desearlos tanto que ya no respondemos a ningún otro estímulo. Vivimos en un mundo que parece sólido y permanente, pero no hacemos más que comprobar que no lo es y que muchas de las prácticas que damos por sentadas dañan el planeta o a nuestros vecinos; a adolescentes que trabajan en fábricas en Camboya; a ardillas en Tayikistán; o a alguna comunidad aún desconocida que recién ahora comienza a expresar su oposición a nuestro modo de vida. (p 358)

En el mundo abunda el conflicto y el antagonismo -en general, esto es positivo, ya que no permite que un solo grupo goce de hegemonía universal por mucho tiempo-, sus leyes son imperfectas por diseño y necesitan de una revisión y reinterpretación constantes. Todas nuestras acciones tienen

consecuencias impredecibles, pero en lugar de eludir esta dificultad, deberíamos tratar de reconstruir nuestras estructuras sociales y políticas respondiendo a ella... (p 358)

...Como reconocen los suecos, el objetivo del proyecto es un poco humorístico. Pero el humor plantea preguntas importantes. (359)

...Al igual que el sistema de parqueo inteligente de Santa Mónica, ese mecanismo aumentaría la eficacia local y económica, pero solo a costa de disminuir la eficacia global y deliberativa... (p 360)

Pero ¿la Oruga y la lámpara No me olvides califican como soluciones tecnológicas? ¿O en realidad son más parecidos a obstáculos que nos obligan a cuestionar lo que solemos dar por sentido? Es más probable que se trate de esto último, y así lo han querido sus diseñadores. Como ellos señalan, “La Oruga o la lámpara No me olvides [...] no son solucionadores de problemas, sino creadores de problemas... (p 361)

Todos estos proyectos comparten la aspiración de sensibilizarnos sobre nuestro “inconsciente tecnológico” común, descubrir las infraestructuras que nos hacen caer en la manía tecnológica, trascender el reduccionismo de los números, el paternalismo de los “empujones” y la simpleza de la ludificación, y propiciar nuestra participación como ciudadanos, antes que como consumidores que solo entienden el lenguaje de los precios y los puntos porcentuales, o niños que no saben hacer lo correcto, o ratas skinnerianas que tampoco hacen lo correcto a menos que tengan su incentivo correspondiente. Estos proyectos presuponen que los usuarios son capaces de pensar, deliberar y articular sus propias necesidades y preocupaciones; se los concibe como seres humanos complejos que, al usar estos artefactos, no solo hacen concesiones inevitables y dolorosas sobre la base de los valores que atesoran, sino que tal vez revisen esos valores al establecer un diálogo con los artefactos. Usuarios que distan mucho de ser los autómatas de la teoría de la elección racional o la economía clásica, esos que abordan cada cuestión con principios establecidos y bien articulados, y con una comprensión perfecta de sus curvas de utilidad. (p 361)

El Fusible Natural y sus adversarios

El Fusible Natural pretende superar el reduccionismo de los números y lograr que los ciudadanos comprendan mejor la lógica y la ética de las compensaciones de carbono. En otras palabras, el objetivo es fomentar la imaginación narrativa y hacernos reflexionar sobre el carbono en términos de estructuras, relaciones y sistemas: no sólo de números... [Cfr. ejemplo.]

El hecho de que el Fusible Natural no prescriba ni regule -no hay una manera “correcta” de usarlo- es una característica, no una falla. No castiga a quienes consumen de más ni recompensa a quienes comparten con otros, sino que revela las relaciones materiales que definen nuestros hábitos de consumo y pone de relieve los dilemas éticos asociados a estos. Su objetivo no es maximizar la eficacia energética sino la eficacia deliberativa, obligar a los usuarios a enfrentar cuestiones que preferirían ignorar. Al igual que los productos transformacionales, que buscaban iniciar un diálogo en lugar de proveer una solución directa, el Fusible Natural, según DiSalvo, “no utiliza el diseño como medio para ofrecer una solución [...], utiliza el diseño para problematizar la situación. (pp 365-366)

...El sociólogo Anthony Giddens distingue entre la conciencia “práctica” y la “discursiva”. La primera, que se caracteriza por la rutina y la interacción habitual, hace referencia a nuestro conocimiento cotidiano sobre cómo hacer las cosas; la segunda, caracterizada por una mayor flexibilidad respecto de nuestras acciones, se vincula con las condiciones sociales en las que hacemos esas cosas. (p 366)

Es de notar que el Fusible Natural no es en absoluto antitecnológico... Sin embargo, en lugar de emplear todas estas herramientas, redes y técnicas para darnos la falsa impresión de control y dominio definitivo del mundo que nos rodea, pretende demostrarnos que tal vez sea necesario derribar, no optimizar, los sistemas que utilizamos. Promete otro modo posible de pensar nuestros conflictos actuales, no solo la capacidad de aplicar rápidas soluciones. Los sensores, las redes y los números no son enemigos; comienzan a serlo cuando se vinculan a ideologías mal planteadas, unidimensionales e ingenuas. (pp 366-367)

...el problema es que el uso que se ha dado a varias lógicas del juego -o mecánicas del juego, como las llama la industria de la ludificación- probablemente cree ciudadanos ávidos de diversión pero dóciles, que jamás cuestionarán nada a menos que se les prometa a cambio una medalla dorada. Como ha mostrado el teórico del juego Ian Bogost en *Persuasive Games*, los juegos que buscan convencer sin darles a los jugadores la posibilidad de deliberar son otra forma más de coerción - quizá de la variedad más sutil-, no de persuasión.

Bogost se pregunta: “¿Pero a quién le importa la deliberación si obtenemos los resultados que queremos? Si las estructuras basadas en resultados exitosos pueden lograr que los niños se cepillen los dientes o los adultos hagan más ejercicio, ¿por qué es importante nuestra motivación original?”. Es difícil no estar de acuerdo con su respuesta: “Porque para florecer, la cultura necesita deliberación y fundamento”. Si tras una intensa deliberación, no podemos encontrar fundamentos, tal vez directamente no deberíamos llevar a cabo esa actividad. Sin embargo, los peores ejemplos de ludificación no dejan espacio a la deliberación y colocan gran parte de los procesos sociales y políticos en una especie de piloto automático, situación en la que los ciudadanos participan de esos procesos no porque sea correcto sino porque les otorga la mejor combinación de insignias. (p 367)

Fatworld, un buen ejemplo de diseño adversario, exhibe la obesidad como un problema sumamente complejo y multidimensional que no puede resolverse solo mediante la responsabilidad personal; este juego induce a sus jugadores a concebir la idea de reforma, no solo la de sacrificio individual. ¿Fomenta el ejercicio físico? No, pero los hace pensar. Con un juego como Zamzee, con su autoseguimiento obsesivo, vigilancia parental y recompensas monetarias, los usuarios pueden perder algunos kilos, pero no es probable que se acerquen a un análisis de los distintos problemas y desafíos que presenta la obesidad. (pp 368-369)

¿Las granjas de contenidos pueden ser orgánicas?

La imagen de un gato puede ser tan buena como un poema, pero tal vez la imagen de un gato que se “toma prestada” de otra página web sea peor que una tomada personalmente o adquirida de quien la publicó. O quizá sea así, y entonces nuestras leyes de propiedad intelectual están desactualizadas y haya que revisarlas. Bien puede ser que un artículo sobre una reunión municipal sea peor que uno sobre el proceso de paz en Medio Oriente. Pero también puede ser mejor, si hay más posibilidades de que leamos el primero y hagamos algo, en lugar de expresar nuestra desesperación sobre el segundo y no hacer nada... (p 369)

...Los proyectos que apuntan a hacer “lo correcto” deberían incluir la posibilidad de cuestionar y subvertir la definición misma de lo que se considera “correcto”. Algo de esto ya sucede, dado que los usuarios encuentran maneras de piratear sus propios dispositivos. Pero no es suficiente; los diseñadores y tecnólogos deberían aceptar la idea de que su objetivo no se limita a lograr que las personas usen los dispositivos, sino que además piensen gracias a ellos. (p 371)

Los peligros de la voluntad

El triunfo de la psicología sobre la filosofía no se limita al diseño industrial; los diseñadores de políticas y los ingenieros sociales también han sucumbido a esta tendencia; todo en nombre de la

ciencia, dado que suponen que la psicología y la neurociencia son más científicas que la filosofía por el solo hecho de que en aquellas se hacen experimentos y análisis. Sin embargo, el que las cuestiones morales no se presten con tanta facilidad a la medición no significa que debamos descartarlas y reformularlas en términos neurocientíficos y psicológicos. En ninguna esfera se evidencia mejor esta tendencia que en los debates sobre la fuerza de voluntad; en ellos, las decisiones otrora complejas y dolorosas sobre lo correcto y lo incorrecto se transforman en asuntos de voluntad fuerte o voluntad débil, que podemos solucionar gestionando con cuidado nuestras reservas de fuerza de voluntad, al igual que lo hacemos con la cuenta del banco. (pp 371-372)

La idea misma de fuerza de voluntad disfruta de un renacimiento en los departamentos de psicología, y esto explica en parte la reciente fascinación con los “empujones” y la ludificación. El supuesto básico es que tenemos una cantidad fija de voluntad para destinar a nuestras decisiones, por eso, usarla para un tipo de conducta podría dificultar la adopción de otro tipo de conducta. Por ejemplo, si nos convencemos de no consumir ahora una galleta deliciosa pero de alto contenido calórico, una hora después no seremos fuertes para optar por una caminata en lugar de usar el automóvil. No podemos rechazar la galleta y el automóvil al mismo tiempo. (p 372)

John Tierney y Roy Baumeister afirman en su reciente libro sobre la voluntad que “la toma de decisiones agota nuestra fuerza de voluntad, y una vez que está agotada, nos cuesta más tomar otras decisiones”. Un experimento típico consiste en dos grupos de estudiantes hambrientos: a unos se les ofrece comida -rabanitos, galletas y dulces- pero se les pide que se resistan a los dos últimos y escojan los rabanitos. Al otro grupo no se les ofrece ningún alimento. Luego ambos grupos deben resolver rompecabezas durante unos veinte minutos. Los que han sido tentados con galletas y dulces abandonan en ocho minutos, mucho antes que el otro grupo. Así, se muestra que la fuerza de voluntad es como “un músculo que puede fatigarse con el uso”. (p 372)

Comparemos lo anterior con el análisis de Peter Singer sobre el altruismo. Singer, que escribió en la década de 1970, ataca a los economistas que piensan que el altruismo es un recurso como el petróleo, “cuanto más usamos, menos tenemos”. Por el contrario, Singer pregunta: “¿Por qué no suponer que el altruismo se parece más a la potencia sexual?: si se utiliza en cantidad, se renueva a sí misma constantemente, pero si rara vez se la invoca, comenzará a atrofiarse y no estará disponible cuando la necesitamos”. De modo similar, el filósofo Michael Sandel, haciéndose eco de Singer, escribe que “el altruismo, la generosidad, la solidaridad y el espíritu cívico no son productos básicos que se agotan con el uso. Antes bien, son más parecidos a músculos que se desarrollan y fortalecen con el ejercicio”. (pp 372-373)

Es cierto, el ejemplo anterior de la galleta no implica el sacrificio en nombre de otros, pero podría: en definitiva, negarse a cooperar con los demás -por ejemplo, compartiendo galletas- también podría deberse a bajas reservas de voluntad. Para utilizar el lenguaje de Ivan Illich, la fuerza de voluntad es una necesidad que se siente absolutamente natural y puede explicarse desde el punto de vista fisiológico; el altruismo y todas las otras virtudes que Sandel agrupa bajo la noción de “espíritu cívico” son requisitos morales que debemos apreciar y practicar. Es posible que el mismo acto pueda explicarse mediante ambos paradigmas, con una distinción clave: el discurso sobre la fuerza de voluntad no tiene manera de hablar sobre lo correcto y lo incorrecto; no tiene una manera sofisticada de diferenciar entre acciones que valen la pena y acciones que no van más allá del nivel individual. Con seguridad, para decidir acerca de una conducta, necesitamos saber mucho más que cómo se verán afectadas nuestras reservas de voluntad. ¿Para qué necesitamos toda esa fuerza de voluntad? Nada dicen los psicólogos sobre eso. (p 373)

Tierney y Baumeister son fanáticos del autoseguimiento: “ahora que las computadoras aumentan su inteligencia, ahora que más y más máquinas nos observan, no son, sin embargo, autoconscientes (al menos no todavía) ni están quitándonos poder. Por el contrario, aumentan nuestro poder

haciéndonos más autoconscientes”. Para los defensores de la óptica voluntarista, la autoconciencia es clave para modificar la conducta. Pero es de notar que ellos fomentan la autoconciencia del consumidor individualista, no del ciudadano preocupado por el bienestar común y la infraestructura social, legal y tecnológica más amplia en la que se busca ese bienestar... (p 373)

...Tener prejuicios cognitivos no debe ser una excusa para evitar las reflexiones sobre los complejos sistemas que median nuestra conducta; delegar todas las decisiones a un cable inteligente podría rectificar un prejuicio cognitivo particular pero amplificar muchos otros. No toda la psicología es inútil. (p 375)

En su análisis de la fuerza de voluntad, McGonigal, de manera muy similar a lo hecho por su hermana melliza en relación con la ludificación, elude por completo todos los cuestionamientos morales y los trata como si no fueran pertinentes. Afirma que debemos dejar de hablar de la conducta en términos morales, utilizando palabras como “virtud”, y poner atención en cómo nos hacen sentir nuestras acciones individuales: “Idealizamos el propio deseo de virtud, y muchos creen que los motiva en gran parte la culpa y la vergüenza. ¿Pero a quién queremos engañar? Nuestra mayor motivación es conseguir lo que queremos y evitar lo que no queremos. Moralizar la conducta nos hace más proclives a sentirnos ambivalentes al respecto, no menos”. Ahora bien, se trata de una afirmación bastante extraña: presupone que los ciudadanos no hacen más que atorarse con barras de chocolate y conducir camionetas; no es posible ningún otro tipo de conducta. Los ciudadanos suizos que conocimos en el capítulo anterior -quienes accedieron a permitir un vertedero de basura cerca de su pueblo-, ¿estuvieron motivados por el interés personal? Si así fuera, habrían aceptado el dinero. Quienes recogen y arrojan la basura de otros en un parque público, ¿sólo tienen en cuenta su propio beneficio? (pp375-376)

El único argumento de McGonigal que explica por qué deberíamos dejar de operar en términos morales es la aparición frecuente del efecto permisivo, según el cual los individuos creen que ya tienen suficientes comportamientos positivos -por ejemplo, comprar en tiendas orgánicas-, y entonces no necesitan preocuparse por el cambio climático. La autora escribe: “Cuando te sientes un santo, la autocomplacencia no parece algo incorrecto. Parece estar bien [...]. Y si lo único que motiva nuestro autocontrol es el deseo de ser buenas personas, vamos a ceder apenas nos sintamos bien con nosotros mismos”. Pero aquí vemos una vez más que los ciudadanos de McGonigal tienen muchos derechos y casi ninguna responsabilidad. Apenas eligen entre distintas marcas de jabón y sushi, rechazando las que son poco saludables o demasiado costosas. Sin embargo, poco dice la autora sobre las instancias en las que hacer lo correcto implica algún tipo de sacrificio en pos del bien común o en las que “lo correcto” no es evidente. Claro que no es difícil dar cuenta de su silencio: ella prefiere que Sunstein y Thaler se ocupen de todos esos sacrificios mediante “empujones”, para que no malgastemos voluntad alguna en ellos. (p 376)

El creciente atractivo del autoseguimiento, los “empujones”, la ludificación e incluso la prevención situacional del delito y la prevención digital solo pueden comprenderse en el contexto intelectual más amplio de las últimas décadas. Como ya hemos señalado, la triste realidad es que la filosofía, con su preocupación por la virtud y la buena vida, ha sido prácticamente derrotada por la psicología, la neurociencia, la economía (de la elección racional) y sus varias combinaciones, como la economía conductual. Por lo tanto, en lugar de investigar y examinar las motivaciones de nuestros actos, intentando separar los buenos de los malos, los formuladores de políticas se obsesionan por darnos los incentivos adecuados o eliminar por completo la posibilidad de hacer algo incorrecto. Más vale prevenir que curar, como dice el refrán. (p 376)

Claro, ni siquiera en filosofía está de moda hablar sobre virtud y buena vida; a quienes lo hacen se los trata como conservadores recalitrantes. Hay escasas excepciones como Michael Sandel y Martha Nussbaum, pero no hacen más que confirmar la regla: la ideología liberal políticamente

correcta que domina los debates públicos y académicos sostiene que sólo el individuo debe decidir sobre cuestiones de la buena vida. En consecuencia, nuestros filósofos han producido varias teorías sobre la mejor manera de distribuir bienes, pero tienen poco que decir sobre cómo valorarlos... (pp 376-377)

No se trata de que el autoseguimiento y la ludificación hagan la vida menos placentera, puede que incluso disfrutemos de los juegos que jugamos; se trata de que le quitan sentido a la vida, la hacen menos compatible con las peculiaridades y exigencias de la condición humana. Es posible que ese tipo de esquemas atrofién el crecimiento personal y político, aunque les permitan a las compañías de alimentos lanzar nuevos suplementos nutricionales con la ayuda de nuestros cuerpos y las compañías de tecnología, para probar sus aplicaciones con nuestros dedos. ¿Es ingenuo creer que la vida es más que monitorear la eficacia de suplementos nutricionales y probar el funcionamiento de aplicaciones de juegos? (p 377)

Sobre las trampas sin fricciones

El solucionismo seguirá siendo amo y rey en tanto los diseñadores, arquitectos e ingenieros (...) no abandonen los modelos simplistas que dictan cómo es el ser humano. A pesar de lo que cree Sheryl Sandberg, de Facebook, no volcamos en las tecnologías nuestro estable y auténtico ser para recuperarlo en perfecto estado diez años después. Las tecnologías modelan de manera activa nuestra noción del ser, incluso definen cómo y qué pensamos sobre él. Perfilan aquello que consideramos negociable y no negociable; definen la estructura y tempo de nuestra autoexperimentación. Si nuestra vida entera se optimiza según esquemas de prevención situacional, si se elimina toda tentación, si no tenemos otra opción más que hacer siempre lo correcto, entonces el terreno espiritual donde cultivaremos nuestro ser se encoge considerablemente. (p 377)

Si optamos por la visión dinámica de la ipseidad (lo que va experimentando el ser) como algo que emerge solo de manera lenta y gradual -tanto en el contexto del autodesarrollo individual como a través de las distintas generaciones dentro del contexto histórico más amplio-, es más probable que prestemos atención no solo a lo que hacemos y no hacemos, sino también a cómo lo hacemos o no lo hacemos. Es decir, si el ser mismo es contingente y está siempre en estado de cambio, entonces el proceso que le da surgimiento es tan importante como las acciones que produce. Según este enfoque, los procesos y procedimientos implicados en nuestros actos y las consecuencias de estos son igual de importantes, dado que solo mediante una apreciación de los dos, y una tensión mutua entre ellos, es que llegamos a ser quienes somos. (pp 377-378)

Un esquema que pretende darles insignias y puntos virtuales a los niños para lograr que ayuden a los mayores creará niños muy distintos que aquel que apela al deber cívico, incluso si ambos esquemas produjeran los mismos resultados... Al construir un mundo preocupado solo por obtener los resultados más eficaces -y no por los procesos que hacen posibles esos resultados- habrá menos posibilidades de que seamos conscientes de la profundidad de la pasión, la dignidad y el respeto humanos. No ganamos nuestra dignidad acumulando insignias; lo hacemos comportándonos de manera digna, por lo general en situaciones en las que tenemos más de una opción. Si manipulamos ese terreno espiritual, las opciones podrían desaparecer, junto con la posibilidad misma de la dignidad. (p 378)

El que todos los conceptos anteriores tengan sus propias historias y, por lo tanto, no se los deba tratar como inmutables no tienen que distraernos de la urgente tarea de reconocer las funciones habilitadoras que tienen en nuestra vida e intentar defenderlos. Tal vez sea el momento de contemplar la posibilidad de que cuando las personas ceden su privacidad -a cambio de cupones o búsquedas más personalizadas y eficaces- están entregando mucho más de lo que creen, integrando no sólo algo que les pertenece sino algo que no debería estar a la venta... (pp 380-381)

No es algo que sorprenda, puesto que el proceso de surgimiento de nuestro yo es apenas rastreable, y muchos de nosotros probablemente aun crea que tenemos un yo estable y autónomo por completo que nunca cambia. Pero mientras esperamos que aparezca un proyecto así, tal vez sea prudente seguir el consejo de Galison y Minow: deshacerse de las simplistas teorías utilitarias y preservar espacios donde el yo pueda surgir y desarrollarse. Como escriben estos autores: “Dada la complejidad del yo, intentar reducir el concepto de privacidad a un marco puramente utilitario es como aplanar una estatua para capturar su esencia en el espacio simplificado del plano bidimensional. Ese aplastamiento puede hacer que la seguridad y la privacidad parezcan un simple acto de equilibrio -trescientos gramos de cada una a ambos lados de la balanza-, pero no reconoce el espacio que las personas necesitan para deliberar, para tantear nuevas maneras de actuar o diferentes modos de hablar. (p 381)

Una comprensión más profunda de la naturaleza dinámica y emergente del yo también puede ayudarnos a evaluar mejor muchas nuevas tecnologías... En su aclamado libro, *Sí mismo como otro*, el filósofo francés Paul Ricoeur sostiene que nuestro sentido del yo lo construimos en parte mirándonos a nosotros mismo a [la] distancia, adoptando la perspectiva de otros. Para actuar, necesitamos anticipar cómo nos anticipan los otros e intentar predecir qué significados atribuyen a nuestro comportamiento. Nuestra identidad emerge a medida que rechazamos y adoptamos de manera autoconsciente lo que creemos que otros creen sobre nosotros. Pero como también hace notar siguiendo a Ricoeur el belga Mireill Hildebrandt, filósofo del derecho, cuando son los sistemas informáticos y no las personas reales los que construyen nuestros perfiles, “no tenemos acceso a tales perfiles. No podemos cuestionarlos, impugnar su aplicación o modificar su contenido como sí podemos hacerlo cuando es una persona humana la que hace un perfil de nosotros”. (pp 381-382)

...si lo único que importa es que nos comportemos como lo desean los ingenieros sociales -ya sea para dejar de derrochar energía, consumir alimentos saludables o ayudar a los ancianos-, entonces no es necesario preocuparse por la pérdida de autonomía. Siempre y cuando se exija la respuesta correcta, la intervención se considera un éxito. No obstante, hay algo sumamente repugnante en este enfoque porque no sólo nos engaña -en lugar de convencernos- para que hagamos lo correcto, sino que además nos da una falsa sensación de dominio de nuestras acciones. Esta ilusión, a su vez, nos impide cuestionar los fines que persiguen los ingenieros sociales, más allá de lo benignos que puedan ser tales fines. (p 383)

Nada de lo anterior pretende negar que la tecnología -desde sensores hasta juegos- puede utilizarse para mejorar la condición humana; como hemos visto, es posible que aquella provoque el debate y nos permita cuestionar las normas sociales y políticas dominantes. Pero será así solo si sucede que los *geeks*, los diseñadores y los ingenieros sociales se toman el tiempo de estudiar qué es lo que nos hace humanos en primer lugar. El intento de mejorar la condición humana suponiendo que los humanos son robots no nos llevará muy lejos. (p 383)

Tecnologías y verdades

...Es de notar cómo el consejero en privacidad de Google, Peter Fleischer, desestima las preocupaciones sobre la permanencia de los datos publicados en línea, los que, según algunos críticos, no reflejan el funcionamiento de la memoria humana. Fleischer escribe: “¿Habría que modificar internet para que se parezca más al cerebro humano? [...]. Creo que eso significa que debería tener graduaciones de memoria, recuerdos borrosos y también olvido. Bueno, así no funcionan las computadoras. Esta parte del debate es sociológica y psicológica, pero no veo un sitio para él en el mundo de las computadoras. (pp 383-384)

El futuro desarrollo de nuestras tecnologías digitales dependerá no de cómo funcionen “internet” o las computadoras, sino de cómo decidamos que funcionen. Algunas tecnologías necesitarán basarse en una ética de apertura y transparencia; otras, en una ética de privacidad y opacidad. Algunas fomentarán la colaboración; otras, la individualidad y la soledad... (p 384)

...el entusiasmo casi universal por “internet”, los teléfonos móviles y Wikipedia nos impide ver que los muchos fenómenos subyacentes están lejos de ser novedosos. Siendo alguien que ha crecido durante los últimos años de la Unión Soviética, hasta yo recuerdo la predilección de los administradores soviéticos por la ludificación: enviaban a los estudiantes al campo para cosechar trigo o papas, y dado que no había motivación, a ellos también se les asignaban puntos e insignias. Hoy los puntos se asignan mediante un teléfono móvil y nadie tiene que ir al campo, pero eso no altera significativamente la naturaleza de la práctica. No deberíamos dejar que la falsa novedad de estos fenómenos nos haga creer que debemos esperar para saber en qué resultará todo esto: ya hemos esperado lo suficiente, y el panorama al que nos enfrentamos no es nada bonito. (p 385)

Existe una tendencia a pensar que los *geeks* y los ingenieros son conservadores o, al menos, que se resisten al cambio: sólo siguen órdenes y construyen por encargo. Esa es una opinión en extremo equivocada; los ingenieros son de todo menos eso. La profesión siempre supone una dimensión revolucionaria puesto que se niega a aceptar que el estado actual de las cosas es el único posible. Como lo expresó alguna vez el historiador Ken Adler: “La ingeniería opera sobre un supuesto simple pero radical: el presente no es más que la materia prima para construir un futuro mejor. En ese proceso, ningún orden existente se considerará sacrosanto; se examinará todo a la luz de las aspiraciones presentes, y todas las prácticas se diseñarán de acuerdo con los dictados de la razón”. El problema con los ingenieros no es que sean conservadores, sino que no lo son en grado suficiente. Para ellos todo es negociable, incluso la dignidad y la autonomía. (p 385)

Para citar a Bernard Crick una vez más, “Uno de los grandes riesgos que corren los hombres libres es aburrirse de las verdades establecidas”. Quizá no sería tan malo para nuestros *geeks* e ingenieros dotados de nuevos poderes reconocer que hay buenos motivos para no manejar las políticas como si fueran una empresa emergente; que nuestros políticos se enfrentan a exigencias opuestas y que el intento por erradicar la mentira y la hipocresía puede ocasionar más daños que beneficios; que existen sólidas razones para valorar la crítica subjetiva pero de alta calidad, aunque no provenga de la “sabiduría de las masas”; que el sueño de la comunicación perfecta entre las naciones tal vez sea no solo inalcanzable sino también indeseable; que los humanos son criaturas complejas y en ocasiones irracionales a quienes les importan los motivos por los cuales hacen las cosas, y también que es aquello que hacen; que los números suelen decirnos menos de lo que creemos y que la cuantificación como tal puede, en realidad, impedir reformas. (pp 385-386)

Sin embargo, tarde o temprano, incluso las verdades establecidas pueden derribarse. En condiciones ideales, esto sucede luego de profundos debates y deliberaciones. No es necesario que los diseñadores e ingenieros sociales se conviertan en burócratas sin ambiciones, temerosos de la innovación, pero quizá podrían practicarla de otro modo. El objetivo de sus intervenciones -tanto en productos como en políticas- no debería ser únicamente brindar respuestas sino también facilitar la formulación de nuevas preguntas. Si las soluciones tecnológicas son inevitables, y si es imposible eludir algunas formas del solucionismo, al menos asegurémonos de que estas sean del tipo autorreflexivo, incluso neurótico. El solucionismo sólo puede trascender sus limitaciones mediante la duda radical. (p 386)

Epílogo

Mientras que la mayoría de los libros de divulgación se desesperan por presentar “una gran idea”, yo he ido contra esa tendencia para dedicarme a estudiar dos ideas de tamaño mediano -el internet-

centrismo y el solucionismo- que se alimentan una a otra de maneras complejas y, por lo general, impredecibles... Estos conceptos desempeñan papeles muy distintos en contextos diferentes, ya sea en la prevención del delito, el mejoramiento de las políticas, la lucha contra la obesidad o la salvación del planeta. Para observarlos en acción, intenté examinar la mayor cantidad de áreas que me fuera posible, pero sé que mi estudio dista de ser exhaustivo; podrían escribirse libros enteros... en el contexto de la educación a distancia o el desarrollo económico o incluso en cada una de las áreas que efectivamente estudié. (pp 387-388)

En este presente libro no puedo darme el lujo de abordar un tema de nítida definición dado que afirmo que muchas circunstancias que los solucionistas e internet-centristas consideran problemas pueden no serlo en absoluto; atrás quedó la simplicidad moral de luchar contra el autoritarismo. [En su libro: *El desengaño de internet*, escrito en 2010] En este libro, lo que es realmente malvado no son los problemas -tal vez ni siquiera existan- sino las soluciones propuestas para hacerles frente. Que gran parte de nuestra vida cultural sea ineficaz, que los políticos sean hipócritas, que el bipartidismo ralentice el proceso político o que la tasa de delincuencia aún no sea cero pueden ser cuestiones problemáticas en sentido limitado, pero no constituyen un problema digno de ser resuelto, al igual que no es un problema tener partidos de fútbol que duran noventa minutos... Los consideramos problemas, como he explicado, más porque nuestras herramientas digitales son fabulosas que por la necesidad genuina de eliminar estas incoherencias e imperfecciones de nuestra vida pública. En términos más simples, este libro propone que lo perfecto es enemigo de lo bueno, que a veces lo bueno es suficiente y que sin importar qué herramienta sostengamos en las manos, ambas afirmaciones seguirán siendo verdaderas. (pp 388-389)

No dudo que el impulso solucionista, en sus distintas mutaciones, sobrevivirá al actual entusiasmo por “internet” y adherirá a algún proyecto político venidero. Por mucha confianza que tenga en mi capacidad de echar por tierra ideas sin valor, no creo que pueda hacer mucho en el caso del solucionismo, al menos, no más de lo que puedo hacer respecto del utopismo o el romanticismo. En ocasiones tienen su utilidad, pero los tres también cuentan con una larga historia de abuso. (p 389)

Aunque no podamos deshacernos de quienes quieren “reparar” la política, al menos podemos ridiculizar a los que pretenden hacerlo sometiendo a la política a “lecciones aprendidas” de Wikipedia o incluso de “internet” como un todo. Si bien no podemos deshacernos tampoco del solucionismo, podemos intentar desarticular el internet-centrismo para que sea más difícil apoyar ciertos esquemas solucionistas y, ojalá, imposible implementarlos. (p 389)

En el hipotético caso de que este libro logre su cometido, su mayor contribución al debate público reside en redefinir las líneas de vanguardia de las batallas intelectuales que se libran sobre las tecnologías digitales. Estas líneas separarán a un grupo de pensadores de internet que están convencidos de que “internet” es una categoría analítica útil que nos dice algo importante sobre el funcionamiento verdadero del mundo, de otro grupo de pensadores postinternet que ven a “internet”, a pesar de su innegable carácter físico, como un concepto socialmente construido que tal vez podría ser objeto de estudio de sociólogos, historiadores y antropólogos -así como estudian la vida pública de ideas como la “ciencia”, la “clase” o el “darwinismo”-, pero que nada nos dice sobre el funcionamiento real del mundo y aún menos sobre cómo debería funcionar. El primer grupo considera que “internet” es clave para solucionar algunos de los mayores interrogantes actuales en lo que respecta a la formulación de políticas; el segundo cree que “internet” solo confunde más a los formuladores de políticas y que cuanto antes los activistas digitales aprendan a plantear mejor sus argumentos sin recurrir a “internet”, mucho mejor. (pp 389-390)

Espero que este libro haya demostrado que la mayoría de los teóricos de internet veneran a un dios imaginario que ellos mismos han creado, y viven en la negación. Por lejos, la tarea más importante que tienen los intelectuales hoy en día es secularizar el debate tecnológico y lograr que quede

limpio de la influencia perjudicial del internet-centrismo. Todo lo demás -sobre todo las políticas puntuales- depende de cómo avance esa secularización... (p 392)

CITA QUE ENCONTRÉ EN UN ARTÍCULO DE JOSÉ ANTONIO MARINA

“...aspiramos a vivir de soluciones recibidas, que nos eviten tener que pensar en ellas. De hacerlo se encargará la Inteligencia Artificial. La inteligencia no radicará fundamentalmente en nuestras cabezas, sino en el gigantesco sistema al que estamos conectados”.